ENRIQUE DURVILLE

LOS MISTERIOS INICIATICOS

ENSEÑANZAS OCULTAS DEL "LIBRO DE LOS MUERTOS"

TRADUCCIÓN Y ANOTACIONES DE

ENEDIEL SHAIAH

GRABADOS EN MADERA DE PIERRE GUILLEMAT
DIBUJOS DE LEOPOLDO CENNI
ESCENAS INICIÁTICAS Y PENTÁCULOS MÁGICOS POR DURVILLE

ADMINISTRACIÓN:
PEDRO PELLICENA CAMACHO
ANCHA, 13 ENTRESUELO - APARTADO 457
BARCELONA 1929

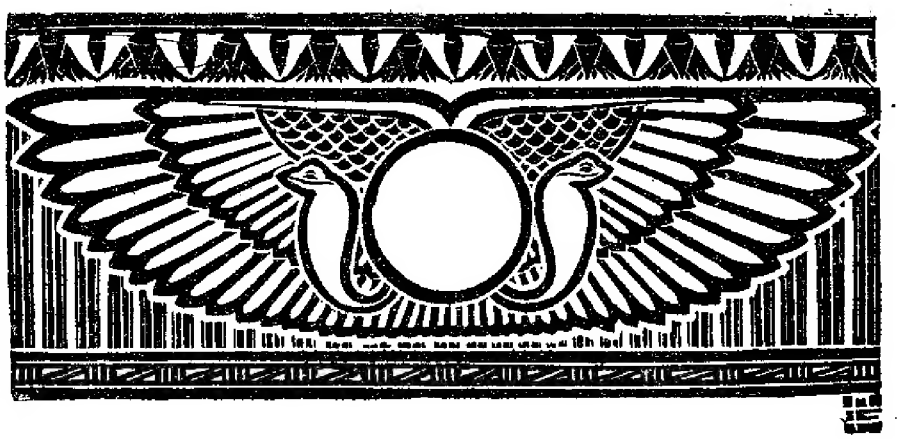
Henri Durville

9

LOS MISTERIOS INICIATICOS

«Equivale a aspirar a la divinidad, el deseo de poseer la verdad, particularmente la verdad relativa a lo que concierne a los Dioses. Ese deseo es como una admisión en las cosas santas; nos estimula a instruirnos en ellas y a buscarlas, y nos encamina a la vez, hacia una forma de actividad más santificadora que pueda serlo cualquier especie de purificación o cualquier función sacerdotal.»

PLUTARCO-Isis y Osiris-2



CAPITULO I

LOS MISTERIOS INICIÁTICOS

En todo tiempo, han existido. ¡Siempre hubo secretas enseñanzas que se transmitían verbalmente, de generación en generación, pues estaba ordenada su permanencia en las sombras de lo desconocido ante las multitudes que constituían el mundo profano. La ruptura del misterio que las envolvía severamente, se castigaba con pena de la vida. Recuérdese a Eurípides, acusado por Aristófanes, que murió de la misma manera que Sócrates.

Todos los grandes escritores de la antigüedad fueron iniciados, y aun aquellos mismos que parecen adoptar el tono de burla en lo tocante a las cosas de la religión, resultan, en el fondo, no menos cuidadosos y estrictos cumplidores que los que, por su oficial condición, hacen gala de devota severidad.

Muchos son los filósofos griegos que declaran su profunda reverencia respecto a la aludida obligación de saber callar y tan general determinación ha intrigado mucho a los investigadores de las posteriores épocas. Los trabajos de éstos sacan a luz una serie de testimonios, que dejan entrever, sin dar

más claras explicaciones, cómo entonces existió una verdadera Ciencia de la Vida y de la Muerte.

¿De qué modo podía llegarse a su conocimiento?

Actualmente lo que sabemos acerca de los poseedores de los grandes arcanos, nos evidencia que era preciso someterse a una larga preparación para ser admitido y poder recibir aquellas preciosas luces de la sabiduría.

Y no bastaba comprender atinadamente las enseñanzas de los maestros. Era necesario, además, que el discípulo se consagrara a desarrollar en sí mismo las facultades subconcientes, intuitivas. Era necesario que el discípulo, experimentara, sintiera armónicamente, todo lo que, de un modo intelectivo, había llegado a comprender. Era indispensable acertar a percatarse de las correlaciones existentes entre todas las cosas que componen este mundo, las cuales Hermes Trismegisto condensa en la siguiente misteriosa frase:

Lo que está arriba es como *lo que está abajo.*

Era necesario entregarse al éxtasis voluntario para dejarse invadir por los ritmos superiores, por las armonías divinas que no están vedadas al hombre interior.

Después de haber penetrado en el fondo de las palabras de la Divina Ciencia, aún era imprescindible, saber sentir, saber comprender, a la luz del sentido interior, los Ritmos eternos que transforman cada fuerza en una energía diferente y complementaria.

* * *

En mi obra la «Ciencia *Secreta*» queda demostrado como, desde los tiempos más remotos, idéntica determinación de no divulgar los secretos del santuario, ha sido carácter común de todas las iniciaciones.

Desde hace miles de años la China inmóvil ha respetado el misterio del Conocimiento integral. Lo mismo ocurrió en el Indostán, en sus tres iniciaciones sucesivas, la védica, la brahmánica y la búdica.

El objeto de todas, fue siempre el mismo; es decir, el perfeccionamiento del hombre, y siempre los iniciados tuvieron la misma precaución de sustraer a las miradas de los que no suponían dignos de conocerlos, los caminos que permitían alcanzar tan altas cumbres del saber.

Hay que tener en cuenta, que los métodos empleados por

los sabios de la India casi siempre están fuera de las posibilidades occidentales. La diferencia de costumbres, la forma tan distinta de comprender los deberes morales, hacen que resulte casi inabordable para nosotros la manera de vivir búdica y brahmánica, sino inaccesible en absoluto. Nuestra fórmula occidental es otra, y salvo contadas excepciones, y en muy raras circunstancias, no hay que esperar, hoy por hoy, que cambie de modo de ser.

Por lo demás, y descontando el indiscutible interés que nos ofrezca un estudio documentario ¿qué ventajas prácticas nos proporcionaría la determinación de someternos a la disciplina observada en el seno de las iniciaciones orientales? ¿Qué iríamos ganando al buscar, en tan difíciles escuelas, un conjunto de enseñanzas, de las que, sin peligro evidente, no nos es dado realizar más que una pequeña parte de su saber experimental?

Junto a nosotros, en la cuenca del Mediterráneo, ha florecido la más bella, ¡la más noble de las iniciaciones; aquella cuyo esplendor ha superado al de todas las demás iniciaciones conocidas. A pesar de los reveladores trabajos de nuestros más ilustres arqueólogos, casi nadie conoce su existencia. A cada momento, las excavaciones efectuadas en el valle del Nilo, evocan el recuerdo de una remota organización sagrada y cultural que no tuvo nunca otra equivalente. Pocas son aún las tumbas devueltas a la luz del día, que estaban bajo las arenas de solitarios y estériles parajes; pocas son, también, las estelas desenterradas, los papiros hallados, las inscripciones jeroglíficas que poseemos, y, no obstante, merced a la incansable labor de los interpretadores, ya podemos fundamentar sobre segura base nuestro afán de saber, y esperar confiados las revelaciones de un mundo remoto que nos descubrirán el enigma de las verdades que buscamos. Ante lo aún desconocido, nuestra curiosidad se exalta, y con intensa emoción recogemos las pocas hojas descubiertas de un libro, el más sagrado de todos: el *Libro de los Misterios.*

Los que ya poseen algunas nociones respecto de lo que fué la antigua vida religiosa, hallan en estos testimonios arrancados a las arenas del desierto, la plena justificación de lo que, relativamente a los iniciados del Egipto y su inmensa ciencia, nos dicen viejos autores. Y lo que para nosotros es aun más interesante todavía: que estas enseñanzas armonizan mejor que las de la China y de la India, con el modo de raciocinar y el

temperamento psicológico de nuestra raza y de nuestros países.

Todo símbolo de aquella época y de aquel lugar, recobra para nosotros su antigua vida. En todo reflejo de aquellas enseñanzas, halla el sabio lo más útil, la más provechosa lección. La gran civilización egipcia, sólo difiere de la actual en determinados hechos cuya variedad depende de las condiciones de época; más, de todos modos, el carácter étnico de la faraónica no se aparta fundamentalmente de lo que constituye la moderna cultura de los países occidentales. Somos, pues, los herederos legítimos de aquel magnífico patrimonio cultural, que por tanto tiempo estuvo perdido bajo las sombras de lo ignorado. A nosotros los hombres de la moderna Europa, nos corresponde transponer piadosamente las puertas del Templo. ¿Sabremos o querremos desempeñar esta misión de elegidos?

Contando con la ayuda de la ciencia basada en la fé, basta para ello que tengamos *«el corazón puro, y las manos limpias de pecadora mancha»*.

* * *

¿ En qué consistían los antiguos Misterios del Egipto?
¿ Qué importancia tuvieron, y qué repercusiones determinaron?

No es posible dudar de ellos ni de su enorme significación. La sabiduría del Egipto impera en todas las demás iniciaciones mediterráneas. En sus templos acogió e instruyó al legendario Orfeo, al sublime Pitágoras, a Thales de Mileto y a Solón. Platón les debe muchas de sus ideas. Tomando por idea madre a los Misterios egipcios, se creaban los de Delfos, los de Olimpia, los de Dodona, y más ceñidamente aún, los de Eleusis. También corresponden a la misma filiación los de Argos y de Chipre, no obstante su carácter femenino. De Egipto igualmente proceden, a despecho de la fenicia influencia, los de las islas Jónicas.

Moisés, un alto iniciado de los Templos del Egipto, creó, a imagen de aquella iniciación, los Misterios hebráicos, cuyas modificadas huellas descubrimos en la Kabala. De Moisés provienen las tradiciones esenias, (que tan importante papel desempeñaron en los tiempos de la primitiva Iglesia cristiana), y el saber de los gnósticos, de quienes se ha dicho que eran los esotéricos continuadores de Jesús.

La misa, el místico sacrificio de los católicos, es una ceremonia iniciática por excelencia. En ella está, sin el cruel horror de las degolladas víctimas, todo el contenido eficaz de los antiguos Misterios.

Por el cauce de la iniciación gnóstica, que transmite a los pueblos de Europa los secretos de Alejandría, surgen los hermetistas, los alquimistas, los Rosa-Cruces, los francmasones, desarrollando sus esotéricas enseñanzas.

En todas partes, hallamos la prosecución del mismo fin y los mismos medios de realizarlo: la misma necesidad de abstraerse y aislarse: de educar la inteligencia, de formar el corazón y de apartarse de lo contingente; el mismo propósito de buscar la inspiración de lo alto, de comprender a Dios por la idea, de unirse a él por el sentimiento. Hasta en los símbolos y los ritos diversos, hallamos una constante semejanza. Tan cierto es que la Verdad no es más que una y que todos los caminos en que se busque a Dios, por la Sabiduría o por la Fe, convergen para reunirse en el único final de todos.

Todas las iniciaciones europeas, reconocen el propio origen: son ramas de un árbol cuya raíz se hunde en la tierra de los Faraones.

* * *

Para juzgar de la importancia que tuvieron los Misterios egipcios, basta fijarse en cuáles han sido sus consecuencias. Nunca se verán otras más prodigiosas.

Aun hoy su lejano eco modela la inteligencia de nuestras juventudes, y abre nuestro corazón a las aspiraciones más elevadas. Aun hoy persiste en la religión, que tal cual se nos enseña, no viene a ser más que la parte exotérica de la iniciática sabiduría del Egipto.

En los tiempos de la iniciación, la parte esotérica constituía el exclusivo patrimonio de la casta sacerdotal. En el transcurso de los siglos, esta parte, protegida por el misterio, se convirtió en letra muerta para las muchedumbres. Los verdaderos depositarios del gran enigma han desaparecido. Las palabras perdieron su significación: en cuanto a los ritos, los símbolos, las ceremonias, a pesar de toda su hermosura, no son más que los cuerpos sin alma de todo lo que fué la más legítima grandeza del mundo.

Es innegable que los Misterios egipcios tuvieron una enorme

importancia. Pero ¿qué datos concretos han llegado a nuestro poder acerca de esta admirable sabiduría? Obedeciendo a la fatal ley de los ciclos, la antigua civilización ha pasado por el invierno de su muerte y ha descendido a la tumba, llevándose el secreto de las admirables cosas que glorificaron su existencia. Así, acomodándose a la palabra divina, los Maestros lo habían impuesto. Nada debía translucirse del contenido de sus instrucciones y ¡desgraciado del imprudente, desgraciado del sacrílego que quebrantara la Ley del Silencio, que dejara escapar de sus labios la oculta frase!

Por esto es tan enorme la dificultad con que tropezamos al tratar de descubrir el Misterio. De todas formas, para el feliz elegido de hoy, como para el remoto iniciado de entonces, la obligación es idéntica. Puede aquél, como podía éste, poner al hombre de buena voluntad en la senda del santuario si es digno de pisarla. Pero únicamente al nuevo Adepto, sólo a el, le es dado saber avanzar por ella, adquirir los méritos necesarios, moldear su ser a la nueva vida, hacer evolucionar su inteligencia, aprendiendo a vibrar, humilde y confiadamente, al unísono con los ritmos superiores.

¡Delicada misión!

El espíritu ha de acostumbrarse a transponer sus ordinarias barreras.

El corazón ha de sentir, adaptándose a la divina inspiración:
Para «franquear los caminos» que conducen a la verdad, el neófito sólo puede contar con su propia ayuda. Por la eficacia de la meditación, y del estudio constante, caminando distante de todos por la real vía del Silencio, es como llegará a recibir el excelso hálito de la revelación, que e1 Espíritu proyecta cuándo y cómo quiere.

¡El -Silencio!

En sus misteriosos dominios actúan las formas puras. En su seno, vibran con gran nitidez los más secretos ritmos. Allí surgen luminosas, resplandecientes, llenas de vida las palabras de Verdad, el verbo glorioso por el que nuestra alma establece la comunicación con el mundo divino.

* * *

¿Qué sabemos en la actualidad acerca de los Misterios del Egipto?

Poseemos, en primer lugar, cierto número de detalles deducidos de lo que se conserva en las tradiciones orales. Poseemos varios documentos precisos, de un valor indiscutible; si bien su significación exotérica escapa totalmente al análisis de los egiptólogos. Tales documentos del pasado se componen; 1.° de las figuras de personajes esculpidas en las ruinosas piedras de los santuarios; 2.° de las escenas pintadas en los muros de los hipogeos; 3.° de lo pintado y escrito en los papiros, donde no obstante la intencionada obscuridad de los textos, se encuentran valiosas indicaciones que ilustran la interpretación sacada de otros testimonios.

Junto a las momias, hemos recogido un gran número de cosas pertenecientes al culto osiriano, diversos talismanes vivificadores y protectores, y diferentes amuletos depositados allí para proteger al difunto. Todos estos objetos de ritual, tenían, en opinión de los sacerdotes egipcios, una gran importancia iniciática y mágica.

De esta forma se destaca y toma cuerpo ante nuestra vista, lo que pudo ser la religión de los egipcios, regidora de la vida humana en el mundo de entonces.

Desgraciadamente, el arqueólogo pierde a cada momento el hilo orientador, tropezando sus investigaciones con grandes lagunas. En rigor de verdad hoy sólo poseemos los trazos generales, las líneas primeras de aquel cuadro incomparable del Egipto. No obstante, por muy incompletas que resulten nuestras actuales adquisiciones, tienen tantísima importancia, nos proporcionan ideas tan exactas, que sobradamente nos permiten suponer cuál será el contenido de la definitiva reconstitución.

* * *

Antes de proceder a deslindar los campos de lo que pertenece al dominio de la fundada suposición, y lo que corresponde al de los hechos que nos parecen incontestables, creemos oportuno recordar que el Egipto poseía un panteón muy importante. Pero no hay que incurrir en falsas ideas. Todas las deificaciones no significaban para aquellos sacerdotales iniciados otra cosa que puros símbolos e imágenes de cosas así expresadas.

Los iniciados siempre atentos a no dejar que trasluciese la verdad, abandonaron gustosos a la muchedumbre la creencia

en numerosos dioses. Ahora bien: estas deidades se convertían para los bien enterados, en la personificación de fuerzas ocultas, y tanto la forma especial de cada imagen, cuanto sus actitudes y hasta su ornamentación, sólo servían para expresar secretamente profundas verdades.

Durante las ceremonias del culto pronunciábanse mágicas palabras que procedían del Verbo de Dios; revelábanse los ritos secretos en el transcurso de las sagradas celebraciones y bien se comprende que era necesario que las apariencias resultaran engañadoras para la muchedumbre, y que le fuesen dadas las enseñanzas que correspondían, estrechamente ceñidas a la más severa moral, desde luego; pero sin que arrojasen ninguna luz, ninguna claridad acerca del contenido esotérico de la divina simbología.

Desde un punto de vista meramente superficial, externo, el Egipto aparece entregado entonces a un monstruoso politeísmo; pero en el hecho de la verdad oculta, sus iniciados nunca conocieron más que un Dios, de quien el Sol era la astronómica y pálida imagen. Aquel Dios único, aquel glorioso Sol, oculto, de quien nuestra luz no es más que la sombra, el verdadero Señor celeste del Egipto, es Amon-Ra, y por debajo de Amon-Ra surgen dos importantísimas deidades; Isis y Osiris, que descuellan luminosas dominando en el panteón egipcio.

* * *

La tradición afirma que todos los Misterios fueron fundados por Isis en honor de Osiris, muerto y resucitado. De esto proviene el nombre que les daban los griegos: denominábanles los Misterios de Isis y de Osiris.

Los escritores de Grecia nos transmiten dicha tradición con absoluta unanimidad.

Jámblico. *(De Mysteriis Aegiptiorum, chaldaeorum, assyriorum),* que vivía a comienzos del Siglo IV de nuestra Era y lo mismo Plutarco y Herodoto, no pueden expresarse de manera más terminante.

Dice Plutarco :
«Isis... no permitió que tantas luchas y combates como sostuvo, que tantas carreras y errantes escursiones, que tantos ejemplos de sabiduría y de valor, permaneciesen sepultados en el silencio y el olvido. Mediante diversas ficciones, alegorías y figuras, incorporó a las más santas iniciaciones, el recuerdo

de las adversidades que había soportado, consagrando así, a un tiempo mismo, una lección de piedad y un ejemplo de valor y de consuelo, dedicados a los hombres y a las mujeres que hubieran de pasar por semejantes dolores.»

Herodoto no dice todo lo que pudo decir respecto del origen de los Misterios, y con relación a los que allí ocurrían, no poseemos ningún detalle preciso declarado por los autores griegos. De tal suerte mantenían su fidelidad al juramento prestado.

Jamblico, por su parte, tampoco quiere ser explícito: se limita a indicar.
De las cosas. que se realizan en el culto, hay algunas que tienen una significación misteriosa imposible de expresar por medio de las palabras.

Herodoto, sin ambajes, declara:
«Respecto de esos Misterios, y todos, sin excepción, me son conocidos, mi boca se cierra guardando el más religioso mutismo. »

No cabe duda que tales indicaciones no son las más a propósito para que los resplandores de la verdad nos iluminen. De todas suertes, sabemos que esta tradición, tan celosamente guardada por los iniciados, llega hasta nuestros días, siquiera sea en parte. Desde luego que habrá sufrido profundas deformaciones, y hasta pudiera ser que conserve en la actualidad muy poco de lo que contenía en aquellas épocas. Lo que poseemos, salvado del olvido por las tradiciones griegas, se refiere, no a los Misterios propiamente dichos, sino a sus pruebas preparatorias y eliminatorias.

* * *

En rigor de verdad, parece que las ceremonias se compusieron de dos partes distintas, claramente diferenciadas.

1.º Una fase primordial con la que no se relaciona ningún documento egipcio conocido, y de la que sólo sabemos lo que dicen los autores de la Grecia. Ya hemos consignado que los testimonios griegos sólo se ocupan de las pruebas preparatorias por las que había de pasar el futuro adepto.

2. o Una segunda parte de mayor importancia relativa al período iniciático, propiamente dicho. Al neófito se le admite en determinado lugar del exterior del Templo. Allí, en aquel Sagrado Paraje del secreto recinto, le inician los sacerdotes; lo que implica un largo período de adaptación, durante el

cual, en los intervalos de las enseñanzas que recibe, efectúa reiteradas purificaciones y ofrendas a las deidades y múltiples ceremonias religiosas, todo ello encaminado a abrir los ojos de su inteligencia para recibir superiores conocimientos y preparar su alma y su corazón, para saber cumplir el deber sacerdotal.

Nada diremos aquí de la primera parte, y remitimos al lector que quiera enterarse de ella a nuestra obra: La *Ciencia Secreta,* donde describimos las pruebas que precedían al período iniciático propiamente dicho. Allí se verá, con todo detalle, lo que sucedía en la del subterráneo, la del pozo, la del fuego y la del agua. Insistiremos en advertir que, respecto de tales cosas, sólo podemos formar suposiciones, que hacen a los hechos verosímiles, pero no absolutamente ciertos.

Respecto de la parte capital, afortunadamente poseemos documentos irrecusables: estos testimonios habían quedado hasta hoy en la obscuridad de lo desconocido, o poco menos. Sólo su lado exotérico llamó la atención de los egiptólogos: en cuanto a la parte esotérica del culto egipcio, continuó escondida bajo el doble sello de la Sabiduría y del Misterio.

En tales vestigios de un esoterismo milenario, las ceremonias iniciáticas están descritas con gran lujo de detalles. Pudiera ocurrir que precisamente la abundancia de ellos, la propia estructura del principal testimonio (muy desconcertante por su forma llena de imágenes y de simbologías), sea la razón que engendra la repugnancia de los egiptólogos.

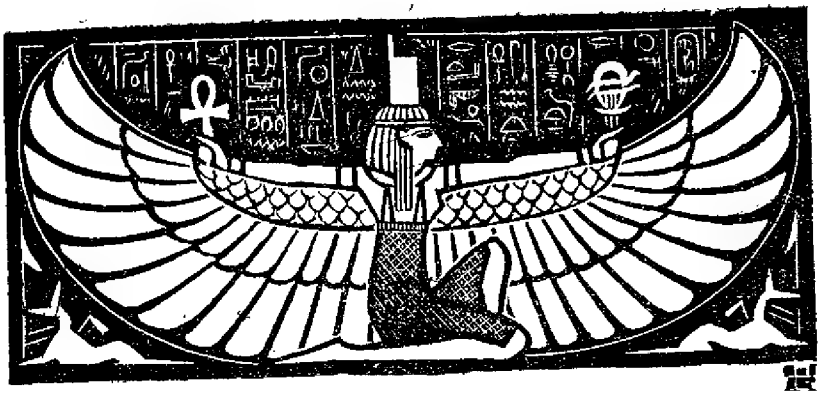
Y así el libro sagrado continuó siendo mudo para la gente profana.

21

EL LIBRO OCULTO DE LA MORADA

«Este libro, misterioso y verdadero, ningún otro le ha conocido, en ninguna parte jamás. Ningún hombre le ha declamado, ningún ojo le ha interpretado, ninguna oreja le ha oído: que por nadie más que por mí, y el que te lo enseña, sea visto. No hagas los numerosos comentarios que te inspire tu imaginación o tu *memoria. Ponla en práctica en el centro de la sala del embalsamamiento... por entero. Este* es *un verdadero Misterio que no conoce ningún hombre del vulgo, de ninguna parte.»*

(LIBRO OCULTO DE LA MORADA, CXLVIII.)



CAPITULO II

EL LIBRO OCULTO DE LA MORADA

¿Cuál es entre tantos escritos como hemos mencionado, ese documento incomparable, ese verdadero breviario del iniciado que merece toda nuestra admiración?

Se titula *El Libro oculto de la Morada.*

Es una obra, muy chocante en verdad, para los que la ignoran. Y para quien sabe lo que contiene ¡qué atracción irresistible, qué encantos encierra!

Es, a un tiempo mismo, el secreto de la vida terrestre y un guía en el trámite de esta existencia a otra superior. Ningún otro libro contiene más elevadas enseñanzas.

El título, tal cual fué dado por los Maestros, es así: *Libro de la Morada escondida* (trad. de P. Pierret), o mejor dicho, *Libro oculto* de *la Morada;* pero esta denominación no es la usada por los egiptólogos, quienes, no habiendo hallado el aspecto esotérico de la obra, la sustituyeron por esta otra: *Ritual funerario* (Champollion y E. Rougé), y también por *El Libro de los Muertos* (Lepsius, P. Pierret), que es la más empleada.

Sin embargo, y como muy atinadamente observa Paul Pierret, el título *Ritual funerario,* no conviene mucho a una obra en la que las prescripciones relativas al embalsamamiento, sólo aparecen por rara excepción en toda ella.

No resulta más adecuado el título *Libro de los Muertos.* Es, pues, muy oportuno conservar la verdadera denominación: la que figura en el papiro: *El Libro oculto de la Morada.* Presentado así, tiene un alto valor iniciático, un mérito incontestable, subrayado, además, con estas palabras:

«Este libro constituye el mayor Misterio, según queda dicho en sus últimos párrafos. No dejes que le vea ningún hombre. El hecho de divulgarlo, constituye una tremenda abominación. Ocúltale, para que nadie sepa que existe» (ch. CLXII).

* * *

El libro continúa siendo un enigma.

Los egiptólogos, que para nada tienen en cuenta los valores psíquicos y esotéricos, inevitablemente tenían que chocar con insuperables dificultades. Así, Paul Pierret, comienza su obra con la siguiente confesión:

«Si se puede traducir la letra, queda siempre sin aclarar el sentido oculto del texto. A cada instante, el traductor tropieza con un misticismo de expresiones cuya clave está por descubrir y con la alusión a hechos mitológicos que se suponen conocidos: pero que posiblemente nosotros nunca los conoceremos. Por tanto, llegar a hacer una traducción irreprochable y definitiva, constituye en la actualidad un sueño irrealizable.

Confesemos, no obstante, la deuda de gratitud que hemos contraído con el erudito traductor. Su labor resulta notabilísima, y su arduo esfuerzo ha tenido las más loables consecuencias. Nos ha dado, total e íntegramente, el exotericismo del texto milenario. Queda, pues, por descubrir la parte esotérica del mismo. Poseemos ya un maravilloso elemento de estudio. A los neófitos, y más especialmente aún a los adeptos. corresponde escudriñar el misterio.

Los neófitos hallarán un campo inmenso para su labor. Los adeptos en él confirmarán lo que de los arcanos ya sabían por las iniciáticas enseñanzas.

En todos sitios y en todas épocas, la Verdad fué siempre la misma. El discípulo de ahora recorre idéntico camino que recorrió su antiguo hermano en el valle del Nilo. Todos los Sabios, aislándose de las contingencias, se identifican en los propios Ritmos y reciben la propia Luz.

* * *

Este mágico ritual se compone de una sucesión de figuras, casi siempre acompañadas del correspondiente texto. La parte textual está escrita en caracteres jeroglíficos o hieráticos, e ilustrada en los puntos importantes con viñetas o con cuadros especiales.

El libro que conocemos hoy, es muy antiguo, pero el ritual que contiene es mucho más viejo todavía. La diferencia de época explica claramente las variaciones que se notan al cotejar un manuscrito con otro, e impone la precisión de referirse a diversos de fechas distintas, pues son numerosos ya los que en varios museos se custodian.
Dice Pierret en el prefacio de su traducción:

«Los egipcios atribuían a Thot la redacción del capítulo LXIV, descubierto en el reinado de Mencheres, de la IV dinastía. El capítulo CXXX resultaría haber sido hallado en el hipogeo dedicado por Horus a su padre Osiris, bajo el reinado de Hesepti (el Usaphais de Manethon), quinto rey de la primera dinastía. De todas maneras, los más antiguos fragmentos que poseemos en la actualidad, están trazados en los féretros de madera de la XI dinastía» (S. IV).

Dichos manuscritos, como queda declarado, se hallaron en los hipogeos. El libro que servía para iniciar a un adepto, le acompañaba en la tumba. Una razón fundamental imponía semejante proceder. El documento confiado al iniciado, sólo él debía leerlo, y de esta obligación se hacía responsable en vida y también en la eternidad. Por consecuencia, el secreto bajaba con él al sepulcro, con tanto mayor motivo cuanto que el papiro, que fué el apoyo iniciático de su vida, le continuaba siendo indispensable para guiar sus pasos por las regiones de lo Invisible.

* * *

Para el egipcio en general, y sobre todo si se trataba de personas instruídas, la muerte del hombre, sólo es un detalle, una etapa, en el transcurso de numerosas existencias. No desconocía que nuevos trabajos, nuevas luchas le esperaban. Sabía que nuevos obstáculos se habían de interponer, en su camino; pero estaba seguro de poder vencerlos. Sabía, también a qué luminoso final estaba destinado; pero le era indispensable poseer las armas que le asegurasen la victoria. Terminado el período de sus pruebas -sin olvidar que por otras tenía que pasar en la existencia extraterrestre- conseguiría el fin supremo, y, entonces, ascendería al Dios solar cuya luz no tiene ocaso.

En todas épocas, los iniciados vieron en la muerte una forma de liberación, una función natural, de la vida, algo equivalente al final de un ciclo, un compás de espera, un punto de reposo, destinado a preparar nuevas floraciones de la vida, lo propio que el invierno elabora las futuras, primaveras.

Era necesario, pues, hacer morir simbólicamente al nuevo elegido para que renaciese transformado en el adepto. Era indispensable desaparecer para la vida mundana, llena de errores y de incertidumbres, y, con frecuencia, en oposición flagrante con las Leyes Eternas. Resultaba inútil esperar el momento de la muerte física para ocuparse de esta necesaria transformación. Se imponía saber morir en vida para todo lo que no fuese lo Absoluto, con el objeto de acertar o renacer purificado en nueva y distinta existencia, fundada en Ideales diferentes, provista de nuevas aptitudes y de facultades sublimadas. Esto no implicaba la muerte física, la muerte material, pero sí era el *símbolo* de *la muerte*..

Lo que hoy se denomina, no muy acertadamente, el *Libro* de *los Muertos,* no es, en conclusión, otra cosa que el libro de quien abandonó una forma de vivir, para entregarse a otra más elevada y más pura que ha de conducirle con mayor rapidez a la ultimación de las pruebas terrestres.

Cuando llega el instante de la muerte material, que finaliza la obra de la iniciación, el cuerpo momificado, estrechamente envuelto en sus vendajes, continúa viviendo de un modo físico, aunque insensible, merced al *Doble, (Kha),* el Esencial, la Proyección coloreada, la Sombra consciente, el Inseparable compañero de la Vida. Pero los dos elementos superiores del ser: el *Pájaro-Inteligencia (Ba)* y el Luminoso *(Khon)* de aladas formas, provistos de los mágicos secretos, abandonan

el organismo ya inútil, dirigiéndose al Occidente para reintegrarse al Sol verdadero, morada del supremo Dios.

* * *

Pero abramos ya el misterioso Libro. Para verificarlo, nos auxiliarán dos trabajos de un valor inestimable.

Primeramente la publicación erudita del célebre egiptólogo de Berlín, R. Lepsius. *Das Todtenbuch.*

Lepsius tiene el raro mérito de haber publicado una fidelísima reproducción del ritual que se conserva en el Museo de Turín. Se trata de un manuscrito jeroglífico de la época saita. Fué calcado por el propio Lepsius y personalmente vigiló su litografía en 1842.

Quedaba por hacer la labor de traducir los textos. A este enorme trabajo se consagró Paul Pierret, y nunca el mundo sabio se lo podrá agradecer bastante. Para aclarar algunos obscuros párrafos del manuscrito de Turín, Pierret estimó conveniente compulsar las variaciones que figuran en los que posee el Museo del Louvre.

A ambos testimonios (al de Lepsius, en lo tocante a las figuras y a los jeroglíficos, y al de Pierret, por lo que se refiere a la versión del texto), hemos acudido para realizar nuestro estudio.

Dedicamos también una particular atención al diseño de las figuras, cabeceras de capítulo, colofones y láminas aparte que ilustran nuestra obra. Los dibujantes y el grabador, no han perdonado la esquisita manera de estilizar fielmente sus producciones. Y no sólo por entusiasta adoración de la verdad artística han conservado en las figuras y en los mágicos atributos, su antigua forma: En aquel país donde tanto abundaban las expresiones iniciáticas, nada se hacía porque sí, y no se encuentra en él, una figura, un ademán, un gesto, un rasgo cualquiera de estas raras representaciones, que no tenga una especial significación.

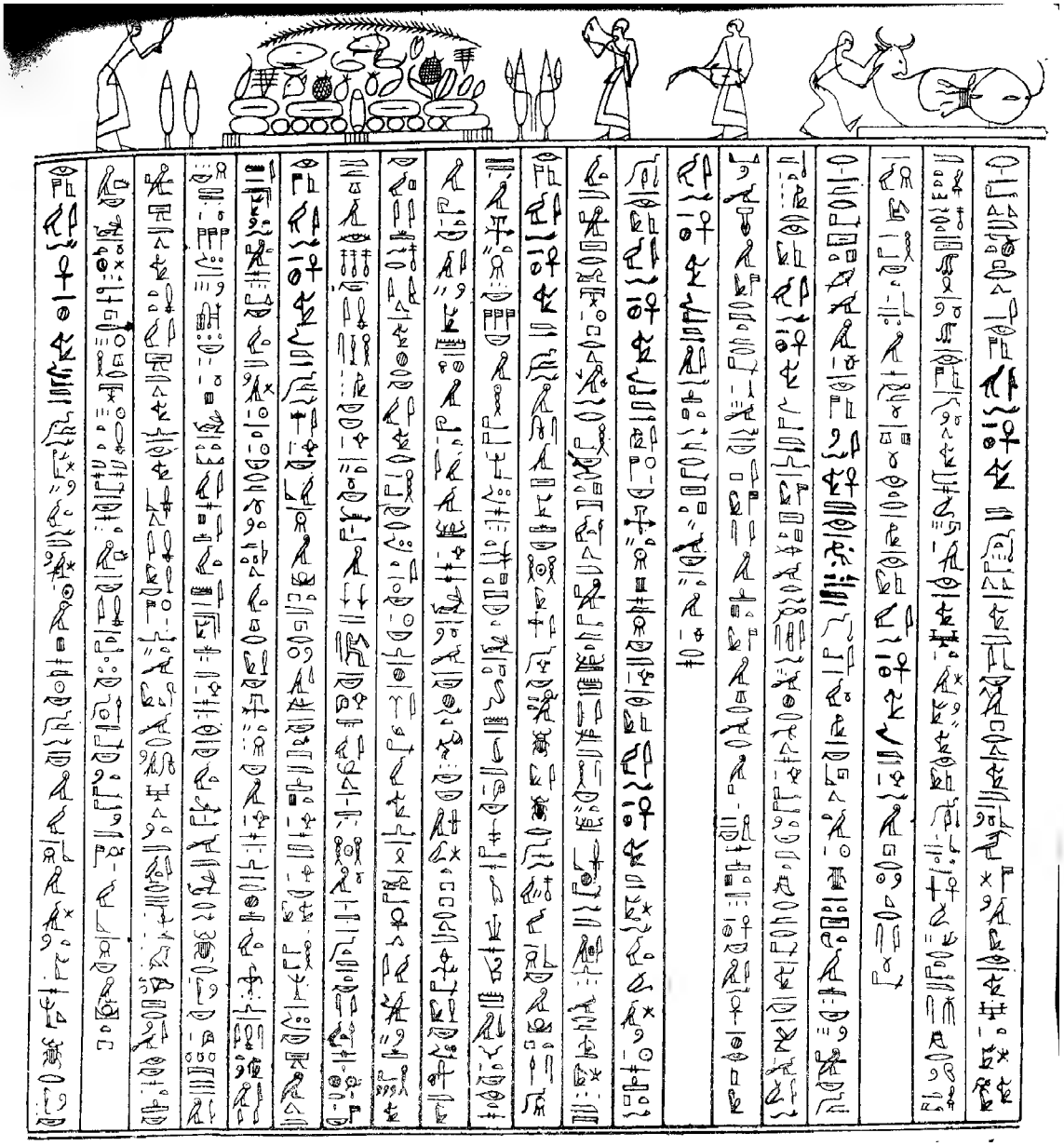
El *Libro oculto* de *la Morada,* constituye un voluminoso trabajo. Compónenle 162 capítulos, en las traducciones de Lepsius y Pierret, y las completan otros tres más suplementarios, haciendo un total de 165, de un interés más o menos palpitante. En él se hallan buen número de cosas repetidas y otras varias que posiblemente son interpolaciones.

No tenemos actualmente el propósito de escribir una interpretación completa del *Libro de los Muertos.* Nuestra intención se reduce a límites mucho más modestos. Lo que deseamos es condensar en un reducido número de páginas una clara noción de lo que fué la *Alta Ciencia Egipcia.* Medite profundamente el lector lo contenido en ese texto varias veces milenario. Mucho nos satisfaría que en él hallara *«los caminos por donde siempre conviene marchar».*

EL CONTACTO CON LO INVISIBLE

Te dirijo estas palabras ¡oh Tat! para que seas iniciado en nombre del Dios superior. Si *tú las comprendes, te percatarás de que, lo que resulta invisible para la mayoría de las personas, será para ti claro y ostensible.*

HERMES TRISMEGISTO.
(Discurso de Hermes a su hijo Tat).



Principio de la ceremonia iniciática

(fragmento del «Libro oculto de la Morada» fotografiada directamente sobre el trabajo del Doctor R. Lepsius)

CAPITULO III

EL CONTACTO CON LO INVISIBLE

El comienzo del libro nos hace asistir a una procesión. Los iniciados llevan los objetos sagrados: los cofrecillos en que se guardan los ornamentos de ritual; la nao en forma de barca, donde reposará la momia. Esta es una representación del cortejo de los funerales. Todo indica al recipiendario la necesidad de morir respecto del mundo, para renacer en el corazón de Osiris.

Extendido en el lecho funerario, se transporta al «muerto» sobre la barca de Isis. Junto a él Isis y Nephtys, hacen los gestos protectores.

Vienen después los portadores de emblemas.
Algunos sacerdotes llevan las ofrendas: otros, las urnas y la copa de las libaciones.

Un sacrificador degüella a un buey, en holocausto a los Dioses.
La dilatada fila de sacerdotes se dirige a la cerrada tumba que guardará los restos mortales, a la este1a que ostentará el

nombre del elegido, y su plegaria, elevada con devota confianza, al Dios supremo.

El postulante aparece arrodillado ante Horo, cuya cabeza adorna el disco solar rodeado por el mágico ureus. Dirige al hijo de Ra su ferviente plegaria para obtener las fuerzas que necesita, si ha de llevar a feliz término la serie de pruebas.

Bajo las órdenes de Thot, Maestro del Misterio. los oficiantes conducen al recién venido ante el jefe de los Iniciados, que para este solemne instante, se presenta ostentando las insignias de Osiris.

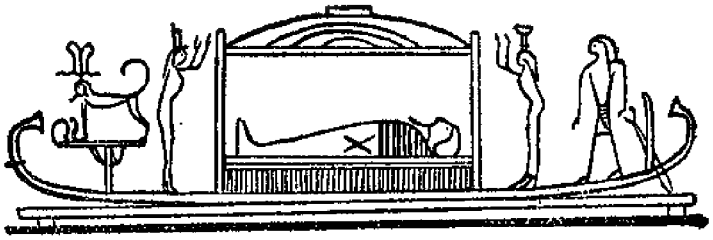


Fig. 1.—Se transporta al difunto sobre la barca de Isis

Junto a él, Isis (a la izquierda) y Nephthys (a la derecha) hacen los signos mágicos protectores.

En la santa asamblea, Osiris representa a Dios. A él Thot dirige las siguientes palabras:

¡Oh, Osiris, Toro del Amenti! ¡Oh rey de la eternidad! Yo soy Dios grande en la barca divina: yo he combatido en tu nombre: yo soy uno de los Divinos Jefes. que hacen que sea la Verdad la palabra de Osiris contra sus enemigos, el día de poder apreciar las palabras de Osiris» (Cap. I).

El día de apreciar las palabras se acerca: es el de la recepción del nuevo elegido entre los iniciados.

-Tus compañeros son los míos, Osiris -continúa Thot-. Yo no soy más que un modesto sacerdote en Tatús; yo hago las unciones de Abydos, elevando al que está sobre los escalones de la Iniciación. Yo soy profeta... Yo dirijo las ceremonias de Mendes: yo soy el sotem (auditor) en el ejercicio de sus funciones; yo soy el Gran Jefe de la Obra que pone el arca sagrada sobre el soporte.

Ayudado eficazmente por la caución que Thot parece presentar dispuesto a protegerle, el aspirante recibe el permiso para transponer el sagrado umbral. Se encuentra frente a Osiris, y no es bastante que le tribute los divinos honores: tiene que hacer más; tiene que imitarle e identificarse con él. Así se transforma en Osiris N.

Entonces, ya puede ordenar Thot:

-Conducid el alma de Osiris N. y llevadla con vosotros a la Morada de Osiris. Ella ve como veis vosotros: ella oye como vosotros oís: ella se mantiene derecha en pie, como os mantenéis vosotros: ella se sienta como vosotros os sentáis.

Fig. 2.—Los portadores de emblemas sagrados

Esto equivale a tomar sobre sí una responsabilidad considerable, porque Thot afirma, hablando de esta suerte, que el nuevo Osiris ha desarrollado sus facultades subconscientes de visión y de audición. Más todavía: al mantenerse en pie como los otros Osiris, el aspirante anuncia que se ha emancipado de la cadena de los sentidos y de las humanas obligaciones: al poderse sentar como se sientan ellos, afirma que sus ideas y sentimientos ya son tan estables como los de los otros Osiris.

Y prosigue Thot:

-Que no sea rechazado; que no sea puesto aparte: que entre cuando quiera y que salga cuando le plazca. Estando sus palabras convertidas en pura verdad, que se cumplan sus ordenes en la Morada de Osiris. El anda y habla con vosotros; el Osiris N., dichoso, encamina sus pasos hacia el Occidente.

El adepto puede comprender con claridad toda esta simbología.

Caminar hacia el Oeste. es una alusión a la carrera solar. Para las mentes desprovistas de astronómicas ideas, resulta que el sol gira alrededor de la tierra. Imaginada así la revolución solar, nos ofrece dos fases: una *visible,* y la otra *invisible.* El curso aparente del astro, se verifica de Este a Oeste y el oculto, de Occidente a Oriente, para cerrar el círculo. La parte del Universo donde se efectúa la revolución visible, era para el egipcio el Nun, el abismo celeste. La parte ,donde se verifica la revolución invisible, es el Tian, la región de los mares, la región infernal.

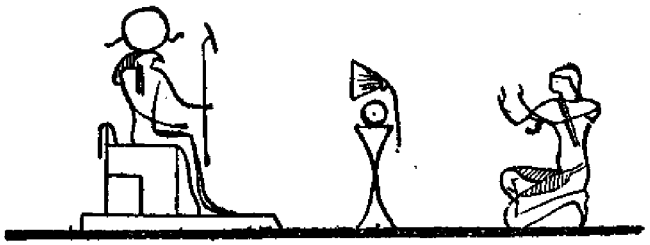


Fig. 3.—El aspirante a los Misterios se arrodilla ante Horo

Con la cabeza coronada por el disco solar, que atraviesa un *ureus*, el Dios de cabeza de gavilán, tiene en la mano un cetro, insignia de su soberano poder. Sobre un altar aparecen el disco solar y la flor del loto, planta sagrada por excelencia.

El fin supremo que se propone conseguir el iniciado, es alcanzar al Todopoderoso: es identificarse con Dios. Pero Ra ha establecido en el sol su Eterna Morada y el disco solar verifica su incesante periplo.

El adepto ha de acomodar su marcha a la del, Dios solar. Avanza hacia el Oeste, hacia el acceso a la región subterránea, donde penetrará cuando llegue para él el instante de la muerte.

Pero la muerte sólo es una apariencia. un mero cambio de estado. El alma sobrevive y progresa. El adepto, pues, al encaminarse hacia Occidente se encamina hacia la liberación. Avanza con serenidad, porque sabe muy bien que la imagen del sol se hunde detrás de la tierra. para reaparecer en la

deslumbradora luz del día y así él renacerá en el corazón de Osiris.

* * *

Fraternalmente acogido en el Templo, el nuevo elegido fija su atención en lo Invisible. Los secretos de esta región deberá conquistarlos uno por uno. Sabe que el Tian, la región subterránea, es la de los manes. Debe, pues, lo primero, tener la precaución de acertar a relacionarse con ellos. Si dispone de la fuerza suficiente para llamarlos sin temor y dominarlos sin vacilaciones, podrán declararle cuál fué el camino que ellos mismos recorrieron.

La noche, símbolo a la vez de la tierra subterránea y del seno maternal, resulta propia para quien pretenda interrogar a la tumba.

La luna, barco de las almas en vías de evolución, siempre fué favorable para los trabajos de la magia evocatoria. Por ella, y bajo su influjo, se desarrolla la visión astral. Ella refleja los rayos solares, imagen materializada de las miradas del divino Amon-Ra. A este Dios Supremo eleva sus ideas el aspirante cuando dice:

– ¡Oh, único radiante en la luna! Yo salgo de tus multitudes circulantes. Yo me recomienzo entre los manes. Abreme el Tian, porque, Osiris N., saldré a la luz del día para hacer lo que quiero hacer entre los vivos, sobre la tierra.

* * *

Los secretos que descubrirá en la región de lo Invisible, los ha de utilizar aquí en la tierra, a plena luz del sol, para, ayudar a su propia evolución y perfeccionamiento; pero también para aumentar el tesoro de enseñanzas que custodia el Colegio iniciático. Por esta luminosa razón se explica, que el conjunto de estos iniciados y los de todas las iniciaciones que entonces existieron. formasen un solo cuerpo sacerdotal, una sola colectividad en la que todos respondían, solidarizándose de lo que hiciera cada uno, como se evidencia en el siguiente párrafo:

-¡Oh, fiadores! Si este Osiris N. fuese considerado digno de tomar parte en los trabajos que se ejecutan en la divina región inferior, se verá despojado de todo perjudicial principio, como corresponde al hombre dueño de sus facultades.

La divina región inferior es la propia de los espíritus de los muertos. Inversamente a lo que ocurre en las sesiones del espiritismo moderno, donde se permite la entrada a todo individuo que quiera asistir, la iniciación egipcia en sus experimentos no toleraba la permanencia de personas cuyo sistema nervioso no estuviese bien estudiado, cuya escrupulosidad de conciencia no fuese bien conocida, y que además ignorasen o se desentendiesen de la importancia que tenían los trabajos que allí se realizaban.

De esta manera, los hechos tenían siempre un mayor alcance, y la comprobación de todos resultaba más sencilla.

* * *

La región de lo Invisible, no es únicamente la de los manes: es, además, el plano donde se reconcentran las fuerzas malhechoras, los poderes maléficos, los habitantes inmundos de los antros de la noche. Contra sus ataques, el adepto se defiende, por anticipado, con las cosas consagradas que consigo lleva, tales como los talismanes, los amuletos, los pentáculos, etc., que virtualizan los sacerdotes de la Gran Iniciación. Antes de que pueda caminar por el sendero de la luz ha de conseguir la victoria contra las impuras energías de las Tinieblas; contra los principios del mal.

El principio del mal es Apap, que los egipcios representaron bajo la figura de la serpiente. Antes de nada, importa vencerla, destruirla para siempre, contra el adverso principio, el nuevo iniciado practica un embrujamiento. Confecciona una figurilla de cera preparada, remedando la figura de Apap. Vivifica este remedio, por virtud del magnetismo y empleando las fórmulas correspondientes. Hecho así, en él encadena y destruye los principios perjudiciales y los daños que vienen a ser su legítima consecuencia. En el capítulo III, leemos la fórmula execratoria contra Apap; dice así:

-¡Oh, Unico de cera que aprisionas y arrastras a la destrucción viviente de los que pasan por muertos: yo no quedo inmóvil frente a ti! Tu veneno no penetra en mis carnes. Como quiera que resulto escondido para ti, no me verás paralizado por tu influjo, ni puedes acercarte a mi persona. Porque él es fuerte; es fuerte.

* * *

Instruido por el estudio y por las pruebas preparatorias, el adepto se nos muestra poderoso en su campo de acción. «El Estado de todos los Dioses», de todas las fuerzas bienhechoras, se sirven de él para el exterminio del mal.

Cada vez de modo más perfecto, tiende a identificarse con el «Ser de los misteriosos nombres».

Porque sabe cómo se llama, cómo se llama lo sabe. Prepara por su propio esfuerzo las diversas Moradas que ha de ocupar, y que significan, en el tiempo, millones de años en la refulgente estela de su evolución.

Porque posee la sabiduría. Porque sabe lo que le conviene saber.

* * *

Y Osiris N progresa. «Ve a su padre Osiris. Separa las tinieblas de su padre Osiris... Ha taladrado el corazón de Set (el *no-ser).* Ha hecho las cosas para su padre Osiris... Ha avanzado por su camino.»

«Hacer las cosas» significa haber realizado las pruebas demostradoras de la firmeza y serenidad de ánimo y de juicio del neófito. Por eso ha separado de sí las tinieblas, mediante la clara visión de su raciocinio, y la iluminación producida por su fe. Supo resistir a la tentación (tan frecuente) de usar en beneficio propio los poderes que le fueron otorgados. He aquí cómo pudo suceder que el aspirante atravesara el corazón de Set, el Satanás de la brujería egipcia.

* * *

En virtud de esta victoria, el neófito comienza a tener dominio sobre *lo Invisible.*

Se transforma en dominador de todas las malas influencias. Ejerce soberanía sobre todas las personificaciones del mal, que carecen ya de toda eficacia para dañar a su vencedor.

Porque es puro, porque la pureza es ya su cualidad.

* * *

Su poderoso instrumento es la palabra.

Este verbo, dotado de soberanos poderes, es aquel con que se pronuncian las fórmulas rituales, según los secretos ritmos,

dándoles «la entonación exacta», porque la entonación y el ritmo desempeñan principal papel en la ejecución y práctica de los poderes adquiridos.

Esa palabra omnipotente, es la Fuerza y es la Verdad. Por su eficacia, Osiris N. se reconoce maestro del mágico saber. Seguro de su ciencia y sus poderes, nada ya le inspira temor. «Armado con el poder de mi palabra, la Verdad, afronto sereno el inútil encono de mis enemigos».

* * *

Su dominio se hace más extenso de día en día: posee lo Visible y lo Invisible; el cielo y la tierra.

Porque ha adelantado en su camino: porque sigue avanzando por su sendero.

En vida ha penetrado en la región de los muertos.

«Cruzo el cielo, cruzo la tierra, recorro la tierra sobre los pasos de los manes, su hijo viviente.»

La extensión de sus poderes le es conocida y sus facultades las debe a sí mismo, a sus incesantes esfuerzos, a sus estudios, continuados con inflexible perseverancia. Nada, ni nadie: puede vulnerar su existencia ni en este mundo ni en el otro.

En su vida presente, en el mundo actual, se ha asegurado el premio de la Vida eterna. Las fuerzas dañinas no podrán prevalecer frente a los poderes del iniciado.

«Por mi propio poder estoy provisto de millones de años.» Es un Dios que surge: es Dios mismo, que penetra como soberano en las regiones subterráneas, porque lo ha merecido. «Todo ello se me concede por mi proceder firme».

* * *

Ha robustecido su mágico poder.

Los gestos que los maestros le revelaron, le permiten tener a raya a sus enemigos. Ha desviado victorioso los maleficios taimadamente trepadores que se enroscaban a sus piernas, para hacer que resbalara y cayera. Con firme paso avanza por los eternos caminos.

«Tiendo el brazo como Señor de la diadema. Extiendo las piernas como corredor, y me levanto adornado con el *úreus.*»

El *úreus mágico,* el áspid, adornará desde entonces su fren

te para proclamar su omnipotencia en la divina región inferior.

* * *

Para conservar la omnipotencia, Osiris N. deberá limpiar su corazón de toda mancha.

* * *

Seguidamente conviene adorar a Dios: poner en El la más filial confianza, no como haría un devoto suplicante sino como un hijo, y casi tratándole sin temerosa adoración. De esta forma es como el iniciado se dirige a Ra. Soberano de la Luz, cuya palabra es la Verdad misma, cuyos mandamientos, siempre justos, son la Ley en este mundo y en los otros.

«Honor a ti que te elevas en el horizonte por el día y recorres el cielo dichosamente por el don de la palabra que es la Verdad. »

El solo hecho de dirigirse directamente a Ra, es un signo de Iniciación, un testimonio elocuente de Superior Maestría.

A Ra únicamente le conoce el Iniciado. Ra, no existe para los hombres vulgares, que ciegamente se supeditan a las apariencias, a las formas transitorias, sin descubrir el misterio luminoso de los símbolos.

El iniciado dice a su Dios:

«Tú caminas permaneciendo oculto a la vista de ellos.»

Este luminoso esplendor, que o escapa a las miradas del vulgo, o le aterra cuando lo distingue siquiera sea débilmente, es para el hombre sabio el fundamento de su firmeza y su sabiduría.

«Próspera es la marcha bajo Tu Santidad para los que reciben tus rayos sobre el rostro!... Tus misterios no son apreciables más que para su cara... Puedo yo avanzar como tú avanzas, sin hacer alto, así como camina Tu Santidad ¡oh, Sol... »

El luminoso viajero termina su carrera diurna. Su disco, va a hundirse en la montaña misteriosa del Occidente.

La Doble región terrestre y celeste se inclina ante el Dios Supremo.

* * *

La iniciación prosigue. Los Grandes Jefes Divinos, son llamados.

El aspirante aprende cuál es el valor de las palabras cuando se pronuncian con arreglo a los ritos. Aprende a qué horas, y en que oportunidad, conviene hacer cada evocación, a fin de que las potencias mediadoras le sean propicias.

Se le enseña después la forma de practicar los encantamientos, las facultades que les corresponden, la fuerza de proyección que existe en determinadas fórmulas, particularmente cuando el ritmo (más de salmodia, que con verdadera entonación musical), intensifica su poder.

De esta suerte, obtiene el conocimiento de los secretos mágicos, a la vez y sobre todo, que el de los resultados de la práctica de estas obras.

Las fórmulas bien pronunciadas atraen a las fuerzas bienhechoras, y aunan sus victoriosas energías con las personales del iniciado; constituyen el apoyo de los Dioses soberanos (que no abandonan jamás a los que recibieron la iniciación), a los hombres puros que conocen las fórmulas santas y las recitan como deben ser recitadas; son, en fin, la protección de Ra, extendiéndose sobre todos los seres y descendiendo paternalmente sobre aquellos de sus hijos, que han pasado por las pruebas, que transpusieron los obstáculos, que poseen la certidumbre de la inmortalidad, y que saben que irán a El cuando hayan liberado al Dios que en su corazón se despierta.

Diciendo este capítulo purificador, se efectúan todas las transformaciones que se tenga un firme deseo de realizar.

* * *

Una corona ciñe la frente de Osiris N; la corona de la Verdad de la Palabra. Ese es el signo de su poder: es la marca de la de esta iniciación que recibe, el pleno conocimiento de las fórmulas sagradas, la virtud mágica y_todopoderosa del Verbo, de la palabra formulada según un Ritmo preestablecido.

El Gran Sacerdote, bajo el aspecto de Osiris, ha congregado en la sagrada Morada, en el Templo iniciático, a todos los que representan la Doble región (la Visible y la Invisible), con sus dioses y sus fuerzas ocultas.

Los sacerdotes ostentan los distintivos y los símbolos de

sus funciones. Todos brindan al aspirante con la acogida solemne y benévola que los propios dioses habrían de otorgarle.

«Vives siendo amado por los Dioses y tú vivirás siempre.»

En este ambiente sagrado, el adepto se muestra fuerte y poderoso, y no teme a nada ni a nadie.

Está en paz, la paz está con él.

Se hace semejante a Horo, que guarda las palabras secretas. Gracias a ellas, venció a sus enemigos y los ha entregado al gran aniquilador del Valle de las Tinieblas. Sus maestros y sus hermanos, celebran su victoria.

«Ve; ordena por la Verdad de la Palabra de Horo, hijo de Isis y de Osiris, sobre el trono de tu padre Ra, para la destrucción de tus enemigos.»

El Osiris N. recibe los encantamientos que le dotarán de fuerzas aún mayores, y la clase de los misterios más potentes y más luminosos.

Vedle triunfante de sus enemigos, vivos y muertos. Se identifica con el Dios de cabeza de gavilán. «Horo ha repetido sus encantamientos cuatro veces, y todos sus adversarios cayeron, vencidos y degollados.»

Habiendo entrado en posesión de los secretos que acaban de serle descubiertos, el nuevo adepto ya sabe modificar las fuerzas y su valor, por la virtud de la palabra escogida.

* * *

El capítulo XX confirma los poderes precedentemente acordados al aspirante admitido en la iniciación.

El Osiris N obtiene la facultad de penetrar en los mundos ocultos; de cambiar por medio de los ritmos, las apariencias de todas las cosas: de no temer a ningún peligro, bajo la protección de las Palabras sagradas.

«El hombre que recite este capítulo, después de haberse purificado en el agua de Natrón, saldrá con el día después de su enterramiento. Hará todas las transformaciones que le sugiera su corazón: pasará a través del fuego, en Verdad.»

Al decir que saldrá con el día después de su enterramiento, quiere expresar, el hecho de volver a la luz, después de haber explorado el mundo de los fallecidos, sea por *desdoblamiento,* sea llamando a las almas desencarnadas.

* * *

Para ser dominador en lo Invisible, Osiris N necesita conocer las palabras mágicas. Osiris es quien las formula, pero únicamente las Palabras provenientes del Verbo divino tienen eficacia contra los ataques de los enemigos inferiores: solo ellas poseen los Ritmos que iluminan toda obscuridad. Es, pues, al Dios supremo, al Jefe de los Jefes, al Señor de la Luz, a quien eleva esta plegaria para ser confortado y purificado.

«Dame mi boca para poder hablar; custodia mi corazón en el momento propicio para defenderle de los conspiradores de las tinieblas.»

Su oración al Todopoderoso ha sido escuchada.

«Resplandezco fuera del huevo en el país de los Misterios. Se me da mi boca para poder hablar. Estoy ante los Grandes y Divinos Jefes, ante el Dios grande, Señor del hemisferio inferior.»

* * *

La ceremonia «de abrir la boca en la divina región inferior» congrega a los grandes sacerdotes, bajo el aspecto, y con los emblemas que corresponden a los dioses.

Se desarrolla un majestuoso ceremonial.

Thot, librador de los secretos de lo Invisible, llega y provee Osiris N. de mágicos encantamientos.

Seguidamente, se presenta Tum, el Dios primordial y creador que deshace la traba puesta por Set, el no-ser, el adversario del creador.

Ptah, el dueño de la vida acude también y procede a abrir la boca usando un instrumento rituálico; la hoja de hierro *(nu),* que se emplea para abrir la de los Dioses.

Teniendo toda la Verdad de Palabra; es decir, habiendo profundizado el misterio del Verbo divino, y poseyendo toda su eficacia, el adepto se identifica con los dioses.

«Gracias a todos mis mágicos encantamientos, yo digo todo lo que ellos dicen. Yo actúo como dominador del conjunto de los Dioses: yo les aporto reunidos mis mágicos encantamientos. »

* * *

El adepto conoce el poder del verbo humano, pero le es

preciso, además, poseer la omnipotencia del corazón. En esto esta, precisamente, el peligro que todo hombre lleva consigo mismo.

No se puede obtener ni retener la mirada de Dios si no se posee la necesaria rectitud de pensamiento, y la indispensable pureza de corazón. En este, sobre todo, es donde se fijan los escrutadores ojos de los Dioses, y él es, precisamente, el que en el instante del Juicio supremo, dará testimonio de si el aspirante puede formar parte del colegio sacerdotal.

Fig. 4.—Un sacerdote presenta al aspirante (que está de pie) un vaso y el mágico bastón de cabeza de carnero

A la izquierda, se ve un sacerdote osiriano.

Pero estamos todavía en el período de las enseñanzas preliminares.

¿De qué servirá el poder del verbo si no tiene por base la energía de un corazón digno de recibir la iniciación?

Para resolver este terrible problema, el futuro adepto procede a un estudio de su ser interior. Debe acomodarse al caso, purificarse, obtener a toda costa que su corazón esté puro de mancha, sin desfallecer en la empresa y siempre propicio a cumplir la más noble de las misiones.

En el capítulo XXVI se lee:

«Poseo el conocimiento de mi corazón; soy dueño de él: estoy en posesión de mis brazos; estoy en posesión de mis piernas, como acomoda a mi Doble.»

Este análisis de si mismo, revela al iniciado su verdadera estructura.

El cuerpo no es más que la morada en que se producen los fenómenos de la vida aparente. Como el diamante se

esconde en su ganga, la parte superior del ser, subyace desconocida bajo esa envolvente material. Por medio del estudio perseverante, por el desarrollo de las facultades subconscientes, es como el adepto llega a estar en presencia del *alma,* del principio superior de la existencia, el únicamente verdadero y eterno.

Ba, el alma, toma la forma de un pájaro, ya sea la de una golondrina con cabeza humana, ya sea la de un ibis o la de un gavilán.

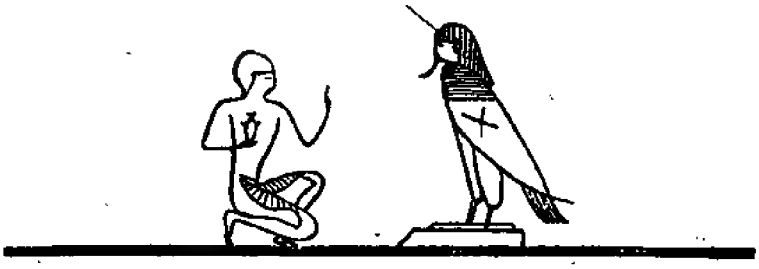


Fig. 5.—Arrodillado ante un gavilán, con la cabeza humana, símbolo del alma, el adepto sostiene en la mano el signo del corazón

Merced al análisis interno llegamos a descubrir a esta oculta personalidad. Así, en el papiro vemos al aspirante arrodillado frente al Pájaro-Inteligencia.

El adepto sostiene sobre su pecho el jeroglífico que representa al corazón.

La obra mágica no podría realizarse sin el concurso de nuestra parte anímica, donde el corazón reina como soberano. No hay modo de que el adepto alcance ninguna perfección fuera del recto camino adonde conducen los sentimientos puros. Debe, pues, resistir a todas las tentaciones de Amset, de Hapi, de Tianmot y de Kebhsennuf, que procurarán apartarle de la buena senda, mediante la atracción de los placeres impuros.

Arrodillado delante de los cuatro Dioses funerarios, Osiris N. afirma que su corazón está bien sujeto y bajo la propia e incesante vigilancia. Ha sido renovado. Latirá eternamente.

Dirigiéndose a su propio corazón dice:
«Soy tu dueño: tú estás en mi pecho: tú nunca más te separarás de mí. Yo te daré órdenes que tú escucharás en la divina región inferior. »

En virtud de esta pureza de corazón, y de esta vigilancia de los sentimientos, ha adquirido la certidumbre de que nunca se mostrará inclinado a aplicar los poderes, que acaba de adquirir, al cumplimiento de una acción condenable o interesada.

Su conciencia está firme; su voluntad reina como soberana sobre todas sus facultades, bajo la tranquila mirada de Ra.

Porque es puro; porque la pureza es su cualidad.

* * *

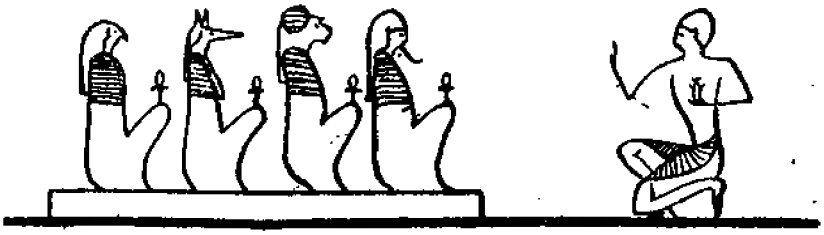


Fig. 6.-El aspirante, reteniendo sobre su pecho el signo del corazón, permanece arrodillado ante los cuatro genios de la muerte: Amset, Hapi, Tianmotef y Kebhsennuf

No sin esfuerzo, el candidato a la sabiduría iniciática ha obtenido ese justo equilibrio existente entre el cerebro y el corazón, entre las ideas y los sentimientos.

Le ha sido necesario combatir largo tiempo y bajo todas las formas, la impresionabilidad, la sensibilidad excesiva, que pudieran arrastrarle a cometer violencias, o a caer bajo el dominio de pasiones, que son más peligrosas por el hecho de estar ocultas. He aquí otro enemigo que combatió y al cual ha enfrenado. Esto lo describe el capítulo XXX que trata de «no dejar al corazón del hombre que le ofrezca oposición en la divina región inferior. »

«Mi corazón, provinente de mi madre, mi corazón, que es necesario a mi vida sobre la tierra, no te levanta contra mí: no da testimonio en contra mía como adversario, entre los Divinos Jefes en lo relativo a lo que yo he hecho ante los Dioses. »

Sigue a continuación un llamamiento a las potencias superiores, sin cuyo auxilio el hombre nada puede hacer.

«¡Osiris-exclama-, genios funerarios que inspeccionáis las entrañas de los muertos embalsamados, contenidas en los vasos canópicos, situados junto al sarcófago! ¡Oh Dioses, por vuestros cetros os pido que habléis con benevolencia de Osiris N! Protejedle contra Nehbka, la serpiente que destruye las momias.»

La escena del papiro representa a Osiris N. en actitud de adorar al escarabajo.

Fig. 7.—El aspirante en actitud de adoración ante el escarbajo

Ya está en posesión de la bondad y de la justicia, pero estas disposiciones interiores, por excelentes que resulten, no le bastan al iniciado. La Bondad tiene que apoyarse en la fuerza.

Quien puede actuar, no debe permanecer inactivo. Sólo las fuerzas buenas pueden combatir a las malas, y no deben nunca permanecer en reposo.

Aquí llega el momento de una prueba que está considerada como decisiva. La lucha del bien contra el mal.

Las energías perversas de Set (simbolizadas por cuatro cocodrilos), tratan de arrebatar a Osiris N. los secretos que acaba de recibir. Pero Osiris N. es fuerte, es poderoso. Su fuerza la tiene en sí mismo, y se apoya en los Dioses que le elevaron a su altura.

«¡Atrás! ¡Retrocede! ¡Atrás, cocodrilo! No intentes acometerme. Conozco el poder de mis mágicos encantamientos ... ¡Tu cara hacia la Verdad!... Mi boca formula invocación de los encantamientos mágicos... Yo ruego usando fórmulas mágicas... Yo abro la boca de los Dioses.»

Y el libro añade:

«Sabiendo este capítulo, se sale a la luz del día; hasta se puede andar sobre la tierra, pasando entre los vivos. No se puede sufrir ningún daño, nunca más, realmente. »

Esta frase tiene dos significaciones.

Da a conocer, lo primero, que Osiris N. ha llegado a ser lo suficientemente dueño de sí mismo para poderse mezclar en la vida ordinaria de los hombres, sin estar expuesto a caer en tentación.

Declara también que por su sabiduría, se ha hecho invulnerable a las mágicas maquinaciones de sus enemigos, visibles e invisibles. Porque es fuerte; porque la fuerza es su atributo.

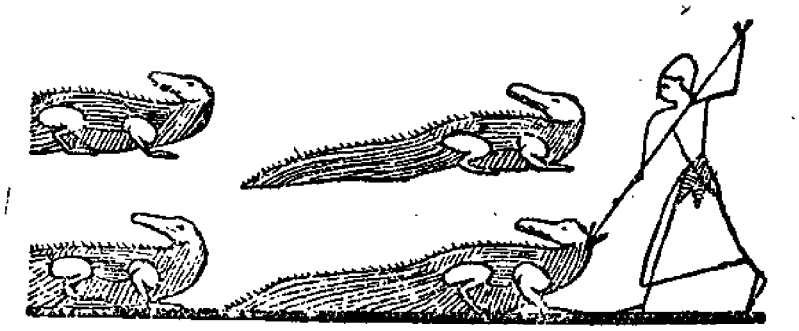


Fig. 8.—Defensa contra las fuerzas males de lo Invisible

Cuatro cocodrilos, que personifican las fuerzas malas de la. región subterránea, procuran arrebatar al aspirante sus mágicos secretos. Pero éste está provisto. Los cocodrilos vuelven la cabeza para indicar que, firme por tener los secretos que ha recibido, el adepto osiriano es invulnerable para sus enemigos visibles e invisibles.

* * *

Apenas ha salido de esta prueba, cuando otra se opone ya a su avance.

Otros cuatro cocodrilos aparecen, e inician un nuevo ataque, en el cual el neófito no debe sucumbir.

Vence, y acto seguido canta su victoria.

Las dificultades de la vida ante la contemplación del adepto se reducen a su verdadero cometido de servir de prueba, de medio de alcanzar la perfección.

¿Qué vale una piedra del camino para aquel cuyas miradas se hunden en la inmensidad?

El adepto abrió los ojos ante los vastos horizontes del pensamiento: ha sorprendido las relaciones entre mundos, cuya existencia ni siquiera sospechaba: ha descubierto armonías que la generalidad de la gente desconoce. ¿Qué le importan, pues los insignificantes sucesos de la vida ordinaria de que hacen tan ruidosa ostentación los hombres vulgares?

Fig. 9.—El adepto vence en las regiones de lo Invisible a las nuevas fuerzas enemigas, personificadas por las serpientes y la cucaracha.

Su propia vida, no se le aparece más que como fugaz momento en el torrente de la vida universal. Las más salientes acciones humanas. no son más que una pulsación en la eterna actividad del Cosmos.

«Poseo la duración, la altura y la extensión: respiro en el dominio de mi padre, el Grande.»

Y más adelante:

«Mi rostro se descubre, mi corazón está en su sitio. La víbora frontal está sobre mí cada día. Yo soy Ra, que se protege a sí mismo. Ningún principio malo me puede derribar.»

No son estas palabras cosas sin valor: son, por el contrario, vivientes realidades.

Nada puede temer el adepto, ya que extrae sus energías de las divinas fuerzas que desconocen el agotamiento.

Osiris N. ha llegado a conquistar la serenidad perfecta. Nada debe vulnerar a la única parte de su ser en que ha fijado toda su atención, puesto que entre todas, es la sola que continuará viviendo, cuando haya ganado el corazón de Ra. Se

reconoce siendo lo que es: una chispa divina, y de Dios saca toda su fuerza soberana.

Porque existe; porque es real su existencia.

* * *

Otras fuerzas enemigas le obstruyen el paso, avanzando hacia él en son de guerra.

Entre ellas está la serpiente Apap, que quiere resarcirse de su anterior derrota. También acude la inmunda corredera, la amiga de todo lugar infecto y obscuro, cuyos miasmas deletéreos personifica.

Pero Osiris N. atraviesa y destruye con su lanza a sus repugnantes adversarios .

* * *

La destrucción de estos viles seres, le ha transformado aun más en dueño de la luz y así conquista el conocimiento de los Cielos que ha de recorrer.

«Yo recomienzo la vida después de la muerte, como hace el sol todos los días.»

Fig. 10.—Un sacerdote osiriano tiene en las manos una cruz ansada, símbolo de la vida eterna, y la vela hinchada, imágen del soplo divino

Más para que la vida se perpetúe eternamente, el adepto, como toda criatura, tiene necesidad de sentirse constantemente vivificado por los soplos que provienen de la Eternidad dichosa; tiene necesidad de bañarse en los fluidos de la vida.

Los soplos emanados del Altísimo, hacen vivir a nuestra

alma, como las tibias brisas de la primavera, hacen brotar en las ramas la juvenil fuerza del follaje. El iniciado no lo ignora: pide a los Dioses este beneficio, y su oración hace que vea alcanzado el objeto de sus súplicas. Así la figura nos presenta a un sacerdote osiriano teniendo en su diestra la cruz ansada. el símbolo de la eterna fecundidad, y en la siniestra, la vela hinchada, imagen del soplo divino que lleva la vida a nuestra alma.

* * *

Para dominar en lo Invisible, el adepto tiene que disponer de todas sus energías.

La gran causa del desgaste nervioso, es la actividad sexual. El adepto ha enfrenado sus pasiones. Ambis, el Franqueador de los Caminos, el Protector de los Iniciados, da testimonio de eso mismo.

«Su falo ya no se mueve ni ha vuelto a entrar en funciones.»

«Conociendo este capítulo, el difunto no se corrompe en la divina región inferior» -añade el papiro sagrado.

Ambis hace evidente que el aspirante ha sofrenado sus apetitos carnales. Puede, pues, consentírsele que penetre en otros más altos misterios, donde sería una imperdonable profanación cualquier pensamiento de carácter sexual.

* * *

Llegado a esta altura de la Iniciación el adepto se desarrolla; pero, por muy dueño que sea de su cuerpo, debe vigilar para que éste no se transforme en un obstáculo o una molesta carga. Por consecuencia, debe cuidar de someterse a una adecuada higiene alimenticia.

«Detesto las suciedades. Yo no las como.»

Esta frase alude al método de alimentación del que sigue la senda del perfeccionamiento psicológico. El adepto tenía que ser muy frugal y muy cuidadoso de las cosas que comía. Posiblemente eran sólo alimentos vegetarianos .

* * *

Mediante estas reglas de ascetismo. el adepto desarrolla

sus aptitudes intuitivas y de visión supranormal; se enriquece con el poder del recuerdo de todo lo pasado, y con la facultad de extender la percepción en lo futuro ilimitadamente.

El libro del Destino se abre a su vista y en los misteriosos folios, descubre las huellas dejadas por los sucesos pasados y sorprende las líneas del futuro en vías de evolución.

Osiris N. tiene poderes sobre su propio ciclo y de esta facultad se siente orgulloso.

«Yo estoy en el ayer y conozco el mañana. Dueño soy de renacer una segunda vez si quiero realizado.»

* * *

Seguro de su ciencia y de sus méritos, el adepto pide que le sea concedida la cruz ansada, imagen de la vida eterna, y otorgado el cetro, que testimonia su poder sobre las fuerzas ambientes.

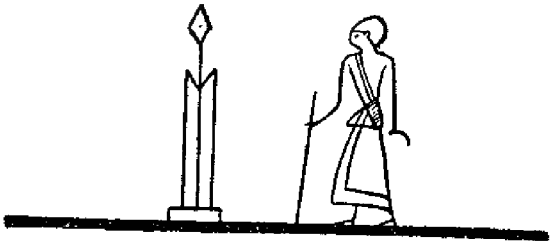


Fig. 11.—*El adepto osiriano ante el jeroglífico de An-Heliópolis, la Ciudad solar*

Lleva en la diestra el bastón de mano.

«Transmitidme la insignia de vida que tenéis en la mano, y el cetro *nasem* que lleváis. Transmitidme la vida con vuestras palabras; concededme numerosos años, sobre los años de mi vida.»

Y recibe el cetro de soberanía que le exalta a la condición de determinada especie de sacerdotes.

* * *

Aquí tiene lugar otra ceremonia simbólica. Se verifica en

cierto sitio del Templo. La fila de sacerdotes camina en dirección de An.

An, es Heliópolis, la ciudad solar.

Al regreso de esta procesión, el adepto describe su viaje: «Llego viajando desde los confines de la tierra. Recibo aquí fórmulas para las entrañas del cinocéfalo. Tomo el camino hacia los sagrados pilonos. Recorro las Moradas puras de los que están en sus celdas. Atravieso las murallas, las revueltas y los corredores de la Morada ma... »

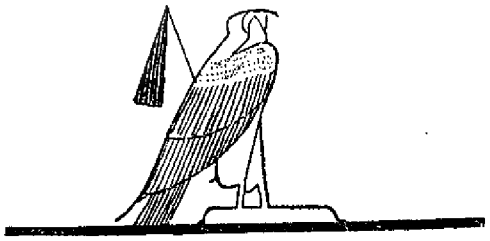


Fig. 12.—El adepto osiriano aparece convertido en el gavilán de Horo con cabeza de Bennu

Lleva el látigo mágico, como símbolo de su poder sobre las fuerzas elementarias.

Los cinocéfalos significan las fuerzas de la noche que retrasan la llegada de la Luz, porque es para ellas inaccesible. El aspirante tiene que vencer a esas fuerzas, como ha de vencer en sí mismo y a su alrededor, las posibilidades del error.

Apartados los cinocéfalos, Osiris N. encuentra unos seres que tienen forma de alados cuadrúpedos. Esto significa la materia queriendo entrar en vías de evolución. Pero pronto dichas formas se convierten en pájaros. De igual modo, lo que en nosotros hay de terrestre, ha de desaparecer y convertirse en algo alado.

* * *

El futuro iniciado debe cuidarse seguidamente de realizar en sí «todas las transformaciones deseables» que le franquearán los caminos.

Únicamente la falta de afición a todas las mundanas cosas de «aquí abajo» prepara el vuelo de la mente hacia el Divino Creador, que ha de darle la eterna felicidad.

Un hermano mayor representado bajo una forma dada, guía al aspirante hacia la residencia del Dios Supremo.

A su vuelta, el aspirante lo indica así.

«He pasado por la Real Morada, gracias al auxilio que me prestó el pajarero que me condujo. »

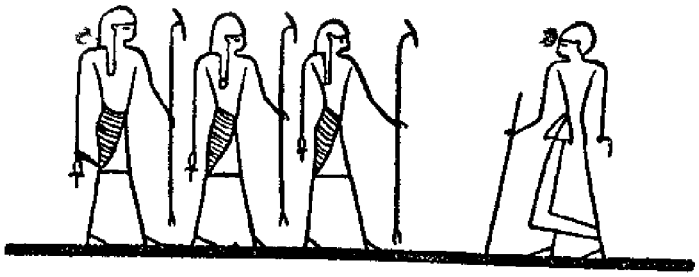


Fig. 13.—El adepto comparece ante tres Sacerdotes, tres Divinos Jefes Reales

El aspirante se presenta bajo la forma de un pájaro para hacer patente que ha transformado y vencido en sí cuanto tenía de impuro. Triunfador de la materia, pide ser identificado con el ave que más alto vuela, que más se aproxima al sol de Ra; con el gavilán, en una palabra.

* * *

Simbólicamente el adepto, transformado en gavilán de oro, remonta el vuelo hacia Dios.

«Vuelo convertido en gran gavilán... Me remonto ... Llego y soy admitido entre los que son de esencia divina.»

Por virtud de las largas purificaciones que ha realizado, y del perfecto dominio de sí mismo que logró, se identifica con Osiris en cuanto es posible, y por ello el aspirante obtiene ser admitido entre los sacerdotes iniciados, quienes, comparados con la grosera humanidad, resultan verdaderos Dioses.

Su única aspiración es habitar en el Sagrado Templo. Y así formula su deseo.

«¡Oh Jefe, encamíname hacia las sendas que conducen

a mi Morada, Remuévela: ensánchala. Haz que yo sea temido y venerado.»

Efectivamente, el aspirante quiere vivir entre los sacerdotes; pero, sobre todo, quiere ser igual a ellos espiritualmente.

Y por fin, recibe la recompensa ganada a costa de sus penosos trabajos.

Fig 14.—El adepto aparece bajo la forma de una flor de loto, significando con esta transformación, que ha conquistado la paz dichosa que simboliza dicha planta y que ha recibido los dones de la intuición

«Al oír mis palabras todos los Dioses han abierto los espacios, hasta sus últimos límites.»

Sus hermanos mayores les ayudan solícitamente, y nuevas ceremonias se realizan.

«Descubro los misterios sagrados... Veo abiertos los sagrados caminos...»

El aspirante ha pasado triunfalmente por todas las pruebas. Ya han desaparecido las barreras que se interponían entre él y el fin de sus nobles deseos. Abre su alma bajo las miradas de Osiris con la confianza de un hijo, digno de tal padre.

Y ya goza de la felicidad suprema.

* * *

Seguro de sus conocimientos, y del desarrollo de sus facultades ocultas, el nuevo adepto ve nacer en él la tranquila firmeza que distingue a los dominadores. Su alma, fuerte, es la de un Jefe, y él mismo es el mejor juez. Está alegre y tranquilo.

«Soy puro, regenerado, favorecido, fuerte, en potencia de alma y dominador.»

Regenerado, seguro de sí mismo y de sus fuerzas, esparce alrededor de sí los esplendores del Bien, de lo Justo y de lo Verdadero.

Ya está preparado para la enseñanza y para la acción.
Sintiéndose dichoso, quiere que todos los seres puros participen de su felicidad.

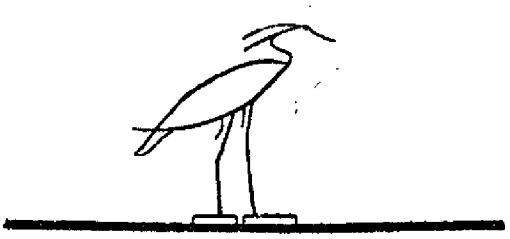


Fig. 15.—El adepto bajo la figura de un ave fénix

Indica así que conoce la ley de las reencarnaciones. Igual que el ave fabulosa renace de sus cenizas al calor del sol, el iniciado renacerá por el sacrificio en el corazón de Osiris.

«Yo alejo el veneno de vuestras bocas. Yo alejo todo mal que exista en vuestros corazones. Yo os separo de los pecados que guardáis. Yo os traigo el Bien. Yo hago que suba hasta vosotros lo Verdadero.»

Y la alegría reina en el interior del Templo.

Sacerdotes y sacerdotisas, ostentando los divinos emblemas, demuestran su contento, al ver que aumenta el número de iniciados.

«A mi presentación, veo a los Dioses llenos de alegría. Las Diosas y las mujeres me vitorean. Llego cerca de vosotros. Me levanto en vuestras Moradas... »

Un banquete reúne a los congregados en cierta especie de comunión mística, donde se distribuyen más bien que los manjares, las palabras de Verdad y la alegría triunfante de haberlas recibido.

«Recibo los alimentos sobre el altar, y calmo mi sed con el licor consagrado en el momento de la noche... »

En cuanto al adepto, hay que decir que se siente poseído por una alegría soberana. ¡Ya consiguió ascender a alturas que le permiten igualarse con sus predecesores en el Templo! Un legítimo orgullo llena su alma.

«Yo me transformo en Dios venerable, dueño de la Gran Morada.»

Porque es puro; porque la pureza es su cualidad.

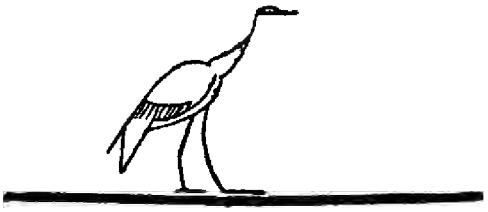


Fig. 16.—*El adepto bajo la forma de pájaro shenti*

Indica con ello que ha experimentado una nueva transformación y adquirido otros dones psíquicos.

* * *

Llega la hora de la gran iluminación.

¡Éxtasis exquisito!

La mirada interna distingue ideales esplendores. En el alma del sabio se refleja toda la majestad del Divino Creador. Una comunión fraternal se establece entre el adepto y toda obra de Dios.

Se disipan las tinieblas que ocultaban el Divino Misterio.

Enardecido por un sobrehumano amor, el nuevo iniciado se identifica con el Dios Supremo. Como él, su espíritu goza de la plenitud de facultades que constituyen al «Divino Esposo y la Esposa Perfecta». Todas las excelsas luces ya resplandecen en él y para siempre.

Es «la Mujer, luz de las tinieblas».

El hombre, principio activo, no tiene la finura de percepción que distingue a la mujer, de modo que ambos se complementan. La actividad necesita del principio femenino. Por

virtud de su recíproca inteligencia se origina la alianza de la fuerza, de la acción, con la sensibilidad intuitiva. Entonces este equilibrio perfecto produce ritmos sublimes; y las tinieblas se convierten en iluminación.

Fig. 17.—El adepto transformado en gavilán con cabeza humana, símbolo del alma

* * *

En contacto permanente con las realidades invisibles, el adepto osiriano alcanza la beatitud suprema. Su conciencia se abre por influjo de los efluvios divinos.

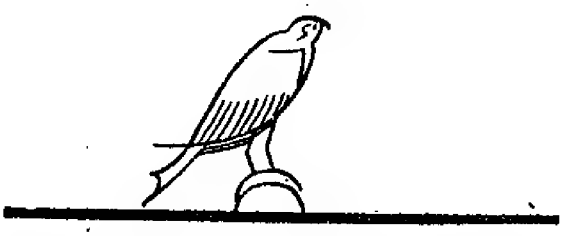


Fig. 18.—El adepto transformado en golondrina

Este pájaro que se consagra a Isis significa los perpétuos renacimientos.

«Yo soy un loto puro, que surjo luminoso. Yo soy un loto puro que brotó en el Campo del Sol», dice indicando de esta manera que ha conquistado la paz dichosa, de la que el loto es símbolo, y que ya posee los dones de la intuición.

* * *

La Eterna Sabiduría ejerce un irresistible atractivo.

Con relación a los ciclos que ha de recorrer, el Osiris N. se transforma en ave fénix.

«Me remonto hasta los que participan de la esencia divina..»

Este simbolismo es transparente.

El ave fénix ya sabemos que nunca ha existido. Se refieren de ella cosas fabulosas, que tienen sólo una mística significación. El ave fénix no muere jamás. Cuando llega a la vejez, prepara una hoguera de olorosas ramas y en su fuego se consumé. Cuando los rayos solares tocan las cenizas, el pájaro vuelve a la vida y a la juventud primera. Cuando el alma se siente desfallecer, se purifica por el sacrificio, y renace más hermosa que antes.

* * *

El adepto pasa por otra transformación. Toma la forma del pájaro *shenti.* Este es, sin duda, el ibis consagrado a Thot, a quien se supone inventor de la medicina.

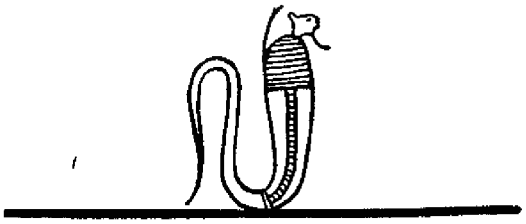


Fig. 19.—*El adepto aparece en figura de serpiente (úreus) y con cabeza humana*

Esto quiere decir que posee conocimientos universales.

Conociendo bien este capítulo, el aspirante se convierte en un perfecto sabedor de los misterios de la región inferior: «ninguna cosa adversa le puede destruir».

* * *

Siguen los capítulos referentes a la transformación en gavilán de cabeza humana, que es el símbolo del alma; luego en golondrina, que es una de las aves consagradas a Isis, y que, por sus emigraciones anuales, simboliza los perpetuos renacimientos.

Por último, el adepto se transforma sucesivamente en serpiente *(úreus)* de cabeza humana, que representa los conocimientos universales, y en cocodrilo, porque es conveniente que el aspirante haya experimentado el poder de las influencias del mal, con el objeto de que nunca más sea víctima de ellas.

* * *

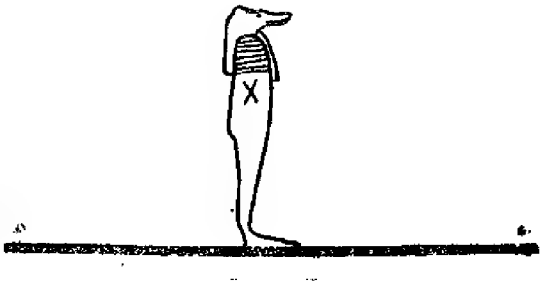


Fig. 20.—El adepto transformado en Dios munmiforme con cabeza de cocodrilo

El cocodrilo representa los poderes maléficos, las sombras de la caverna de la oscuridad. Adoptar la forma del cocodrilo equivale a afirmar que el adepto ha experimentado el poder de las influencias del mal, para saber librarse de ellas.

Es necesario que el adepto se mantenga en perfecta condición de equilibrio psicológico. Nada en lo Invisible debe poder desasociar su personalidad.

El Capítulo LXXXIX del sagrado libro trata de los medios de identificar el alma y el cuerpo en la divina región inferior.

Ilustra al texto una escena funeraria. En ella se ve al alma bajo la forma de un gavilán con cabeza humana revoloteando por encima de la momia yacente en el lecho mortuorio.

El ave sostiene con sus patas la cruz ansada, símbolo de la vida eterna.

Indudablemente, esta imagen indica un caso de *desdoblamiento,* provocado mientras duerme el individuo de modo natural o de modo magnético. Desde ciertos puntos de vista, el sueño puede equipararse con la muerte.

En la realización de este experimento psíquico, el alma se desprende y se eleva a las regiones de los mundos ocultos a nuestras miradas, y al despertar, conserva el recuerdo de la eternidad y de los arcanos de la otra vida. Practicada de esta forma la hipnosis, es una verdadera imagen de la muerte.

Fig. 21.—El conocimiento del alma humana

El gavilán de cabeza humana, símbolo del alma, revolotea por encima de la momia (el aspirante a los misterios osirianos que ha muerto moralmente para todo lo que se relaciona con la vida ordinaria) y le trae la cruz ansada, símbolo de la vida eterna.

La iluminación del recuerdo tiene que conceder al Osiris la facultad de conocer la cadena de sus vidas anteriores, o por lo menos, la de descubrir algunos de sus anillos.

El Capítulo XC está consagrado a hacer «que el hombre recobre el recuerdo».

La figura representa a una persona de pie, que dirige la palabra al Dios Thot.

Es creíble que el individuo llegado a determinada altura en su evolución, pida al Dios de la ciencia el recuerdo de sus vidas anteriores.

Esta es una de las puertas que hay que transponer y así

cuando es atendida la súplica del aspirante, éste pide seguir ascendiendo a mayores alturas en su camino de perfección.

* * *

El adepto llamado a penetrar en las comarcas de lo Invisible, no debe tolerar que su alma sea aprisionada por las fuerzas dañinas; pero no las teme, y además, conoce el secreto de dominarlas, lo que no dejaría de hacer. De todos modos, tiene que prestarse a escuchar los consejos de la prudencia.

Fig. 22.—El adepto se dirige a Thot

El papiro nos enseña al aspirante dirigiendo la palabra a uno de los divinos Jefes. Este, representado bajo la figura de Thot, el Dios de la ciencia, le concede el recuerdo de sus vidas pasadas.

Del país del misterio proviene una atracción singular, y muchos no han podido librarse de las emboscadas del *«Más Allá»*. Pero Osiris N. es poderoso.

Porque sabe; porque no ignora lo que le conviene saber.
Es un «difunto prevenido», un «valiente cuyas armas están prontas».

Posee secretos que le permiten realizar, durante la ejecución de un *desdoblamiento* voluntario, toda especie de comprobaciones. Nada podrá atacar a sus cuerpos invisibles.

La tumba va a descubrirle sus secretos.

El aspirante que ha fallecido para su anterior vida de errores, y que simbólicamente está en el camino del renacimiento en otra existencia mística superior, se presenta en el umbral emocionado y confuso.

El papiro representa al aspirante abriendo una garita, dentro de la cual el alma está encerrada.

Fig. 23.—El aspirante abre una jaula dentro de la cual está encerrada el alma el ave de cabeza humana

De esta forma el adepto manifiesta el deseo de liberar el principio superior de su ser, para llegar hasta el Dios Supremo.

«Yo abro porque me han abierto... Yo abro el camino a mi alma... No aprisionéis a mi alma, no guardéis mi Sombra para que yo abra el camino a mi Alma, a mi Sombra, a mi Inteligencia; para que yo vea al Dios Grande en su nao el día del juicio de las almas y repita las palabras de Osiris,

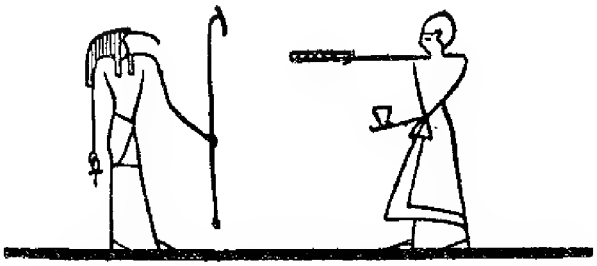


Fig. 24.—El aspirante presenta a Thot una paleta y los útiles de escribir.

El momento del supremo interrogatorio se aproxima. ¿Será admitido el aspirante a formar parte de la reunión de Dioses, los divinos miembros del colegio sacerdotal? Se dirige a Thot, el Dios de cabeza de Ibis que sostiene en sus manos la cruz ansada (la vida universal) y el cetro, signo de mando.

misterioso por su Morada. Vosotros que guardáis con las manos las almas de los manes, encerradlas lejos de los muertos, lejos de los que me harían daño; que no me puedan producir ningún mal; que sea desviada su marcha hacia mi Doble, hacia mi alma y mi Inteligencia protegidas frente a su paso; que yo me siente entre los Jefes en sus Moradas; que yo no me vea encerrado por los guardianes de Osiris, los guardianes de las almas, los carceleros de las Sombras y de los muertos. ¿No está mi cercado en el mismo cielo?»

Quien conoce este capítulo sale a la luz del día. El alma no queda prisionera en la divina región inferior.

La sombra del cuerpo es el *Doble* (Kha), el inseparable compañero de aquel. Las partes superiores del ser, son el *Alma* (Ba) y la *Inteligencia* (Khon).

* * *

El instante del supremo interrogatorio se acerca. Se acerca el día del juicio de las almas.

El adepto multiplica sus preparativos.

¿Se verá honrado con un puesto entre los Dioses? ¿Formará pronto parte de la cadena mágica, que solidariza a los Divinos Jefes?

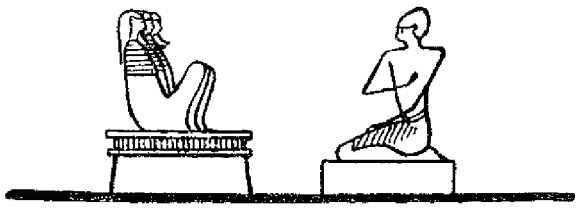


Fig. 25.—El papiro representa al adepto sentado delante de tres Dioses, dando testimonio de la pureza de su corazón.

El adepto es admitido a estar entre los Grandes Dioses, los Divinos Jefes, los Sacerdotes de la Eterna Sabiduría.

La figura representa al difunto ofreciendo una paleta y los útiles de escribir al Dios Thot.

El servidor de la Eterna Sabiduría, da testimonio de su labor de profundos estudios y de su deseo de penetrar en la

esencia de las cosas. Pero la tarea es ruda. Tropieza con obscuridades que hay que esclarecer. El velo de Isis envuelve entre sus misteriosos pliegues el contenido de los escritos sagrados.

Las altas verdades que transforman la faz del mundo, están expresadas en un lenguaje inaccesible para el profano.

Símbolos aquellos «peces divinos» y fórmulas aquellas «aves de misterio» contienen la Verdad única y eterna.

El Osiris N. invoca a Thot.

«¡Oh, Gran Vidente que ve a su padre! ¡Oh guardián de los libros de Thot: Yo me presento, yo me acerco, yo poseo mi Inteligencia, yo poseo mi alma, yo prevalezco, yo estoy armado con los escritos de Thot! Yo traigo la paleta y los útiles de escribir. Mis manos sostienen los libros de Thot,

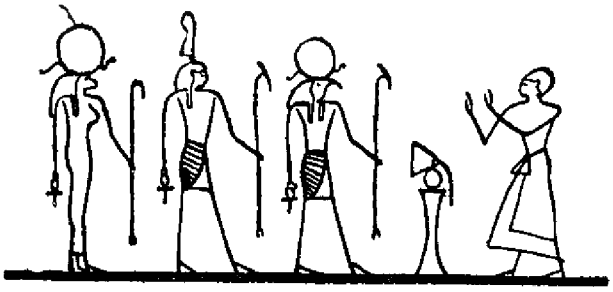


Fig. 26.—Hijo de la Luz, el adepto osiriano adora a tres espíritus de Heliópolis, la ciudad solar

Estos espíritus son Ra, Shu y Tefnut.

los misteriosos archivos de los Dioses. Heme aquí. Yo soy un escriba por razón de lo que he escrito... »

Antes de concederle el supremo honor de compartir los divinos secretos, el adepto impetra el apoyo de Thot.

El Osiris N. se dirige hacia el Maestro del Misterio, para pedirle que le dé la clave de la comprensión de los libros. En estos misteriosos archivos el aspirante descubre la tradición científica de la humanidad primitiva.

Porque sabe; porque no ignora lo que debe saber.

En el ceremonial osiriano, Thot presidía la interpretación de los sagrados libros, oficiales u ocultos. Significaba un al-

tísimo cometido al que sólo podía llegarse por el desarrollo de una gran intuición y de una ciencia profunda.

* * *

El adepto prosigue su ascensión y siente nacer en sí nuevas aptitudes. Una luz suave inunda su alma.

«Yo me atraigo el favor de los espíritus luminosos, que están al servicio del Señor de las Cosas.»

Esta es una aplicación de lo que queda dicho anteriormente.

El adepto vence a las fuerzas contrarias. Debe descubrir el mecanismo de las fuerzas evolutivas y hacer que le sean favorables.

* * *

El estudio y el entrenamiento han transformado al aspirante en un nuevo ser. Es invitado a sentarse en el interior

Fig. 27.—Anubis, Señor del Misterio, el Dios de cabeza de chacal, conduce al adepto hacia Ro-sta, la puerta de la religión subterránea, al umbral del «más allá», a la entrada del reino de los manes.

del templo. Ya es igual a los que entre sus hermanos desempeñan las más elevadas funciones.

Se le admite a formar parte de la reunión de los Grandes Dioses.

El papiro lo representa sentado ante tres dioses.

* * *

El Osiris N. se siente dominado por una irresistible atracción hacia lo Divino.

Intenta transportarse al cielo en espíritu, atravesar el Ammah y conocer a los espíritus de Heliópolis, la ciudad solar.

Ha de decir el Hijo de la Luz:

«Yo he crecido ayer entre los Grandes: ya soy como son ellos. Descubro la faz del ojo único; abro el círculo de las tinieblas. Soy uno de vosotros. Conozco a los espíritus de Heliópolis.»

El papiro presenta al difunto adorando a los espíritus de Heliópolis. Son estos Ra, Shu y Tefunt.

El ojo único es el verdadero sol, el de Ra, del cual nuestro sol sólo es un pálido reflejo.

* * *

Se aproxima el instante del juicio definitivo. El período de pruebas termina. Los sacerdotes descubren los últimos arcanos al nuevo Osiris.

Se presenta uno de ellos ostentando los atributos de Anubis.

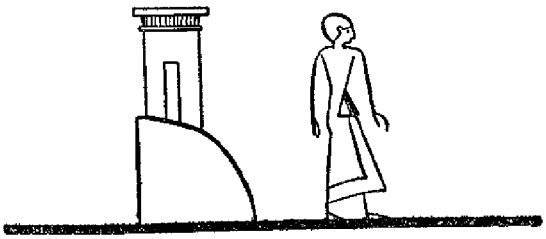


Fig. 28.—Sale el adepto del sagrado santuario

Se ha identificado completamente con Osiris. Sus depuradas miradas sólo buscarán, desde entonces, al Dios Supremo.

Conduce al adepto a una capilla construida en la montaña.

La puerta misteriosa de esta capilla es Ro-sta, imagen de la «puerta de paso», de la entrada a la región subterránea. «Esta puerta-dice Pierret-se hace misteriosa y oculta por la partida de Osiris, transformado en sol diurno.»

Esotéricamente dicha entrada era la de un santuario secreto que existía en el interior del templo. El candidato a la

Iniciación suprema, no podía aproximarse a ella antes de haber demostrado la sinceridad de sus declaradas intenciones.

La puerta del Santuario sagrado se va a abrir ante el Osiris N. Nuevas ceremonias principian.

* * *

La puerta se abre.

Después de haber pronunciado las sagradas plegarias. el nuevo adepto se ve convertido en hijo de la Luz.

Sus Jefes «las momias llenas de Verdad»; los que fallecieron antes que él para la existencia material, le entregan nuevas fórmulas de invocación, le presentan nuevas insignias. cuyo objeto y resultados le descubren.

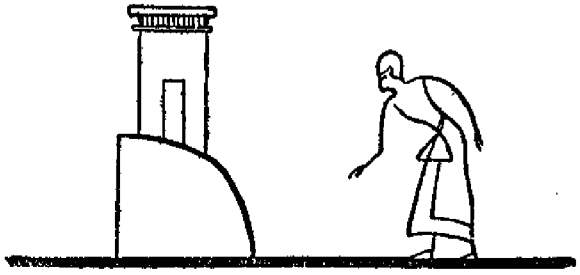


Fig. 29.—El Osiris N., el aspirante a los Misterios, se presenta de nuevo, devotamente ante la puerta del sagrado santuario

«Yo he sido criado en Ro-sta. Los que están entre las Momias me dan encantamientos favorables en el santo lugar de Osiris. Yo recibo las dignidades en Ro-sta. Yo paso por las Moradas de Osiris. Mi camino de travesía pasa por las Moradas de Osiris. »

Entonces Osiris N. comprende que ya nada existe para el fuera de esta nueva vida que le va a ser otorgada.

Su sitio, el único que colma sus deseos, está entre los Grandes, los Iniciados, en la Morada Eterna de Osiris, en el Templo sagrado que es, a un tiempo mismo, el Santuario de

los Misterios, y el lugar de estudios de todo el saber humano, tal cual se comprendía entonces.

* * *

El hijo de la Luz sale del santuario. Vuelve a presentarse en los sagrados umbrales de la puerta Ro-sta.

Dando la espalda a la capilla simbólica, que está en la montaña, dice:

«Yo soy el Grande que hace la luz. Llego hasta ti adorado por mi pureza. Las manchas de imperfección ya están lejos de mí...»

El iniciado se identificó plenamente con Osiris. Ahora sus depuradas miradas sólo fijan su atención en el Dios supremo.

* * *

Fuerte, contando con el auxilio de Ra a quien ha dirigido otra vez sus fervientes votos, el Osiris N., conquistador de los secretos, piadosamente vuelve a presentarse entre la sagrada puerta del Santuario.

Ya se atreve a poner en ella su mano.

Ya va abrirse ante él. La ceremonia capital principia.

RECEPCION DEL ADEPTO OSIRIANO

«Buscad un piloto que os *encamine hacia las puertas de la Gnosis, donde refulge la deslumbradora luz, limpia de tinieblas, donde nadie se embriaga, donde todos son sobrios y vuelven sus miradas hacia* EL QUE QUIERE SER CONTEMPLADO, *el* INAUDITO, EL INEFABLE, *invisible para los ojos de la carne, visible para la inteligencia y el corazón.*

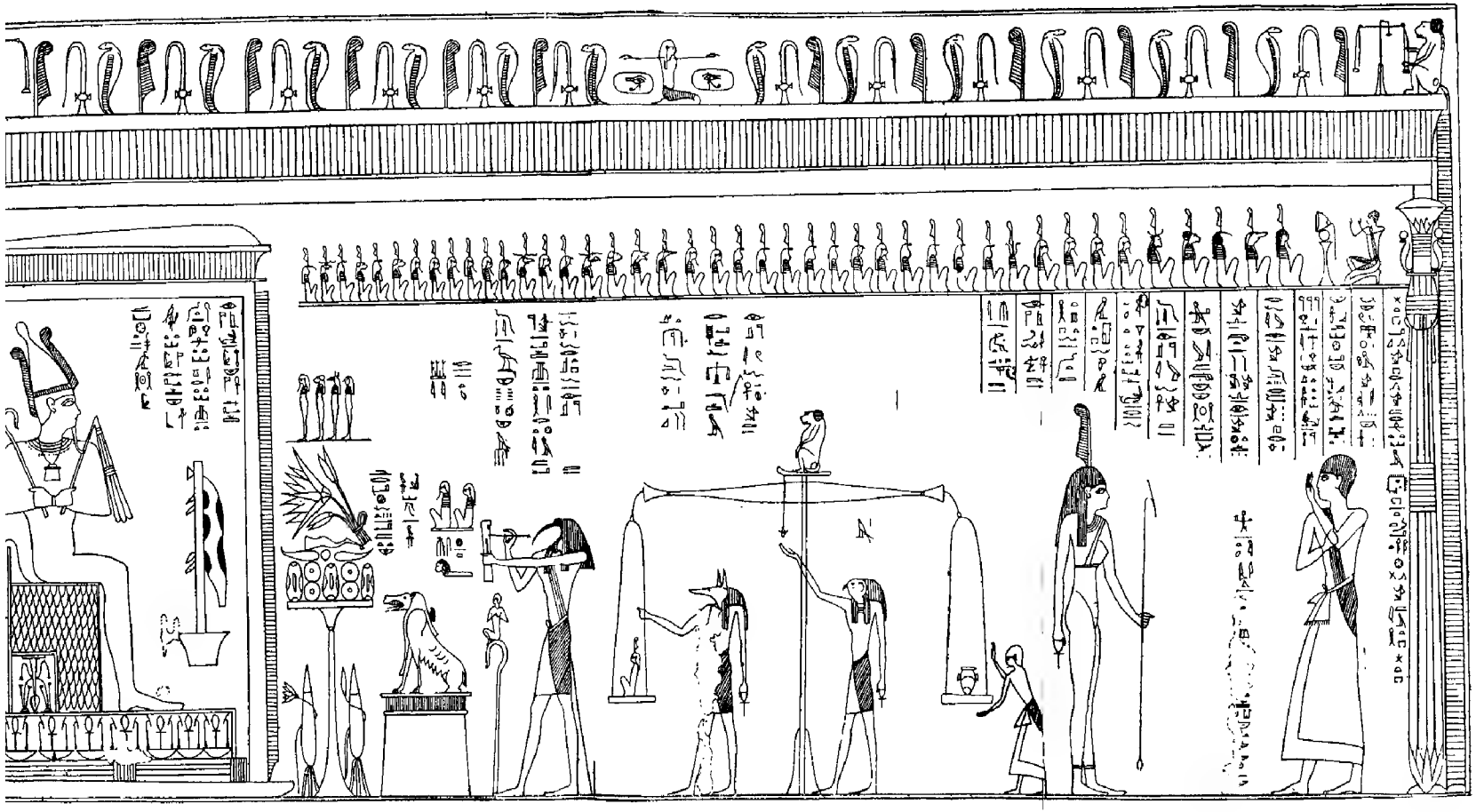
HERMES TRISMEGISTO.

(El mayor mal para los hombres consiste en *ignorar a Dios).*

«El secreto místico de las ceremonias sagradas, es un homenaje a la divinidad de quien imita la naturaleza que le esconde a las miradas».

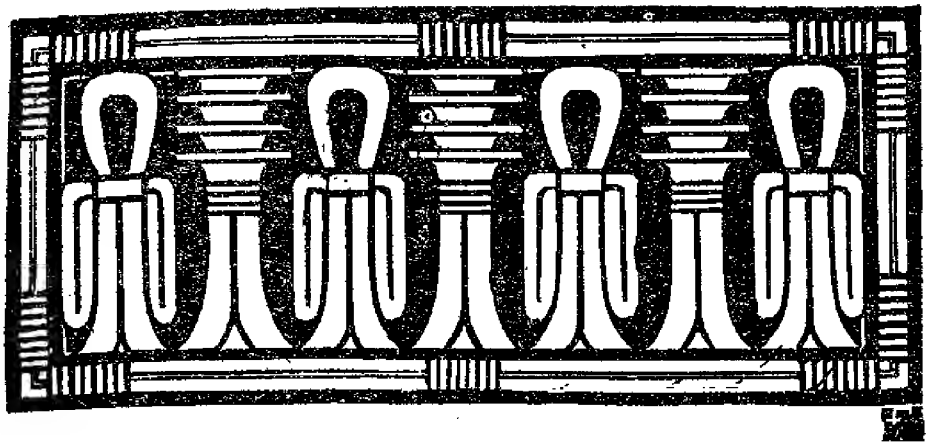
ESTRABÓN.

(Geografía, X).



Escena de la recepción del adepto osiriano

(Peso del corazón o psicostasia)



CAPITULO IV

RECEPCIÓN DEL ADEPTO OSIRIANO

El aspirante dice:

- Abre para franquear la entrada al regenerado que está en mí.
- Tú que quieres pasar, dime quién eres.
- Yo soy uno de vosotros.
- Quién está contigo?
- El doble áspid.
- Apártate de ella, y ven cara a cara, a abordar el paraje de renacimiento... »

Los sacerdotes, los servidores de la Eterna Sabiduría. en lo sucesivo sólo serán denominados «áspid», víbora sagrada que es la insignia del mando sobre los dos mundos.

El adepto penetra y adora a Osiris en concepto de amo y señor de la vida.

* * *

El Osiris N., perfecto escrutador de las tinieblas, se ve en presencia de cuatro sacerdotes. Simbolizan a los genios fu-

nerarios, Amset, Hapi, Tianmotef y Kebhsennuf. Les declara su propósito firme de desviarse de todo cuanto sea impuro.

«Lo que me sea odioso no lo comeré: lo que más aborrezco son las cosas sucias, de que no quiero alimentarme. Para los que de ellas se apartan hay alimentos, hay substancias que les nutran. Yo no elevo mis manos a aquéllas, yo no paso por encima con mis sandalias, porque hay para mí pan hecho con el trigo de las dos clases, cerveza preparada con el trigo rojo del Nilo... Cómo bajo los árboles y los arbustos, cuyas ramas conozco. ¡Oh! yo hago brillar la corona blanca y yo hago que se enderece el úreus...»

«Yo soy un difunto que el cielo sitúa en medio de los Dioses... Los Dioses me hablan, los hombres me veneran. Yo, convertido en un alma libre perfecta, hago que la verdad se encamine hacia el que la ama. Yo soy un difunto mejor preparado que cualquier otro difunto, imagen de las momias de He1iópolis, de Mendes, de Heracleópolis, de Abidos, de Panápolis y de Sennu. La palabra de Osiris N. es la Verdad, así como todo Dios y toda Diosa que se esconden en la divina región inferior.»

* * *

La capital escena prosigue.

Exotéricamente se relaciona con el instante de la muerte del cuerpo físico; pero esotéricamente, se nos muestra como la culminación del ceremonial iniciático osiriano.

Durante largos meses, quizá años enteros, el aspirante ha recogido las enseñanzas y ha cumplido los ritos. Ha llegado a conocer todo lo que saber podía, y sus laboriosas meditaciones y el análisis interno, le han revelado enigmas, que por propio esfuerzo tenía que resolver. Ha desarrollado sus dones. Ha aprendido el manejo de las fuerzas. Aspira a formar parte integrante del Colegio sacerdotal, que representa para él la síntesis de la ciencia y de la Fe.

En este último momento se va a decidir su suerte.

El día ha llegado. Los papiros denominaron esta ceremonia: el momento de pesar el corazón, o psicostasia.

El lugar donde se celebra es llamado «Gran Sala de la Verdad». Su techo está sostenido por columnas con capiteles lotiformes.

Por encima del entablamento, se ven 12 grupos formados por los jeroglíficos de la Verdad, del Fuego y del Ureus.

A cada extremo de esta fila, se destaca un cinocéfalo sentado, imagen del Dios Thot. Equilibra la balanza del Juicio.

En la parte central, el Dios Shu de rodillas, extiende los brazos por encima de los dos ojos sagrados, que representan a las fuerzas del Sur y del Norte.

Alrededor de toda la estancia, en cuclillas, y dispuestos por orden de estaturas, se alinean los 42 sacerdotes aseso-

Fig. 30.—Osiris N se ve en presencia de los cuatro Divinos Jefes que son los genios funerarios, Amset, Hapi, Tianmotef y Kebhsennut, a los que confiesa su intención de apartarse de todo cuanto fuese impuro

res, cuyas cabezas (de hombre y de animal) están adornadas con la pluma, emblema de la Verdad.

Preside la ceremonia el Gran Sacerdote, sentado en el fondo de una camareta, ostentando la figura de Osiris. En las manos, que tiene cruzadas sobre el pecho, lleva el *pedum,* especie de cetro, y el *flagellum,* o látigo sagrado.

Ante él se ve suspendida la piel de un animal sacrificado. Más allá se ve un altar cubierto de ofrendas y junto a él está sentada, sobre un zócalo en forma de pilono, una especie de fantástico animal con la boca abierta amenazadoramente. Es la «dama del Amenti», la segunda muerte, «la que destruye a los enemigos del bien, devorándolos».

Por encima, y un poco hacia atrás de ella, están sentados dos genios: Shaí y Ranen; la Fatalidad y la Dicha.

* * *

El aspirante se adelanta.

Sus blancas vestiduras son nuevas; sus sandalias también son blancas. Ha sido ungido con los sagrados perfumes.

Después de haber hecho su oferta de panes, cerveza, bueyes y gansos y haber echado al luego consagradas simientes, se le conduce a presencia del Gran Sacerdote.

Y dice el Osiris N: «A vosotros, Maestros de la Verdad, ofrezco mi homenaje, a ti, Dios, Grande, Maestro de la Verdad igualmente lo tributo. Yo llego hasta ti, ¡oh, mi Señor! yo comparezco para contemplar tu esplendor. Yo te conozco, conozco tu nombre, conozco los de los cuarenta y dos Dioses que están contigo en la Sala de la Verdad, viviendo de los que guardan pecados, alimentándose de su sangre en el día de dar cuenta de las palabras ante Unofré. *Alma doble, Señora de la Verdad* es tu nombre, y sabes tú, Señor de la Verdad, que yo te traigo la Verdad y que separo de ti el mal. Nunca he hecho daño pérfidamente a ningún hombre. Jamás hice desgraciados a mis compañeros y semejantes. Nunca realicé hechos reprobables en la Morada de la Verdad. Jamás tuve relaciones con lo malo. Jamás practiqué el mal. Como jefe, nunca hice trabajar a los hombres, más de lo que fuere debido. Mi nombre ha llegado a la barca de la supremacía, mi nombre ha llegado a las dignidades de la supremacía, a la abundancia y a la autoridad del mando. Por mi causa, nunca hubo nadie que temiese, nadie que quedara pobre, que sufriera, ni que fuese desgraciado. Jamás realicé cosa que aborrezcan los Dioses. Nunca consentí que el dueño maltratase al esclavo. Por mí, nadie pasó hambre, y a ninguna persona he hecho llorar.

Yo no he matado. Yo no he ordenado que persona alguna fuese privada de vida traidoramente. Jamás he mentido; jamás saqueé las provisiones de los Templos. Yo no he mermado las cosas ofrendadas a los Dioses. Yo no he despojado a las momias ni de sus panes ni de sus vendas. Yo no he fornicado. Yo no he cometido hechos vergonzosos con ningún sacerdote de mi religioso distrito. No he encarecido ni disminuido los aprovisionamientos. Jamás hice presión sobre el platillo de la balanza. Jamás defraudé, falseando, el valor del propio peso de la balanza. Nunca aparté la leche de la boca del niño. Nunca arrebaté los pastos al ganado. Yo no he puesto redes para coger los pájaros de los Dioses. Yo no he pescado nunca peces muertos. Yo no he rechazado a

las aguas en épocas de crecida. Yo no he torcido el curso de la corriente de ningún canal. Yo no he extinguido la llama a su hora de lucir. Nunca he defraudado a los Dioses en sus ofrendas preferidas. Nunca rechacé a los ganados de propiedad divina. No he puesto obstáculo a ningún Dios en su éxodo. Yo soy puro, puro, puro. Yo soy puro con la pureza del Gran Bennu que está en Heracleópolis...».

* * *

En seguida se dirige sucesivamente a cada uno de los cuarenta y dos asesores del Gran Sacerdote. Pero el aspirante no ignora la omnipotencia mágica de las palabras, y sabe que todo lo concerniente a la Iniciación debe permanecer secreto.

Así, sólo indica a los sacerdotes con un nombre de ocasión, que es también, un símbolo sagrado.

« ¡Oh, *saltador* que aparece en An! Yo no he practicado el mal.

¡Oh, *aquel que abre la boca,* que aparece en Keran! Yo no he cometido violencias.

¡Oh, *nariz* que aparece en Hermópolis! Yo no he atormentado a los corazones.

¡Oh, *comedor de sombras,* que aparece en las cataratas! Yo no he robado.

¡Oh, *el que tiene la cabeza vuelta,* que aparece en Ro-sta! Yo no he hecho que se matara traidoramente a ningún hombre.

¡Oh, *doble león,* que aparece en el cielo! Yo no he mermado las ofrendas.

¡Oh, *los ojos de llama,* que aparecen en Sekhem! Yo no he perjudicado a nadie.

¡Oh, *cara de llama,* que aparece marchando hacia atrás! Yo no me he apoderado de las cosas divinas.

¡Oh, *el que se apodera de los huesos,* que aparece en Heracleópolis! Yo no he dicho mentiras.

¡Oh, *soplo de llama,* que aparece en Memfis! Yo no me he apoderado de lo que perteneciere a otro hombre.

¡Oh, *recinto de Bubastis,* que aparece en la Morada misteriosa! Yo no he hecho correr las lágrimas.

¡Oh, *el que tiene la cabeza por detrás,* que aparece en el corredor de paso! Yo no me he dado a la masturbación.

¡Oh, *el de la catarata,* que aparece en el Amenti! Yo no he fornicado.

¡Oh, *fuego* de *las piernas,* que aparece durante la noche! Yo no me he entregado a la cólera reconcentrada.

¡Oh, *el* de *los blancos dientes,* que aparece en su frontera! Yo no he realizado ninguna transgresión.

¡Oh, *comedor* de *sangre,* que aparece en los lugares de inmolación! Yo no he matado a ningún animal sagrado.

¡Oh, *comedor* de *entrañas* que aparece en la Morada de los treinta! Yo no he cometido perfidias.

¡Oh, *maestro* de *la verdad,* que aparece en la región de la Verdad! Yo no produje daños en las tierras cultivadas.

¡Oh, *el que retrocede,* que aparece en Bubastis! Yo no he sido nunca acusador.

¡Oh, *hendidor,* que aparece en Heliópolis! Yo no he dado rienda suelta a mi boca.

¡Oh, *doblemente malo,* que aparece en el nomo de Ati! Yo no me he dejado llevar por la ira más que cuando había justa ocasión (injusticia).

¡Oh, *doble víbora namen,* que aparece en los lugares de sacrificio! Yo no he tenido ayuntamiento con mujeres casadas.

¡Oh, *contemplador* de *los que se lleva* a *la Morada de Khem!* Yo no me he provocado poluciones.

¡Oh, *Jefes* que aparecen en Heracleópolis, salidos de Tatu! Yo no he tratado de producir terrores.

¡Oh, *Señor* de *Sekhem* que aparece en Kaun! Yo no he cometido infracciones.

¡Oh, *director* de *las palabras,* que aparece en la gran Morada! Yo no he dejado que se me calentara la boca.

¡Oh, *niño,* que aparece en el nombre heliopolitano! Yo no he cerrado nunca los oídos a las palabras de la Verdad.

¡Oh, *Kenementh,* que aparece en Nem! Yo no he practicado los maleficios.

¡Oh, *apartador* de *alimentos,* que aparece en Sais! Yo no he sido bravucón.

¡Oh, *el que se apodera* de *las palabras,* que aparece en Hermópolis! Yo no he realizado actos de rebelión.

¡Oh, *señor* de *los rostros,* que aparece en Nedjat! Yo no he formado juicios prematuros.

¡Oh, *Dios* de *la Morada* de *inmolación,* que aparece en Ontenit! Yo no he lastimado la piel de los sagrados rebaños.

¡Oh, *señor del doble cuerno,* que aparece en Sais! Yo no he sido pródigo de palabras.

¡Oh, *nofré- T*um que aparece en Memfis! Yo no he herido a nadie. Yo no he hecho daño a ningún enfermo.

¡Oh, *T*um en *su momento* que aparece en Tatua! Yo no he levantado maleficios contra el Rey; yo he levantado maleficios contra mi padre.

¡Oh, *el que obra según su corazón,* que aparece en Sahu! Yo no he ensuciado el agua.

¡Oh, *sacerdote que aparece* en *el celeste abismo!* Mis palabras siempre estuvieron libres de exageración.

¡Oh, *el que hace prosperar* a *los inteligentes,* que aparece en Sais! Yo no he conjurado a Dios.

¡Oh, *el que asocia los esplendores,* que aparece en Heliópolis! Yo no he mermado el pan consagrado a los Dioses. Yo no he hecho que el amo maltratara al esclavo.

¡Oh, *el que asocia las ofrendas,* que aparece en su retiro! Yo no he procedido únicamente según mis proyectos y mis preferencias. Jamás he resultado imperioso.

¡Oh, *el que dispone su cabeza,* que aparece en su capilla! Jamás impuse mis propósitos. Jamás he despojado a las momias de sus telas.

¡Oh, *el que aporta su brazo,* que aparece en Oker! Jamás he despreciado a Dios en mi corazón (en su faz o en las cosas que le conciernen).

* * *

El Osiris N. se ha dirigido en la expresada forma a todos y cada uno de sus cuarenta y dos jueces, pero de ninguno ha dicho el sagrado nombre, porque los nombres, ya lo sabe, forman parte de la Divinidad y participan de su poder favorable o adverso. Son, pues, sagrados, y con tanta mayor razón, cuanto que una defectuosa pronunciación de los mismos, la menor omisión en sus letras y acentos componentes, puede anular, o, lo que es peor, pervertir la eficacia de la ceremonia.

Después de haber invocado a cada uno de los Dioses, el aspirante les dirige el siguiente homenaje colectivo:

(Detrás de estas figuras de los genios, el aspirante no ignora que están los sacerdotes iniciados que tienen entonces la misión de recibirle en el Santuario del Templo.)

«Os ofrezco mis alabanzas, Dioses moradores en la Sala de la Verdad. El mal no se cobija en vuestro seno, en vosotros que vivís alimentándoos de la Verdad en An; vuestros cora-

zones se nutren de la Verdad ante Horo y su disco. Libradme del Dios del mal que vive de las entrañas de los grandes, el día del juicio supremo entre vosotros. Osiris N. acude a vosotros. No tiene sobre sí, ni mal, ni pecado, ni mancha, ni ninguna otra impureza. Contra él no se levanta ni acusación ni oposición. Vive de la Verdad, y de ella se alimenta. El corazón le salta de alegría por lo que ha hecho. Lo que ha hecho los hombres lo proclaman, y los Dioses se regocijan. Por su amor se ha atraído el de Dios. Ha dado pan a quien tenía hambre, y agua a quien tenía sed. Ha cubierto las carnes del desnudo, y ha dado una barca a quien de ella carecía. Ha hecho ofrendas a los Dioses, y consagraciones funerarias a los manes. Salvadle, protegedle, no acusándole ante el Señor de las momias porque su boca es pura y sus manos puras están...»

* * *

A partir de este instante, caen todos los velos en lo relativo a Osiris N. Nada desconoce ya, pues está iniciado.

«Ya es dueño de la Verdad. Es puro, su corazón está limpio, su parte anterior ha sido purificada. Su parte posterior recibió las abluciones y la porción media del cuerpo se ha humedecido en el recipiente de la Verdad. No hay ya en él miembro alguno que no esté limpio de impureza.»

Adviértase que simétricamente "El" y la parte anterior, representan las fuerzas activas positivas; que su corazón y la parte posterior, encarnan las fuerzas negativas, pasivas, femeninas; que la porción media del cuerpo, siendo, como es, el punto neutro, hemos hallado en nuestros estudios de polarización humana que corresponde al periné. Místicamente ésta es la localización de las funciones animales, por donde el hombre resulta más accesible a los agentes exteriores.

* * *

El aspirante ya está purificado pero aun están por ultimar sus pruebas. Se adelanta marchando hacia la entrada del Templo, y aun algo se le opone pretendiendo impedirle el paso.

Intervienen los sacerdotes para ordenar:

- Que pase.

Pero antes ha de responder debidamente a varias preguntas.

- ¿*Qué* es lo que buscas? ¿Cómo te llamas?

El aspirante tiene que contestar declarando cuál es su nombre dentro del Templo, el de su iniciación, que sólo a sus hermanos puede dar a conocer. Este nombre para siempre será desconocido entre los profanos.
- Yo soy el Osiris N. que crece bajo las flores de la higuera.
- Puedes pasar- le responden.
- He pasado por los prados que están al norte de la higuera.
–¿Qué viste allí?
- La pierna marchando con el muslo.
–¿*Qué* más puedes decirnos?
- Que he sido llamado por los que están en esta región de los desnudos.
–¿Qué te dieron?
- El *fuego* de la llama con del espato verde y del *tahen.*
–¿Qué has hecho?
- Mi sepultura en la orilla de la ensenada de Maaa en la época de la noche.
–¿Qué encontraste en esa orilla?
- El cetro de piedra dura que hace actuar a la palabra: el Osiris N. le hizo actuar.
– ¡Qué cosa es el cetro de piedra dura?
- Dador de soplos es su nombre.
–¿Qué hiciste del fuego de la llama, del espato verde y del *tahen* después del entierro?

El Osiris N. responde que se sirvió de ello para extinguir la llama y que ha utilizado el espato verde para hacer un líquido.

-Pasa; entra en la Sala de la Verdad (porción del Templo reservada exclusivamente a los elegidos). Tú nos conoces.

* * *

Llega frente a la puerta, y otros sacerdotes se interponen, exigiéndole que responda a preguntas que, de no contestarlas cumplidamente, podrían ser motivo bastante para impedir la Iniciación definitiva.

Los sacerdotes se oponen al paso a la Sala: cada uno, personifica una porción de la puerta: uno es el cerrojo, otro, las

hojas; otros, la llave, la cerradura, el quicio, los montantes, etc., etc.

- No te permitiré el paso- dice el cerrojo- si no me dices cuál es mi nombre.
- Tu nombre es *Paso del lugar de la Verdad.*
- No te permitiré pasar- dice la hoja derecha de la puerta- si no me dices mi nombre.
- Tú te llamas *Defensora de la Verdad.*
- No te permitiré pasar- dice la hoja izquierda- si no sabes como me llamo.
- Te llamas *Defensora del juicio de los corazones.*
- No te permitiré que pases sobre mí- dice el umbral de la puerta- si no sabes como me nombran.
- Te llamas *Columna de Seb.*
- Yo no dejaré que abras- dice la cerradura- si no sabes como me llamo.
- Es tu nombre *Parto de Mant.*
- Yo no cederé- dice la parte interior de la cerradura- ni dejaré pasar a la llave, si no sabes cómo me llamo.
- *Vida del vigilante de Sebek, Señor de Bacis,* es tu nombre.
- Tú no pasarás- afirman los montantes- si desconoces como nos llamamos.
- *Hijos de los reptiles* os llamáis.

El aspirante ha contestado satisfactoriamente a todas las preguntas. Llama a cada cosa por su secreto nombre, porque indispensablemente debe evidenciar que ha penetrado en los Misterios, y que la entrada en la Sala de la Verdad implica para él la entrada en los dominios de la Sabiduría más bien que en el interior del Templo.

Cuando quedan todos contestados, las puertas se abren. Al fin, va a llegar al término de su empresa. Entonces, aparece el *Guardián de los Umbrales,* que simboliza a las fuerzas temibles, que han llevado a muchos audaces neófitos a los negros abismos de la locura y de la muerte.

Pregunta a Osiris N. como se llaman sus dos pies, con ayuda de los cuales pretende transponer el *Umbral Sagrado.*

El derecho recibe el nombre *cinturon de Khem,* o fuerza de Egipto, para significar que todos los poderes del aspirante han de quedar puestos al servicio de la Tradición Sagrada. El izquierdo se llama *aflicción de Nephtys,* o de la materia, para

expresar que estas fuerzas, pasivas por sí mismas, hallarán las tentaciones de los sentidos y del corazón.

* * *

Surge entonces el guardián de la puerta, después Maat, y luego Thot.
- No has de proseguir -dice el guardián- si no sabes quién soy.
- Tu nombre es *Conocimiento de los corazones, explorador de los pechos.*

Después, el Dios Maat inquiere:

- A la pregunta ¿Quién es el Dios en su hora? tú respondes -el que determina a la tierra.
- ¿Quién es el Dios que determina la tierra?
- Thot.

Thot reconoce al aspirante, que, una vez más, afirma su pureza. Este le ofrenda panes y bebidas, lo que constituye una especie de comunión, mediante la cual el nuevo iniciado se incorpora la letra y el espíritu de las sagradas enseñanzas que recibió.

Es proclamado Osiris Verdadero Eternamente; para el mundo ya es un fallecido.

Thot dice en seguida:
-¿Cuáles son las cualidades que te distinguen?
- Estoy limpio de todo mal. Soy puro. Estoy a cubierto de maleficios de los que viven sus días. Yo no estoy entre ellos.» El difunto (el iniciado que ha muerto para la vida profana) ha sido interrogado.

«- Avenna, pues tus contestaciones hacen que para ti haya panes en el Udja; que haya bebidas en el indicado sitio, y, también, ofrendas funerarias. El Osiris N. es Verdadero Eternamente.»

* * *

Es indispensable proceder a pesar el corazón del adepto. Esta operación la practican dos sacerdotes que figuran a Horo y a Anubis. En uno de los platillos de la balanza se ve la representación del corazón; y en el otro, una imagen de Maat, la Justicia.

Anubis vigila la pesada, y, lleno de alegría, observa que

el corazón «equilibra el contrapeso» y que «la balanza está satisfecha».

Thot, Señor de las Divinas Palabras, Escriba de los Dioses, registra el fallo, y añade: .

«Que el corazón sea devuelto al sitio que ocupa en el pecho del Osiris N. »
Desde entonces, el iniciado entrará libremente en todos los lugares del interior del Templo.

Ya es Sacerdote, Servidor de Osiris en Verdad. Según sus aptitudes, será adscrito a tales o cuales funciones: ya es un hermano y un igual de los otros Iniciados.

* * *

Vedle, por fin, en el interior del Santuario secreto de la «Doble Casa de la Vida». Ha llegado al término de sus pruebas, lo que constituye su suprema felicidad. Se reconoce superior a todos los mortales.

«Ya es dueño de sus pasos e irradia, poderoso, en la Morada que le ha hecho la hueste de los Dioses.»

Ya es Grande entre sus Hermanos, y toda su atención se dedica a ser siempre digno de disfrutar esta gloria.

Es y debe permanecer «Verdadero entre los Grandes Jefes Divinos». Se siente noble y puro. Ha proclamado cuál es el alto ideal de su vida. Es el Pontífice de la Verdad. el Sacerdote de la Luz y de la Justicia.

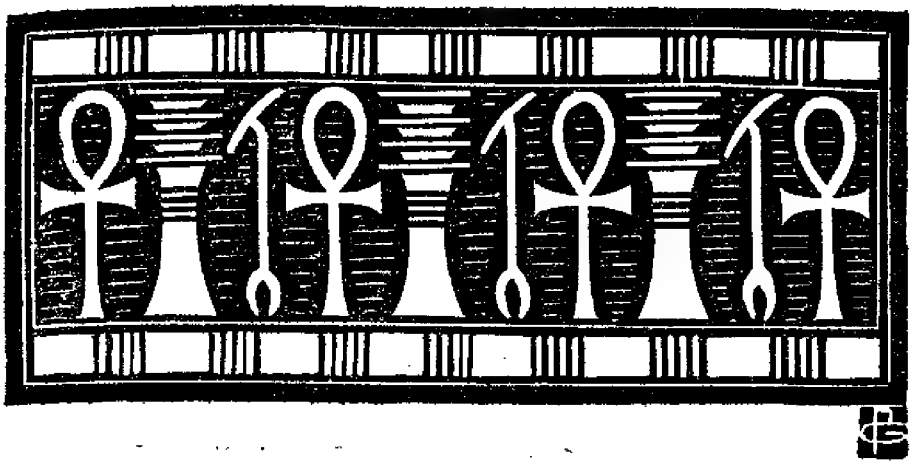
Aun más que esto. Sus plantas cesan de pasar en el camino que desde la tierra conduce al Renacimiento.
En el instante de su muerte física, directamente ascenderá a Ra.

LA ALTA CIENCIA DEL EGIPTO

Los antiguos comprendieron el misterioso poder de lo que está debajo de las cosas.

PASTEUR

(Discurso de recepción en la Academia).



CAPITULO V

LA ALTA CIENCIA DEL EGIPTO

¿Cuáles eran los conocimientos que poseía el iniciado?

Los documentos sólo dicen que es *Dueño de los Secretos* y que posee la *Ciencia de las Cosas.*

Domina, pues, enseñanzas especiales que sólo los adeptos conocen, y que se relacionan con la religión. Lo que sabe debe permanecer siempre oculto para la gente vulgar. Estas cosas escondidas, son las Divinas Cosas, la Alta Ciencia.

He aquí todo lo que nos dicen los textos, y es comprensible toda vez que estando destinados a los iniciados, no había precisión de que fuesen más explícitos. Y aun estos mismos documentos enigmáticos debían permanecer siempre ocultos.

El papiro no se recata para ordenar: «Que sólo sea visto por ti y por el que te lo ha mostrado.»

Por añadidura, hay en el libro secreto de la Morada esta advertencia: «Darlo a conocer, constituye una abominación».

Los libros, efectivamente, han continuado siendo herméticos. Nada han dejado traslucir que permita vislumbrar lo que fueron aquellas ocultas enseñanzas. Pero la Verdad es siem-

pre Una, y el Adepto de nuestros días puede suponer lo que sabía su antecesor. De todas suertes, lo propio que al de Egipto, al iniciado actual le está vedado levantar públicamente el velo que cubre a los Misterios.

Por nuestra parte, nos limitamos a dar aquí algunas ideas elementales, que nuestros adeptos podrán meditar y todos los que se propongan seguirlas.

* * *

El adepto contempla la vida desde un punto de vista diferente al del profano.

Sabe que el mundo visible, al que concede el segundo tanta importancia, no es más que un débil reflejo del verdadero mundo viviente.

La vida real está en lo Invisible.

Allí radican los Ritmos secretos que organizan a la materia, y que diferencian la producción.

Allí se producen las palpitaciones que animan al mundo, según el curso de su Evolución.

Allí nacen y mueren todas las formas, sin alterar la substancia divina, y únicamente la Verdadera.

Lo Invisible es la matriz de toda cosa; el centro de toda actividad. En él todos los soplos de lo alto verifican estas mutaciones aparentes, que constituyen la vida exterior dentro de los límites trazados por el tiempo y el espacio.

Todo lo que ve el neófito no es más que una proyección del mundo real. Esta proyección tiene, en mayor o menor escala, el aspecto de la existencia; pero fuera de lo Invisible, las construcciones de la materia resultarían muertas, como ocurriría en una casa que no tuviese habitantes.

Los Ritmos (que se someten a la ley de los Números), condicionan toda vida, desde la más pequeña célula hasta el mayor universo. Por ellos, las corrientes de la vida circulan, dando a todos los seres su propia forma y su peculiar belleza.

Actuar sobre estos Ritmos, tal es el gran principio de la Magia Sagrada. Vibrar al Unísono con los Ritmos superiores, para adquirir la Omnipotencia, es la alta ambición del Sabio. Mantenerse en la recta vía - donde *es bueno* caminar-constituye el ideal propuesto. Sólo allí el iniciado puede tener la

percepción de los Ritmos puros y divinos que conceden el poder a su verbo.

* * *

Todo cuanto existe sobre la tierra tiene en sí un elemento invisible, un *Doble,* un *kha.*

El guijarro que nos parece materia inerte, *los metales,* las piedras, todo vive, todo palpita en una existencia intramolecular muy intensa.

Las plantas, los animales y el hombre; todo viven gracias a su Kha. Este invisible elemento es el receptáculo de las corrientes que de lo alto dimanan.

También hay *kha* colectivos: el del *Templo, el* de una provincia, el de una ciudad, el de una familia.

El ser humano que está en el término de la escala evolutiva terrestre, tiene además de su *kha* propio, dos cuerpos alados espirituales; el *ba* y el *khu.*

Ba, pájaro-inteligencia, es el alma afectiva y voluntaria.

Khu, el luminoso, es *la* chispa vital escapada del Sol, la llama verdadera que siempre tiende a subir hacia Dios.

Estas enseñanzas eran, y son, necesarias al adepto. Por medio de su *kha,* es como puede influir en la naturaleza.

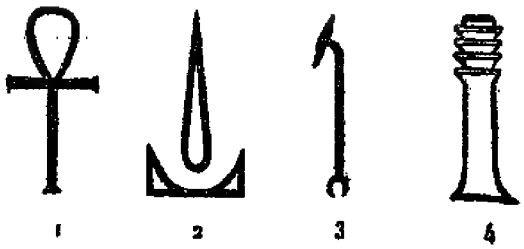


Fig. 31.—*Signos mágicos protectores*

Estos signos conceden: 1.° *La vida* (ankh, la cruz ansada); 2.° *La salud* (uza, la llama); 3.° *La fuerza* (user, el cetro); 4.° *La estabilidad* (dad, los cuatro pilares).

La comprensión de sus propios elementos invisibles, le permite conocer la esencia del mundo y le hace accesible toda fuerza oculta.

Para llegar a disponer de tales poderes, hubo de sujetarse

a la severidad de un rudo ascetismo. El largo período de pruebas porque tuvo que pasar, era indispensable, para que floreciesen en él las fuerzas ilimitadas, y esos poderes transcendentales de cuyo empleo tiene la más estrecha e inflexible responsabilidad.

A fuerza de trabajo llega a adquirir una sorprendente acuidad sensorial y magnética.

Antes de poderse suponer señor de los demás, tiene que dominarse bien a sí mismo.

Pero también cuando los tiempos han llegado, la Iniciación confiere al adepto una real y positiva omnipotencia en el plano de las formas visibles, sobre todas las cosas y sobre todos los seres. Se transforma en el que cura, en el que «renueva la vida».

El conocimiento de las fuerzas invisibles es la base fundamental de toda Magia Sagrada. Resulta de una utilidad insuperable, por su índole de inmediata protección contra cualquier especie de daño y peligro.

Aunque es muy cierto que los daños materiales nos hieren y nos abruman, las mayores adversidades y estorbos provienen del mundo invisible. Allí es donde tenemos que actuar, si hemos de conseguir la paz para nosotros y para nuestros semejantes.

* * *

La magia es esencialmente activa. Diremos más; es la más activa de todas las ciencias, puesto que su acción se proyecta sobre todos los planos de la vida y del mundo.

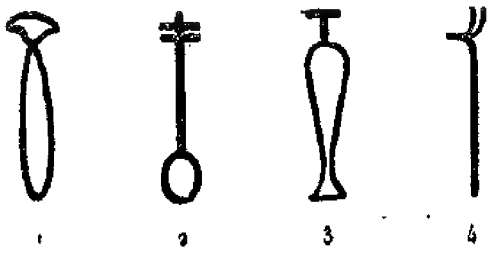


Fig. 32.—Signos mágicos protectores

Estos signos conceden: 1.º *El vigor del cuerpo y del espíritu* (uar, la columnita en forma de loto); 2.º *La belleza*; 3.º *El favor* (vaso de libaciones) y 4.º *La riqueza.*

La magia es propiciatoria. El adepto busca su apoyo fuera del mundo y en más altas esferas, porque ese apoyo sólo han de dárselo las fuerzas divinas.

Formula sus deseos y ejecuta los actos indicados; pero siempre es la protección divina que opera, en virtud de los poderes que él adquirió.

Conoce los signos que aseguran esos poderes.

Ankh, la cruz ansada, imagen del hombre puesto de pie,

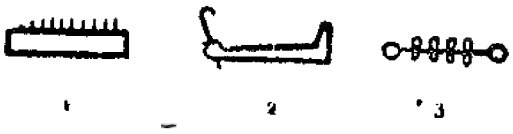


Fig. 33.—Signos mágicos protectores

1.° *La estabilidad*; 2.° *La fuerza* (el brazo extendido); 3.° *La protección* (los enlaces y nudos).

y con los brazos extendidos y corresponde a la expansión de la vida espiritual.

Uza, la llama, que asegura la salud.

User, el cetro, la fuerza, la insignia del mando sobre las fuerzas elementarias, precio del dominio de sí mismo.

Dad, los cuatro pilares vistos en perspectiva, imagen de la estabilidad.

Uar, una columnita de forma de loto, símbolo de la eterna juventud, del vigor del cuerpo y del espíritu.

El ojo místico, abierto sobre todos los mundos, signo de clarividencia, prenda de la vida espiritual.

Existen otros signos que producen a los que les llevan sobre sí favor, riqueza, nobleza, fuerza.

* * *

Los colores tenían también su especial importancia y figuraron en Egipto los efectos originados por los signos que iluminaban.

El verde correspondía a la vida más o menos material. Por esto se encuentran tantas figurillas de dicho color.

El rojo significaba vigor, renovación. La cornalina, que evoca la sangre de Isis, concede la salud.

* * *

Los colores dominan hasta en las vendas de las momias.

Las verdes, prometen una vida poderosa y fecunda. Las rojas, conceden mérito y esplendor, sea a la existencia futura, sea en el mundo superior.

El amarillo y el blanco -colores solares- significan la pureza y la elevación.

* * *

También los metales tenían su significación propia.

El oro, la duración y la indestructibilidad.

Fig. 34.—*Signos mágicos protectores*

1.º *La luz*; 2.º *La nobleza* (una persona sentada teniendo en la mano un látigo sagrado); 3.º *Visión supranormal* (El ojo místico).

El que partía para el «otro mundo» acogíase a la protección de un sol de oro, o por lo menos, de metal dorado.

* * *

Estos antecedentes eran inexcusables para la confección de talismanes, acumuladores de fuerza invisible, que conferían el poder, la vida y la salud, a los que los llevasen. Se consagraban empleando las fórmulas rituálicas. Servían para expulsar a los malos espíritus; para atraer las fuerzas superiores; y para proteger contra la debilidad y el apocamiento.

Pero estas cosas son ya sabidas. Constituyen el exotericismo de todas las ciencias ocultas; mas este exotericismo carece de eficacia, si no se conocen bien las causas; si no se han adquirido las enseñanzas superiores que permiten al adepto relacionarse con las fuerzas bienhechoras.

Los signos y los talismanes no son más que receptáculos de las influencias propicias. Constituyen la materialidad de la obra mágica.

¿Para qué serviría un violín sin el arco que le hace cantar? ¿Y para qué serviría el arco si no lo maneja la mano del ejecutante?

Se necesita, además del instrumento (base de la realización), dos principios indispensables en la obra: el pensamiento, que precede a las fuerzas actuantes, y el *ritmo,* que las encamina al efecto buscado.

El brazalete y el pentáculo han de recibir la vida. Un nombre escrito sobre un amuleto no es por sí mismo, en lo Invisible, más que la imagen de una idea, el símbolo de una volición. Es necesario que esta voluntad, que este pensamiento, alcance a los ritmos favorables, para que confieran una virtud adecuada al objeto consagrado.

Henos aquí en presencia de los tres elementos necesarios en la realización de la obra mágica: el instrumento, el arco que le hace sonar y el ejecutante que dirige la acción.

El arco, equivale al pensamiento: lo que determina la vibración es el ritmo.
Hay que producir un doble efecto. Primero pensar intensamente, y después (y sobre todo), hablar según indican las fórmulas escogidas.

* * *

Pensar es lo primero.

El pensamiento es creador. Le compone una materia infinitamente sutil; pero que de todos modos, es materia física.

Para quien sabe manejarle, el pensamiento es *algo* que se organiza y acumula, como se acumula la energía eléctrica. En tales condiciones, puede convertirse en un ser que tiene vitalidad. A esto se le llama en magia un *egrégoro,* un ser formado por la idea, que condensa la fuerza de quien la emitió. Una vez que haya sido formado el *egrégoro,* el ritmo interviene para multiplicar su poder. El *egrégoro* contiene los actos en estado

latente, como el grano guarda en latencia todas las partes que constituyen la planta.

Para desarrollarse, la semilla requiere que existan favorables condiciones. Lo mismo sucede con el pensamiento reconcentrado. El ritmo le desarrolla.

La Ciencia de los Ritmos es la ciencia superior.

Los Ritmos dependen de la palabra formulada con conocimiento de causa. Este es el punto delicado de la Iniciación, el que confiere la Omnipotencia.

No avancemos más en esta vía del gran secreto de los Arcanos. Los adeptos le conocen y saben cuán ineludible es su deber de guardar un absoluto silencio.

* * *

En, la India la misteriosa palabra AUM contiene poderes infinitos.

Los israelitas y los cabalistas, conocen y silencian el poder del nombre sagrado JEVE.

Lo mismo ocurría en Egipto.

En todas partes, es necesario que la palabra sea pronunciada en determinadas condiciones. Dicen los textos egipcios: debe tener *la voz justa (má khron).*

De igual manera «abrir la boca» en sentido místico, equivale a saber formular la palabra. Lo que quiere decir que hay que pronunciar los términos santos y mágicos según el ritmo que les corresponde, y con la inflexión adecuada.

Ya se comprenderá que las palabras no están escogidas a la casualidad. Además de su sentido propio, frecuentemente muy misterioso, producen cierta acción engendrada por especialísimas vibraciones.

Cuando el iniciado maneja los aludidos poderes «se transforma en un Dios cuyas palabras se realizan» y «se hace temible, aún entre los mismos Dioses».

* * *

El Iniciado, ya lo hemos dicho, invoca y llama a las fuerzas superiores; pero nunca lo ejecuta de un modo caprichoso.

Da a Dios el Nombre que le corresponde. Nombre intraducible, incomunicable e incomprensible para el profano. Los egiptólogos sólo hallan en él una sorprendente y rara reunión

de letras. No cabe duda que esta impenetrabilidad de su sentido era cosa prevista y meditada.

Aunque se tradujera el Nombre, sería necesario para obtener su eficacia, hallar el ritmo inicial; es decir, dar a la voz la propia modulación que se aprendía en el Templo, lo que viene a multiplicar las dificultades en la solución del problema. La inviolabilidad del gran Secreto constituía la gran fuerza del iniciado. Hacíale invulnerable ante las fuerzas malhechoras «los moradores de la caverna de la obscuridad» las sombras errantes de la noche. Hacíale poderoso para realizar el bien; pero había que tener la gran precaución de no usar por insignificantes motivos, las tan poderosas palabras.

Ni aún *las fuerzas de la sombra* deben ser llamadas por sus nombres. El sólo hecho de evocarlas intensifica su fuerza.

Vosotras *las ambulantes sombras que* no *nombro,* dice la estela de la execración. El hecho de nombradas ya equivale a formular su evocación. Es necesario dominarlas, y no servirse de ellas porque son fuertes y traidoras. Es necesario llamar contra ellas a las potencias luminosas, y éstas son las que vencen y expulsan al mal, como la luz vence a las tinieblas.

Tampoco se debe nombrar a las potencias benéficas, porque es violar el respeto que se le debe.

Únicamente en las ceremonias más augustas, y en las ocasiones más solemnes, se puede «nombrar a los Dioses y pronunciar el nombre del Divino Amon-Ra».

Este secreto concede al símbolo todo su valor. Los egipcios lo expresaban con el gesto de Isis que pone un dedo sobre sus labios.

* * *

La *Voz* y la *fórmula,* se conceden recíproco auxilio. Unidas constituyen un poderoso excitador psíquico.

En Egipto hallamos fórmulas extraordinariamente variadas. Primeramente innumerables fórmulas mágicas *(hikan).* Luego los exorcismos *san,* las conjuraciones contra los malos poderes *(shentin)* y los encantamientos para llamar a los espíritus bienhechores *(hosin).*

El oficiante conoce bien todas estas fórmulas: sabe apreciar el valor que tiene el rito y no ignora cuáles son las causas de su poder.

La voluntad del iniciado está por entero condensada en el

propósito de obtener los Ritmos puros. Intensifica su deseo reconociéndose auxiliado por los divinos soplos, por el Omnipotente, por el propio Amón el Divino.

Hasta él llegan estas palabras de Ra:

«*Nada temas; que nada te intimide.* Heme *aquí; detrás* de *ti estoy.*»

Y confiando en esta suprema energía, que a su propia fuerza se une, extiende la eficacia de su mágico poder a todo cuanto sus ojos distinguen.

Domina sobre los animales dañinos, serpientes, cocodrilos,

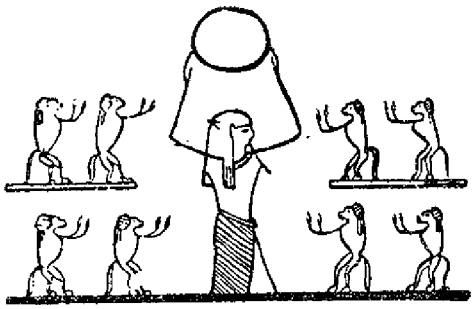


Fig. 35.—Shu eleva el disco solar en medio de ocho monos cinocéfalos humillados en adoración

Los monos cinocéfalos personifican a las fuerzas adversas de la noche. El iniciado domina con el apoyo de las fuerzas luminosas.

leones, escorpiones, etc., tanto desde el punto de vista del peligro real y material que para el hombre representan, cuanto considerándoles como símbolos del mal. Les ordena y sojuzga en el nombre de Ra.

He aquí la fórmula correspondiente a los cocodrilos:

«¡*Atrás, fieras* de *las aguas!* No asoméis so*bre ellas vuestras cabezas, porque Osiris voga hacia vosotras. ¡Fieras de las aguas, vuestras bocas han sido cerradas por* Ra!» (Estela de Metternich.)

* * *

En la región de lo Invisible es el Dios Cocodrilo Set, quien procura despojar al difunto de sus secretos iniciáticos, de los «mágicos encantamientos» que constituyen su fuerza y su salvaguardia.

Sobre la tierra, como en la región de lo Invisible, el adepto jamás detiene su marcha. Es el vencedor de los «conjuros contra sus piernas». Domina sobre todo lo que pudiera dificultar su ascensión hacia el Dios supremo.

El adepto lucha victoriosamente contra los animales impuros y las fuerzas malhechoras de lo Invisible; pero también sabe intervenir en las cosas de la humana esfera.

Los daños que puede ocasionar una voluntad perversa, son innumerables. Frecuentemente el enfermo está poseído por un «adversario» *khefi.* El Iniciado sabe combatir a este enemigo traidor. Penetra en la casa del doliente, y su entrada es como la de los rayos del sol. Su presencia y sus palabras. dispersan y ponen en rápida fuga a los poderes malhechores, y a las mefíticas influencias.

También ocurría que el adepto osiriano tenía que intervenir en un hecho oculto muy frecuente en el Egipto de aquellas épocas. El de aquietar a los aparecidos y sus temidas manifestaciones.

Porque sucede que cuando muere el cuerpo. el individuo encerrado en su *doble (kha)* continúa prolongando su vida en la tierra. Puede actuar en el plano físico o visible y si se da la circunstancia de que el difunto recibiera en vida algún daño, los egipcios no dudaban de que por medio de su *doble* podía tomarse la venganza.

El iniciado conocía poderosas conjuraciones contra los aparecidos que atacan al hombre durante la noche (particularmente cuando se desnuda para entregarse al reposo), con la intención de hacerle ir a lugares apartados, donde quede a merced de la mala voluntad de sus terribles enemigos.

Siempre las sombras de la noche fueron propicias para las obras nefastas, y el adepto es ante todo un hijo de la Luz, contra la que no pueden prevalecer los poderes escondidos en las tinieblas.

* * *

Es indudable que el Iniciado se sirve de fórmulas, substancias y compuestos capaces de curar, de hacer dormir y de pro-

vocar en el sueño proféticas visiones. De un modo superficial en todo esto parece asemejarse al brujo; pero fácilmente se descubre que entre el brujo y el mago existen enormes diferencias.

El brujo ambiciona la facultad de mandar en lo invisible y sólo lo realiza respecto de ciertos espíritus inferiores y por regla general de perversa condición. Por esto sus aptitudes se circunscriben al campo de lo dañino; a descubrir lo que puede engendrar la enfermedad, sembrar las discordias, agravar los tormentos que los hombres sufren.

Inversamente, el mago no se relaciona más que con las fuerzas superiores: no pretende dominarlas; ruega su auxilio, las invoca solo para pedirles cosas buenas y útiles; la salud de los enfermos, el equilibrio de las fuerzas benéficas, la verdad en las palabras, la luz y la alegría para todos.

Y sin embargo, estos dos seres tan distintos, se valen de medios que resultan semejantes.

Ambos tienen que conocer a los espíritus que dominan en las obras que realizan. Estos espíritus actúan en sus horas correspondientes, y en sus correspondientes días. Hay también astros que resultan propicios y astros que resultan adversos. Es necesario, además, estar perfectamente enterado de las influencias que alcanzan al Ritmo, gracias al cual tiene éxito la acción.

Esta sabiduría es la que hace del Iniciado «un *iahu* perfecto» un «difunto provisto», un «difunto equipado», un «Dios cuyas palabras se cumplen». Conoce, dicen los textos, «toda la Magia Secreta de la Corte». Es «Maestro en Encantamientos», «Maestro en los Hechizos».

Pero si llega a ser un Iniciado todopoderoso, consiste en que toda su vida, todos sus pensamientos y todas sus acciones son hijas de la Sabiduría. Siendo, como es, fundamentalmente bueno, necesariamente ha de combatir contra toda mala obra, y se convierte «en *el terror de todo el mal que se produce* en l*a tierra entera*».

Además es persona que ha desarrollado sus facultades intuitivas. Ve y conoce los acontecimientos, antes de que se realicen. Su clarividencia se ejerce en la *Luz Astral,* donde todos los hechos futuros están ya inscritos en latencia.

La *Luz Astral* es el libro del Destino. Las condiciones, adquiridas por el vidente le permiten que pueda leer algunas de

Protección del muerto en lo Invisible

Desprendimiento del alma

las páginas que corresponden a los acontecimientos venideros.

* * *

En el interior del Templo la vida del Iniciado está por entero consagrada al trabajo y a la castidad. Nada allí puede manchar el oro puro de su pensamiento, donde no deben reflejarse más que los límpidos rayos de Amon-Ra.

El estudio constante, la práctica de los ritos sagrados, el ejercicio de los poderes bienhechores, son los únicos trabajos que le están permitidos.

En calidad de oficiante, «*encamina* a *los grandes y* a *los*

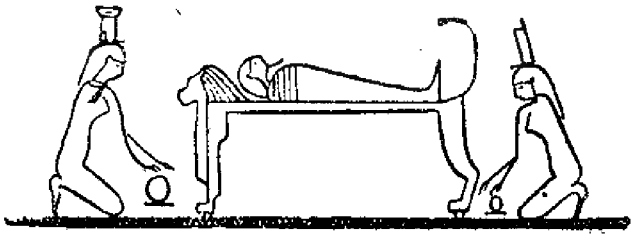


Fig. 36.—La momia en su fúnebre lecho

Después de la muerte, cuando se le encierra en un sarcófago, dos diosas en cuclillas Isis (a la derecha) y Nephthys (a la izquierda) estampan en tierra su sello que contiene el emblema de la reproducción, del renuevo y de la resurrección.

pequeños hacia él, para ver las funciones de *Thot* en medio de sus *misterios.*»

Cuando aumenta de grado de iniciación «verifica las transformaciones ordenadas»*:* y ayuda en las iniciaciones. Benevolente y justo, concurre a juzgar en las pruebas a que se somete a los neófitos. Realiza las «*cosas* sobre *el altar*».

Se le consulta, y su palabra deberá ser siempre la propia de la Justicia. «Dios *corta por el misterio de sus manos*».

Forma parte de las «*grandes salidas*» y del «*gran duelo*»*;* de las procesiones funerarias, de todos los sagrados regocijos, de todas las ceremonias simbólicas y místicas, tales como la supresión de las impurezas, la entrada en el Valle misterioso...

Las fiestas de ritual son numerosas. La fiesta mensual del Seis, la fiesta del Quince, la fiesta Uka, la fiesta de Thot, la fiesta del nacimiento de Osiris, la fiesta de Khem, la fiesta del Amenti, la fiesta de Hakar «donde se recuentan los muertos, donde se juzga a los manes, y donde se deducen las responsabilidades de los fal1ecidos».

En el transcurso de las ceremonias, los sacerdotes encarnan los tipos de los divinos personajes. Representan al esposo y la esposa sagrados; Osiris, Isis, a su hijo Horo, a Nephthys, hermana de Isis, a Thot, y a Anubis, conductor de las almas.

Todas estas ceremonias y fiestas, se verificaban rodeándolas del mayor misterio. Únicamente los iniciados tomaban parte en ellas, El *Libro secreto de la Morada* los menciona de la siguiente manera:

Iniciados *«Señores de las cosas, seres puros que ocultáis vuestras Moradas. Señores de la eternidad que ocultáis vuestras formas y los misterios de vuestros santuarios,* en *los cuales* no *se sabe cómo sois.»*

Esta iniciación tan deseada, venía a ser principalmente una preparación para saber morir. En virtud de la ley de los ciclos, todo ser viviente ha de pasar por la muerte para alcanzar una superior vida, y el Iniciado sabe esperar ese supremo trance con perfecta serenidad. Abandonará, sí, la vida terrestre cuando llegue la hora que fija el destino; pero en todo momento, está preparado para pasar por ella. Sin tropiezo atravesará los campos de *Tian y* el *Nun.* Su camino está trazado; es el que ha de conducirle al divino Amon, de quien ha sido un fiel sirviente.

Por fin llega el momento de morir. Cansado de contemplar la luz terrestre, el iniciado cierra los ojos. Su cuerpo ya no vive, pero quedan su *Doble,* el *Pájaro-Inteligencia* y el *lumi*noso.

Es necesario que el Doble permanezca en la tierra para permitir que el alma continúe su viaje.

Ya el *Pájaro-Inteligencia* se prepara a remontar el vuelo hacia 1os *«futuros sucesivos».* Nada empaña la alegría de quien ha vivido practicando el bien.

«Dichoso día el de los funerales», declara el libro del iniciado.

Sus hermanos sacerdotales, consagran una atención especial a los restos del fallecido.

El *Doble,* el Esencial, el Amigo del ángulo de la tumba, debe permanecer en la tierra. Necesita, pues, una morada y se momificará el cuerpo para *que* pueda retener al *Doble el* tiempo que fuere preciso. Pero el cadáver necesita tener un inviolable lugar de reposo. Y este paraje será el hipogeo sagrado, el maravilloso palacio subterráneo; donde reposará tranquilo. Allí la momia dormirá en el seno de la sombra protectora, bajo la montaña, donde los ruidos del mundo no lleguen ni rompan el augusto silencio de la muerte.

* * *

Los funerales descubrían al iniciado toda su mística significación. Procedíase, primeramente, a las operaciones del embalsamamiento. Era ésta una capital cuestión que se resolvía dedicándole los cuidados más exquisitos. Después de limpiar al cadáver lavándole detenidísimamente, se le ungía con el más puro aceite. Abiertos el pecho y el vientre, vaciábanse ambas cavidades, quitándoles las putrescibles entrañas, que se

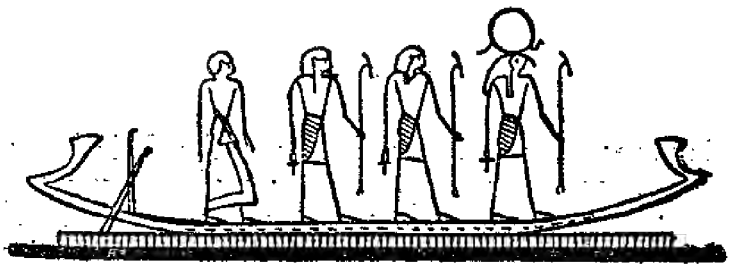


Fig. 37.—Llevando a Ra (sobre cuya cabeza brilla el disco solar atravesado por el Ureus y dos Jefes Divinos), la barca de Isis transporta al nuevo Osiris (a la izquierda) al Tian, la misteriosa morada de los manes

metían en vasos canópicos, de mármol y de alabastro, llenos de ciertos líquidos y de aromas que aseguran la conservación de los restos sumergidos. También se vaciaba la cabeza extrayendo la masa encefálica. Después, los sacerdotes inyectaban en los músculos ciertos preparados que impedían la descomposición cadavérica, y cerraban las aberturas naturales del

cuerpo untándolas interiormente con resinas para impedir el contacto del aire.

En la cavidad torácica del cadáver se metía un escarabajo de piedra dura labrada y recubierta de oro. Esta imagen ocupaba el sitio del corazón, y ciertas palabras mágicas le conferían la vida. Por último, se recubría el cuerpo ciñéndole con vendajes de un fino tejido hecho con fibras vegetales. De la minuciosidad y perfección con que se hiciera este empaquetado de la momia, dependía su más perfecta conservación.

Para impedir el deterioro de las vendas, y para que formasen una inatacable armadura contra todos los agentes exteriores, se las impregnaba con resina en fusión.

En seguida comenzaba la labor de aplicarlas. Cada dedo se envolvía separadamente, y después, en ascendentes vueltas, cubrían los vendajes las manos y los brazos. Las mismas precauciones se dedicaban a los miembros abdominales, porque ni la más pequeña parte del cuerpo podía quedar descubierta. El tronco y la cabeza quedaban ocultos de idéntica forma, y, por último, para terminar más esmeradamente la operación, el cuerpo entero desaparecía bajo una serie de vueltas (treinta y a veces cincuenta), dadas con vendajes engomados. Una fina tela cubría a la momia así empaquetada, sirviéndole de sudario.

* * *

Conviene recordar aquí que el *libro oculto de la Morada,* tenía que permanecer en el seno del más profundo misterio. A la muerte de su poseedor, el Iniciado, era obligación indispensable, hacerle desaparecer. *«Ejecútale* enteramente en *el* centro *de la sala del embalsamamiento. Es una cosa secreta que en ninguna parte debe conocer el hombre vulgar.»*

La *ejecución* en la sala del embalsamamiento, significa el hecho de hacerle desaparecer. Se le colocaba, por determinación de los sacerdotes, pegado al cuerpo del iniciado, bajo los vendajes que le envolvían.

De esta suerte, nadie lo vería después. Además, el libro en cuestión le es necesario al muerto en lo Invisible, porque equivale a un guía para el difunto que dirige su paso por la existencia de ultratumba.

«Proporciona el alimento al fallecido en *la divina región inferior; depara a su alma las provisiones* en *la tierra, y logra*

que pueda gozar de vida para siempre y que nada pueda prevalecer contra él.»

Al cuerpo embalsamado llevando sobre sí este libro, se le depositaba en la cámara mortuoria.

Dejábanse transcurrir dos o tres meses para que se verificara la desecación perfecta de la momia. Mientras tanto, los sacerdotes se cuidaban de que fuese labrado el sarcófago, que se trabaja en dura piedra finamente esculpida, o en maderas preciosas, ricamente decoradas y, pintadas las paredes exteriores, se adornaban con escenas funerarias y vivificadores signos de protección.

En el lejano valle, distante de toda animación y movimiento, abría su puerta misteriosa la tumba, vestíbulo del reino de los manes. primer lugar de reposo en el real camino del silencio. Los muros del hipogeo se decoraban con pintados frescos, cuya mágica expresión constituía un testimonio permanente de la mística vida del difunto.

* * *

Y comienzan los funerales, condúcese a la momia a su morada eterna, embarcándola para atravesar el Nilo.

La barca, construida con madera de acacia y de sicomoro, está enriquecida con incrustaciones de oro, de plata y de lapislázuli. Su roda esta protegida con el ojo místico, símbolo de las fuerzas luminosas que la guían en su marcha.

En el interior de la barca, la imagen de Osiris preside la ceremonia. El Jefe del Misterio lleva en las manos el cetro mágico y el látigo sagrado. Rodean su cuello los amuletos protectores. Cerca del cadáver, unos sobre la barca en que va, y los otros en las orillas del río, como una moviente pintura que se desliza sobre las márgenes siguiendo el curso de las aguas, se ve a los sacerdotes y a las plañideras desempeñando su ritual cometido. En otras barcas, formando el séquito, van las personas de la familia del difunto, y las ofrendas hechas al ser querido. Se recitan palabras y fórmulas propiciatorias, según el orden y el ritmo de ritual.

Oyese en primer lugar un himno dedicado a Shu.

«Salud a ti, carne y hueso de Ra, primogénito salido de su cuerpo, tú que antes del nacimiento fuiste por él destinado a ser poderoso como Señor de las transformaciones; tú que a todas horas humillas a los impíos. La barca divina voga a la

vela, tu corazón es dichoso. Los que van dentro de la barca solar lanzan gritos de alegría cuando distinguen a Shu, hijo de Ra, triunfante, que hunde su javalina en el cuerpo de la serpiente Nakau... Tu estás investido por Ra de la gran virtud mágica, porque tú eres el heredero sobre el trono de tu padre, y tu personalidad se asimila a la personalidad de Ra y goza de la abundancia y las riquezas que radican en él... Homenaje a ti, hijo de Ra... Tú eres Maat (Justo y Verdadero) el Señor de Maatil (la Justicia y la Verdad). Tú eres el Jefe poderoso que manda en los Dioses... Tú haces vogar la barca mansamente. Tus remeros se entregan a la alegría más extraordinaria, y todos los Dioses lanzan exclamaciones de gozo cuando oyen pronunciar tu nombre» *(Papiro mágico* de H*arris).*

* * *

En el transcurso del viaje, el muerto es asaltado por las malas fuerzas, a las que personifica el cocodrilo Magu, símbolo de los elementos nefastos.

La escolta del difunto opone el poder de las mágicas palabras:

«¡Atrás, cocodrilo Magú, hijo de Set! Yo soy Anhar, el gran Señor de la espada en forma de hoz *(pausa).* Tú eres más Grande, tú eres más Inmenso que los Dioses, con tu nombre de Aaurt (el que es grandísimo)...

Tú estás armado de tu javalina para atravesar la cabeza de la serpiente Mekau... Tú empuñas tu javalina y derribas a tus enemigos... Tú destruyes a los Trogloditas de Taehenti (la Nubia)... tú aplastas a los Mentin-Setin (tribus del Asia)... Tu nombre es más poderoso que el de los Dioses, en tu nombre que es el del que está en el centro de la barca solar... Tú haces que la barca navegue con viento favorable bajo tu nombre de Maat (Justo y Verdadero). ¡Oh, tú que traes la dicha; tú, que has formado tu propio cuerpo. ¡oh! Señor único, salido de Nun.» *(Papiro mágico de Harris.)*

* * *

La ceremonia continúa con fórmulas de adoración a los Dioses de Hermópolis. Los oficiantes invocan su poder contra las fuerzas malas e impuras del río.

«Venid a mí. Probad para mí al río. Encerrad al que allí

mora. Al que está sumergido no le dejéis aparecer. Cerrad las bocas; tapad los agujeros» *(id id).*

* * *

Seguidamente los oficiantes cantan un himno de adoración a Amón-Ra.

El papiro ordena que las palabras sean dichas, a la vez, sobre el agua y sobre la tierra, lo que quiere decir que los coros estacionados en las orillas, responden a los oficiantes que están en las barcas.

«Homenaje a ti, el Unico, que a ti mismo te hiciste eterno. Ni la longitud ni la latitud te ponen límites. Potencia divina, dotada de la facultad de engendrarte a ti misma. *Ureus,* el gran llameante. Gran virtud mágica, cuyas formas son misteriosas. Alma misteriosa que has creado su temible poder. Rey del Alto y del Bajo Egipto, Amón-Ra, vida, salud, fuerza nacida de sí misma... En tus transformaciones, has tomado la forma del disco solar... Tú eres el viejo que se rejuvenece y que atraviesa la duración sin fin. Tú eres Amón, permanente en todas las cosas. Tú, que distribuyes la tierra según tus designios, ven a mí ¡oh! Señor, vida, salud y fuerza de los Dioses. Destruye para mí todo peligro que ofrezcan los vegetales que están sobre el río. Haz que sean para mí como los guijarros de la montaña, como los vasos de arcilla rotos y dispersados en la necrópolis... » *(id id).*

* * *

Los sacerdotes cantan un nuevo himno dedicado al mismo Dios, al intangible Amon-Ra.

«... Misterio de los Misterios. Nadie conoce a tu ser misterioso. A ti se dedican himnos, en el seno de Nut... Los soplos de la Verdad, van hacia tu misterioso santuario. Tu madre, la diosa Merú, te ha provisto de mágicas protecciones. Tú traes la luz del alborear del día: tu envuelves a los dos países con tu claridad... Tú eres adorado sobre las aguas. Las fieras te adoran. Las almas del Oriente te rinden homenaje y adoran la luz de tu disco.

Tú haces avanzar a los marineros llevados por un viento favorable. En tu barca todo es alegría: los caminos se ensanchan porque tú encadenaste al maligno, a la serpiente Qued-

nu. Todo cuanto existe te adora. Ven a mí ¡oh, Señor de los Dioses! Aparta de mí a los leones de la región montañosa, a los cocodrilos del río, y a todos los agresivos reptiles que acechan en sus agujeros. ¡Atrás, cocodrilo de Magu, hijo de Set...! Que la virtud mágica de los setenta y siete dioses, te hiera en los ojos ... Ya estas ligado... Ya estas encadenado...

El pápiro de Harris determina.

«Es indispensable pronunciar estas palabras ante una imagen de Amón de cuatro caras sobre un solo cuello, pintada en arcilla. Tendrá un cocodrilo bajo los pies y los ocho Dioses de Chemenú (Hermópolis) a su derecha e izquierda, en actitud de adoración.»

* * *

Siguen otras fórmulas mágicas. Lo primero para cantar sobre toda agua, es que lo verifique «un hombre de marca, que conozca bien el asunto, a presencia de la multitud»: «Hay que recitar esta fórmula sobre un huevo de estiércol (sic), colocado en las manos de un individuo, que va en la proa de la barca. Si lo que hay en el agua aparece, tira el huevo al agua».

Continúase recitando cierto número de fórmulas para atraer a otros Dioses, y agrupar otras fuerzas favorables.

El papiro Harris, recuerda que la Diosa Sis, tiene el poder de secar las corrientes de agua.

«Ella ha cerrado la boca del río, y ha dejado tendidos en seco a los peces de las aguas.»

Si se invoca su ayuda, los cocodrilos, y las fuerzas impuras que simbolizan, desaparecen.

Gracias a esta fórmula y a las otras que siguen, resultan vencedores los oficiantes con el auxilio de las fuerzas benéficas. La barca se substrae de 1os peligros que origina la gran cantidad de animales fluviales que pululan en las aguas del río.

«Sus bocas quedan cerradas, como cerrados están los siete grandes santuarios que fueron sellados para siempre.»

* * *

Los cánticos y la recitación de las fórmulas llenan todo el viaje.

Se desembarca al cuerpo en lugar próximo al del enterramiento y el cortejo se reorganiza.

La procesión es larga; en ella van sacerdotes, plañideras, portainsignias, animales sagrados, las ofrendas, para el sacrificio propiciatorio, para la emblemática alimentación del difunto, y para la celebración del festín de ritual.

Se llega a la necrópolis y descienden a la momia al hipogeo, donde quedará guardada.

Sólo los sacerdotes tienen la atribución de conducirla. Trátase de un hecho capital donde todo recuerda el misterio del grano que se hincha en el seno del surco en que ha de crecer para perpetuar el funcionamiento de la vida.

Se coloca al muerto en el lecho funerario donde goce en paz de su eterno reposo; pero es necesario que su *Doble* quede fijo en la tumba junto a los momificados restos mortales. Si anduviese errante, se haría desgraciado y de índole perju*dicial.*

Se le retiene junto al cadáver por la virtud atractiva de determinados objetos familiares, que durante la vida merecieron especial estimación del difunto, y que forman para el *Doble* un conjunto deleitoso. También se obtiene su estabilidad en la subterránea morada, empleando recursos de mágica acción.

Los objetos familiares son los que recuerdan al fallecido sus cotidianas ocupaciones; por ejemplo, el trono del rey, el cetro del iniciado, los objetos de valor que más se estiman y también los talismanes que facilitan y protegen la existencia de ultratumba.

En el cuello del difunto, se ponía el collar de oro que concede la facultad de ver, y de esta cadena se suspendía el amuleto *tat. Este* amuleto de madera de corazón de sicomoro, preliminarmente se humedecía con esencia de Ankh-Amon.

Se ponía también el amuleto *ta* labrado en cornalina *«sangre* de I*sis, poder mágico* de *Osiris, talismán para proteger* el *grande y romper lo que le es odioso.»*

Igualmente, se suspendía del cuello una columnita de espato verde sin flechas, que garantiza la prosperidad. En la tela de innumerables pliegues que envuelve a la momia, se pintaba un buitre de oro con las alas desplegadas.

Servía a todo de cubierta protectora la caja hecha de maderas preciosas, que resultan incorruptibles bajo la acción de los agentes exteriores del ambiente.

Por último, se rodeaba a la momia de figuras y caracteres

y emblemas mágicos que la defendían de toda clase de enemigos visibles e invisibles.

Nadie debía tocar a estas cosas, porque constituye el más abominable sacrilegio no respetarlas. Ellas son la inviolable propiedad del fallecido.

Alrededor del lecho mortuorio, y con verdadera profusión, se dejaban esparcidas por el suelo diversa clase de estatuitas. Son dichas figuras los ayudantes del alma *(vushaibti)* que desempeñarán las funciones de sirvientes, y dedicarán sus cuidados indispensables al *Doble.*

Lo que queda enumerado no es más que el preludio de la sagrada ceremonia que ya comienza.

* * *

Principia por una guardia alrededor de la tumba durante varios días.

De 12 en 12 horas, los iniciados se relevan, y cada uno se adorna con las insignias de una divinidad propicia. Estas deidades «*vigilan al muerto todo el día y guardan* su *cuerpo*

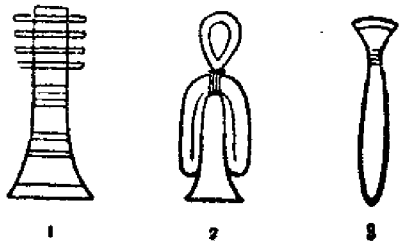


Fig. 33.—*Amuletos protectores de los Egipcios*

1.° Amuleto *Tat*; 2.° Amuleto *Ta*; 3.° Columnita *Uar.*

constantemente: cuando la noche llega, le vigilan y guardan sus miembros hasta la mañana.»

Los sacerdotes encargados de montar la guardia, también se ocupan de «*apartar enemigos del lecho fúnebre.*» y mientras que uno de los iniciados hace su centinela en los umbrales. los demás, dentro de la estancia, practican las ceremonias del ritual.

Todos los sacerdotes que ofician se han purificado. Frotaron sus cuerpos con bálsamo y aceite fino.

El Gran Sacerdote dirige los oficios bajo la figura de Osiris, el Bien, el Dios Grande, Amo del Terror, Señor del Alma Suprema, Señor de Abidos, Señor de la Eternidad.

Ciñe su frente el *ureus «que consagra la cabeza de los Dioses.»*

Un perfume especial se le ha puesto detrás de las orejas. Sus labios se purificaron con natrón.

Se ha vestido dos túnicas nuevas, y ha calzado las sandalias de madera.

La imagen de Maat (la Justicia), aparece pintada en su lengua con frescos colores.

Los sacerdotes oficiantes «de justa voz», los «cubiertos de lino» forman cadena en torno del Gran Sacerdote. De esta suerte, canalizan el fluido de la vida para transmitirle al Do*ble* y a los Cuerpos alados.

Los sacerdotes, los temibles exorcistas del *Doble,* formulan las palabras dominadoras. Invocan a las fuerzas necesarias para verificar el desprendimiento del alma, condensándolas en la tumba, dándolas al difunto, para ayudarle a que forme alrededor de sí una barrera infranqueable.

Su primera precaución es la de atraer el calor bajo la cabeza del fallecido. Para verificarlo, ponen en el cuello de la momia la figura de la vaca sagrada que lleva sobre el testuz las insignias de Hathor. Este amuleto tiene que ser de oro puro.

Sobre la cabeza del muerto se pone un papiro nuevo que contiene la siguiente invocación a Dios Todopoderoso.

«Salve, león de la doble fuerza, que llevas enhiesta la doble pluma. Señor de la diadema. Jefe que mandas con el látigo; tú, que eres el Varón vigoroso por la irradiación de su luz y cuya irradiación no tiene límites: tú que eres el Señor de transformaciones numerosas y de las envolventes que ocultas en el ojo solar para sus nacimientos. Tú eres El que invocan los adoradores en el seno de los Dioses, Gran Corredor, Rápido en la marcha. Tú eres el Dios que se invoca, que acudes al que te invoca, que proteges al desgraciado contra quien le oprime. Ven, acude a mi llamamiento» (Libro oculto de la Morada CLXII).

En este instante -dice el libro- «un *gran calor* se *desarro-*

llará en *todo* su *ser,* (el difunto), como *sucedía cuando estaba* en *la tierra».*

La vida física continúa en forma latente, de modo que retiene al *Doble,* que no se decide a separarse de un cuerpo que aun tiene vida.

La sombra consciente de la momia debe continuar quieta en el hipogeo.

* * *

Los sacerdotes ejecutan los ademanes de ritual. Levantan los brazos y los bajan, pronunciando las consagradas fórmulas.

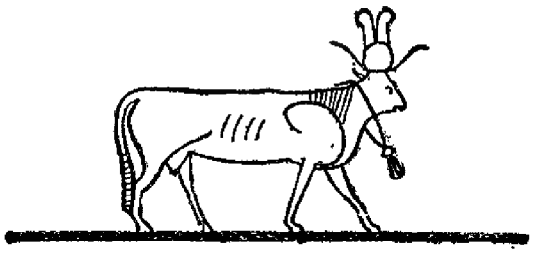


Fig. 39.—*Amuleto egipcio*

La vaca sagrada llevando sobre la cabeza los atributos de Hathor. Labrada en oro y puesta al cuello de la momia, la mágica figura atraerá el calor bajo la cabeza del difunto. Esta corriente de vida contribuye a retener al *Doble* junto al cuerpo.

Por la potencia de su Verbo, por el secreto acuerdo de las Armonías, una doble corriente de vida se manifiesta en la tumba. Pero hay que fijar esta corriente de un modo definitivo. Y para lograrlo, están allí los talismanes y los amuletos en forma de ataduras y de nudos colocados en diversas partes del cuerpo. Las ataduras, los nudos y brazaletes se colocan en los sitios donde se manifiestan ostensibles las palpitaciones de la vida. En los pulsos, en las sangrías, en el cuello, en la región precordial y en los tobillos.

También había que evitar la posible contingencia de que el hipogeo fuese profanado, y de que la momia sufriera perjuicio o

destrucción, causada por los violadores, o por el natural proceso de la descomposición.

Teniéndolo muy presente, el ritual impone que se tenga dispuesto otro habitáculo para el *Doble.* Consiste en unas estatuas que reproducen la figura del muerto, y que, colocadas a su alrededor, bajo el influjo de la mágica palabra de los sacerdotes, participan de la vida astral de aquél. Se hacían especiales ceremonias capaces de generar las requeridas condiciones psíquicas a estos habitáculos del *astral* y de dotarles de aptitudes vitales que les convirtieran en sitio no despreciado por el *Doble,* en, donde eventualmente puede refugiarse.

Tomadas dichas precauciones, el *Doble* quedaba enlazado con el cuerpo en forma estable, y segura el alma de que nada estorbaría su vuelo hacia lo futuro, continuaba el camino de su evolución.

Los sacerdotes la ayudan con toda la fuerza de sus poderes. Lo primero es entregar al difunto sus secretos iniciáticos. Por esto, los sacerdotes procedían «a *la apertura de la boca y de los ojos*».

Abrir la boca equivale a restituir al muerto la virtud mágica de las palabras que dominan en los mundos intermediarios. *Abrir los ojos,* implica otorgarle el conocimiento y la visión de la vida espiritual de los mundos y las fuerzas invisibles.

El poder de la palabra ha de serle necesario para apartar de sí en el «más allá», todas las fuerzas malas de las que los iniciados se han convertido en dominadores. Y aun más útil le será tener bien despiertos los ojos, para no perderse en su marcha por la obscura vía; para no llegar a caer en las trampas y engaños que le opone el enemigo que trata de impedir su arribo a las puertas resplandecientes, y los sacerdotes son los que formulan las palabras redentoras. Con todas sus energías, le auxilian, le acompañan, ayudando al hermano querido en la senda por donde todos tienen que pasar, cuando les toque la vez.

Así, el muerto está protegido en la tierra contra los ataques de los impíos, y en lo Invisible, contra las fuerzas malhechoras.

Otra vez aún, los sacerdotes se unifican para multiplicar por su reunión la potencia de su común pensamiento. Adoptando el ritmo propicio, crean un *egrégoro* de protección, que tendrá por apoyo psíquico una estatua, o una estela.

Desgraciado del imprudente que afronte los peligros de estas defensas. El castigo a su temeridad pronto caerá sobre él.

El sagrado recinto no puede ser pisado por plantas Profanas. Las consecuencias sobrevenidas por esta contravención lo han demostrado elocuentemente.

* * *

Cumplida ya su misión, los sacerdotes se retiran.

Una vez tapada la boca del subterráneo, en el augusto silencio del hipogeo, una poderosa manifestación de vida comienza. Las palabras que los sacerdotes pronunciaron han vivificado al Invisible y el alma del muerto flota aún sobre el cuerpo que anima.

Junto al mortal despojo, el *Doble* está retenido. El *Pájaro-Inteligencia* y el *Luminoso,* tienden a alejarse de la tierra, donde ya nada les atrae.

Insensiblemente, van adquiriendo vida las escenas pintadas en los muros de la sala mortuoria. Bañadas por una luz *astral,* quedamente, las pintadas figuras toman cuerpo y se despegan de las paredes. Forman grupo, y entran en movimiento. En esta ocasión constituyen un viviente y sagrado cortejo. Todos los personajes desempeñan el papel que les corresponde, en fiel remedo de la existencia material. Ved allí al Maestro de los secretos, a los sacerdotes, a sus ayudantes a las danzarinas, a los portaestandartes y a los que llevan las ofrendas.

Cada, uno de estos misteriosos personajes, pierde su hierática inmovilidad, y se acerca al Osiris, a: cuyo alrededor se colocan todos. Cuanto correspondió a la vida terrestre, vuelve a vivir en una más sublimada forma de existencia. Las palabras de los iniciados, dieron vida a las figuras que se mueven, absorbiendo la atención del que; en su eterna inmovilidad, las contempla, porque sabe leer lo que esas formas indican, y hallar en las sagradas danzas, un sentido, una interpretación, más importante y profunda que la que corresponde a su artística belleza.

Alrededor de dichos personajes, los emblemas mágicos irradian maravillosa luz y vida.

El friso de la habitación sepulcral, se ha transformado en una temible barrera. Los cetros mandan y con toda su mágica potencia, repelen el asalto y las intrusiones de los malos influjos. Inversamente, las cruces ansadas, atraen y retienen a las influencias bienhechoras. Todo parece contribuir al im-

perio de la paz y de la alegría que el iniciado conquistó con decidido e invencible esfuerzo, y en este fantástico cuadro, en la iluminación de divinos resplandores, aparece gloriosa, Maat, la Verdad, la Justicia, la Razón.

El alma emancipada, bajo la protección de las santas palabras, se ha remontado hacia las espléndidas regiones de la eterna felicidad. Ya es «*viviente para la Eternidad*».

Ha transpuesto el Occidente, ha cruzado el Amenti y los Campos de Yalu.

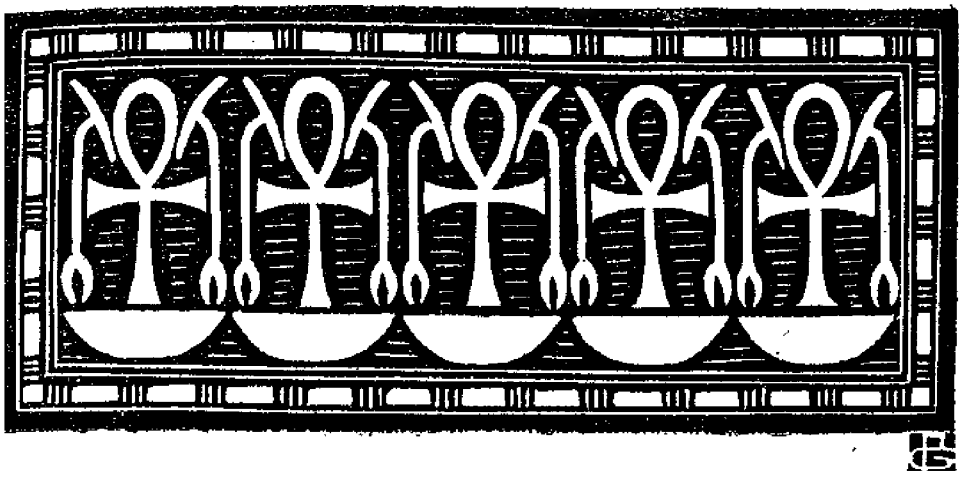
Así alcanzará al Dios Supremo, al Invisible. Al que radica en el Ojo solar «*ocultándose en su pupila, alma radiante por su* ojo». *(Papiro* mágico *de* Harris -Himno a Amón-Ra)

El iniciado «*ya* no *puede morir otra vez*».

«*Le será concedido ser un astro en el cielo.*»

Se transformará en un *Dios* «*estable* como *las horas de la Eternidad*».

CONCLUSIÓN



VI

CONCLUSIÓN

Tal es, rápidamente bosquejado, el Misterio de Osiris. En un soberbio simbolismo, expresa el constante sentir de las iniciaciones: la necesidad del propio perfeccionamiento, de elevarse, de desprenderse de la tierra, para conquistar una vida, más alta y mejor, en el cielo.

Es sensible que la mayoría de los comentadores no hayan acertado a ver en estos ritos otra cosa que no fuese superstición y brujería.

Así, A. Moret se expresa en la siguiente forma:

«El antiguo Egipto nos ofrece junto a una civilización muy perfeccionada, un estado mental que continúa, bajo ciertos aspectos, al nivel de los pueblos salvajes. Allí el mago era omnipotente, porque es el iniciado que estudia, que observa y que sabe» (Moret-La *Magie dans l'Egipte ancienne).*

Frazer dice lo mismo, sobre poco más o menos:

«La magia sólo tiene las apariencias de la ciencia. Mas esto basta para explicar la gran atracción que en todos los tiempos ha ejercido sobre el espíritu humano. Aun hoy día,

es frecuente que el investigador, cansado y aburrido, se refugie en ella como si fuera una cumbre desde la cual descubriera en las lejanías el porvenir bañado en los deslumbrantes resplandores del ensueño» (Frazer-Le *rameau* d' or).

En opinión de los psiquistas, semejantes conclusiones tienen que resultar muy aventuradas, y en efecto; ¿no es cosa bien sorprendente que un país tan instruido como lo fue el de los Faraones, se nivelara desde determinados puntos de vista con la mentalidad de los pueblos salvajes?

Esta índole de reflexiones, ¿no conducirá obligadamente a preguntar si la magia era una cosa tan sencilla y tan burda?

En su apresuramiento, estos sabios, por lo demás muy estimables, han confundido al brujo con el mago, cuando, precisamente, el uno es la diametral oposición del otro.

Por regla general, el brujo no posee más que los últimos restos de una ciencia tradicional que desapareció. Para robustecer sus poderes, se entrega al mal, con el propósito de sumir en el espanto a los que pretende dominar. Su acción es siempre nefasta y sujeta al imperio de las dañinas intenciones.

Contrariamente, el mago busca un fin absolutamente opuesto al del brujo. Quiere en todo, luz, mucha luz y actúa siempre bajo su gloriosa influencia.

En todo tiempo, la alta y la baja magia han sido entre sí tan adversas, como adversos son Osiris y Typhon, sus personificaciones en el viejo Egipto. Comparar la una con la otra, es comparar el día con la noche, y tomar a ésta por aquélla, pone de relieve que el impugnador no se ha documentado como debía para poder juzgar bien e imparcialmente, en estas cosas, corriendo el peligro, más que probable, de caer en los errores de una opinión desprovista de sólido fundamento.

Como Maspero dice, con notable oportunidad «es preciso no atribuir a la palabra magia la significación degradante que evoca en seguida en la mente de nuestros contemporáneos» (Maspero. *Etudes de mythologie et* d'*archéologie égyptienne).*

Del mismo modo hay que acostumbrarse a no ver en la Magia el exclusivo ejercicio empírico de una voluntad perversa, porque la Magia no es eso, ni lo fue nunca. La Magia es la Alta Ciencia, la Ciencia Divina por excelencia. Su posesión requiere una serie de conocimientos muy amplios y profundos y una pureza de corazón y de alma tan excepcional como poco conocida y poco apreciada.

En opinión del antiguo egipcio, la Magia era, a la vez, el coronamiento de la religión y la cumbre de las ciencias y la filosofía. Pero tener este elevado concepto del saber mágico supone conocerle muy bien; por lo menos haberse acercado a sus umbrales con la mente serena y muy despojada de ciegos prejuicios.

El velo de Isis oculta al profano lo que únicamente debe ver el investigador, el iniciado.

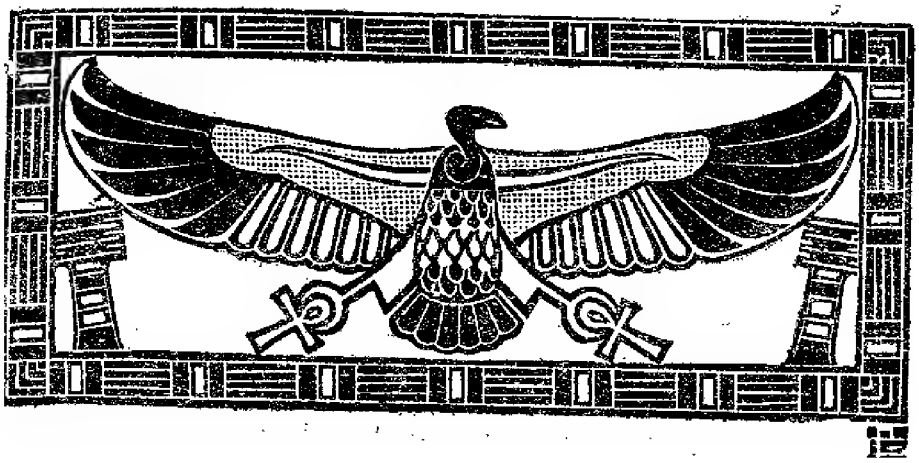
Porque es indispensable estar dispuesto a comprender, para querer comprender.

Y he aquí la razón que explica cómo la ciencia oficial aún está muy distante de aquella Ciencia de Eternidad que conocieron los constructores de pirámides.

APÉNDICES DEL TRADUCTOR

Se asegura que los que entran en los Misterios, se hacen más piadosos, más justos y mejores en todos los casos.

DIODORO DE SICILIA



APÉNDICES DEL TRADUCTOR

I

LA INICIACIÓN DE LOS MISTERIOS EGIPCIOS

El neoplatónico Jámblico, (que vivía en los comienzos del siglo IV de nuestra era) al referirse a la iniciación en los Misterios del Egipto, asegura que el neófito penetraba en el templo de la iniciación por la puerta practicada entre las patas delanteras de la Esfinge, y, que daba acceso al corredor subterráneo que se prolongaba hasta el interior de la Gran Pirámide.

Por muchos años esta afirmación del célebre filósofo de la Escuela Alejandrina, no gozó de indiscutible crédito, ni cuando se practicaron las primeras investigaciones en el interior del misterioso monumento de Kheops, se descubrió nada que comprobara de manera alguna la afirmación de Jámblico.

Posteriores excavaciones que descubrieron, casi por comp1eto, la parte anterior de la Esfinge, evidenciaron que, efectivamente, entre sus patas existe una puerta e investigaciones aun más modernas han demostrado que, a unos cuarenta metros al Sur, estaba hundido en la arena un

templo subterráneo. Todo esto parece corroborar la afirmación del célebre neoplatónico y no faltan egiptólogos que suponen que en breve se ha de descubrir el camino que, partiendo de la Esfinge y pasando por el próximo santuario, conduce al interior de la Pirámide de Kheops.

Que estos lugares sirviesen para efectuar las misteriosas escenas de la iniciación, nada tendría de extraordinario. La puerta de entrada abierta en el pecho de la esfinge de Ghizeh, no cabe duda que indica la existencia de un pasadizo subterráneo. El templo de las inmediaciones por su elíptica construcción y por su carencia de jeroglíficos en las paredes, evidencia que nunca sirvió para el culto público. La disposición interior de la Gran Pirámide, si claramente prueba que no se ha destinado, como se creía, para enterramiento de ninguna clase de momias, en modo alguno permite averiguar qué objeto pudieron tener aquellos corredores y aquellas estancias. Es legítimo, por tanto, el parecer que les atribuye haber servido para realizar las pruebas iniciáticas, mientras que no se le oponga una sólida razón, apoyada en luminosos antecedentes, capaz de demostrar lo contrario.

Según otras versiones, la entrada al lugar de las pruebas está en la Gran Pirámide en una, a modo de ventana, que existe a la altura de la carrera de sillares número diez y seis de la cara que mira al Norte. Este criterio es el que sigue un autor del siglo XVIII, el cura Terrasson, cuya obra describe las escenas iniciáticas del antiguo Egipto. Supone el autor, que su libro es sólo una traducción del manuscrito existente en una biblioteca, que no nombra, y opina que debió ser redactado por un griego residente en Alejandría, en la época de Marco Aurelio.

No es muy fácil averiguar de dónde tomó Terrasson los detalles iniciáticos que narra. Lo que sí es cierto, es que están conformes con lo afirmado por diversas tradiciones, y exista o no, el manuscrito que traduce, sus escenas resultan hasta hoy perfectamente admisibles. Por eso vamos a resumirlas para dar una suficiente idea de los obstáculos y dificultades que había de vencer quien aspirase a conquistar los secretos del santuario.

El héroe del libro de Terrasson, se llama Jethos, joven, inteligente y animoso, que a toda costa quería penetrar en el secreto recinto de los iniciados. Su maestro Amedes, ha hecho que viajase, para adquirir las condiciones que le aseguran un lisonjero recibimiento, pues antes de ser admitido por los iniciados era indispensable que el neófito se instruyese y que adquiriera el amplio saber recogido en diversos países. Cuando ya está preparado, suficientemente, una misteriosa casualidad hace que llegue junto a la Gran Pirámide a la hora marcada por el momento propicio.

Amedes dice a Shethos, cuando llegan al pie del misterioso santuario de la iniciación:

Sus secretos caminos conducen a los hombres amados de los dioses a un término que ni siquiera puedo nombrar. Es indispensable que ellos hagan nacer en ti el ardiente deseo de alcanzarle. La entrada de la Pirámide está abierta para todo el mundo; pero compadezco a los que tienen que buscar la salida por la misma puerta cuyos umbrales franquearon, no habiendo conseguido otra cosa que satisfacer su curiosidad muy imperfectamente y ver lo poco que les es dado referir.

Semejantes advertencias, más y más avivan los deseos del discípulo que, ardientemente, insiste en su propósito de recibir la iniciación. Consiente Amedes, y precediendo a Shetos, escalan el lado Norte de la Pirámide hasta llegar a una puertecilla cuadrada que siempre está abierta. De reducidas dimensiones (tres pies de ancho y otros tres de altura), da acceso a un pasadizo no más holgado. Shetos y su guía tienen que recorrerlo, arrastrándose penosamente. Shetos va delante y lleva en la mano la lámpara que apenas alumbra su camino.

Al cabo de angustiosos momentos que al aspirante le parecen siglos, llega a una habitación de regulares dimensiones. Allí le reciben dos iniciados a quienes no debe hacer ninguna pregunta. Ignorando esta prohibición trata de pedirles algunas explicaciones, mas en seguida, se le informa que no debe malgastar el tiempo, ya que todas sus preguntas quedarán invariablemente sin respuesta.

Precedido por los dos iniciados, entra en un extenso corredor, y, de pronto, ve interceptado el paso por la boca de un pozo profundo, insondable. Una luz puesta en el borde le permite apreciar el peligro de una espantosa caída. Mirando con atención, el aspirante distingue unas barras empotradas en un lado de la negra sima, que, aunque no sin riesgo, hacen posible el descenso por ellas a los hombres de cabeza firme y ánimo imperturbable. Ante la alternativa de retroceder o seguir el difícil camino, el aspirante se decide y comienza el trabajoso descenso. A bastante profundidad terminaban los escalones; pero, mirando al fondo, se veía que aun faltaba mucho para poner el pie en terreno firme. Buscando ansiosamente la solución al terrible problema, el aspirante encontraba en la pared una abertura o una estrecha ventana y por ella podía entrar en otro corredor que, en plano inclinado, y trazando una no muy ancha espiral, continuaba el descenso. Al final del pendiente pasadizo, tropieza el neófito con una fuerte verja: la empuja y cede sin esfuerzo; pero, al cerrarse detrás de él, choca contra sus quicios rudamente produciendo un cavernoso fragor que hiere desagradablemente los oídos y llena el ánimo de indescriptible inquietud.

Sigue avanzando Shetos y otra reja le corta el paso. Al aproximarse, ve que más allá continúa un estrecho y bajo corredor sobre cuya entrada brilla el siguiente letrero: «Todos los que recorran este camino, solos

y sin mirar nunca hacia atrás, serán purificados por el fuego, por el agua y por el aire. Si consiguen vencer el miedo a la muerte saldrán del seno de la tierra, volverán a ver la luz y tendrán el derecho de preparar su alma para recibir la revelación de los misterios de la gran diosa Isis.»

El neófito pidiendo amparo a todas las supremas energías de la voluntad, prosigue el camino de la iniciación, dispuesto a no retroceder aunque le cueste la vida. Aunque a nadie ve, en realidad no está desamparado. Sus conductores le vigilan y, a la menor muestra de debilidad de que le ocurra algo, acudirán presurosos y, por otros corredores, le conducirán a la puerta de entrada para que se reintegre a la luz y la vida exterior, no sin haber jurado que a nadie referirá lo ocurrido. Es cosa sabida de qué terrible modo se castigaban estos perjurios, fuese quien fuese el traidor.

Decidido a todo, Shetos prosigue su camino. Al final del obscuro corredor desemboca en una estancia donde le esperan tres iniciados que cubren sus cabezas y sus rostros con la máscara de Anubis. Aquella es, en la iniciación, la puerta de la muerte. Uno de los enmascarados dice al aspirante: -«No estamos; no, aquí para estorbarte el paso. Puedes proseguir tu marcha, si los dioses te conceden el valor que necesitas. Pero ten por sabido, que si transpuesto este lugar, en algún momento retrocedes, aquí estamos para impedirte que huyas. Hasta ahora libre eres para desandar lo andado, mas si prosigues habrás perdido toda esperanza de salir de estos lugares sin obtener la definitiva victoria. A tiempo estás; decídete. Si renuncias, aun puedes salir por ese corredor, sin volver la vista atrás: si avanzas sigue el camino que ves frente a ti y recórrele sin vacilación. Escoge.»

Al contestar el aspirante que nada le arredra, los tres guardianes déjenle pasar, cerrando la puerta. Otra vez queda solo en un largo pasadizo a cuyo extremo advierte un resplandor. A medida que adelanta, la luz se hace más intensa, llegando a ser deslumbradora. Pronto llega a una estancia abovedada donde, a un lado y a otro, arden enormes piras cuyas llamas se entrecruzan en el centro. Esta parte está cubierta por un enrejado incandescente. Los clavos apenas si permiten poner el pie en lugar seguro de quemaduras, y al recorrerla no era sólo el peligro de perecer abrasado el que le amenazaba si no el de morir asfixiado en aquel ambiente irrespirable de elevadísima temperatura.

Cerrando los ojos, Shetos penetra en la ígnea habitación; pero ¡oh increíble portento! Al tocar sus pies el enrejado fino, las llamas desaparecen, las hogueras se apagan instantáneamente y el paso entre ellas se hace posible sin temor a afrontar una muerte espantosa.

Siguiendo después otras galerías, el neófito iba a desembocar frente a la líquida extensión que invadía toda la de un amplio subterráneo. Al

otro extremo se distinguía una trampa y al final de ella una subida de escalones. Era preciso atravesar el peligroso obstáculo, y en consecuencia, desnudábase rápidamente y haciendo un paquete con sus ropas que mantenía en alto en la mano con que sostenía su lámpara, valíase de la otra para nadar y vencer la corriente de las agitadas aguas. Llegado a la otra margen, el neófito se vestía, y tras breve descanso, comenzaba a subir la escalinata a cuyo extremo había una plataforma, frente a una gran puerta, en la que estaban fijas dos grandes anillas a modo de llamadores.

Al tirar de ellas, la plataforma se hundía, y el neófito se encontraba en el aire, pendiente de sus manos, rendido por un furioso vendabal y sin luz, puesto que, para agarrarse bien a las anillas, había tenido que dejar caer la que llevaba. Después de unos momentos de angustia y de terror que debían parecerle siglos, el viento cesaba; volvía a sentir bajo sus pies el terreno firme de la plataforma, y la puerta se abría ante sus atónitas miradas, para dejarle ver el interior de un magnifico templo intensamente iluminado.

Avanzaba desde el altar el Gran Sacerdote: le felicitaba por su firmeza y su valor, y le ofrecía una copa llena de agua pura, símbolo de su iniciación y de su perfeccionamiento moral. En seguida, se arrodillaba frente a la triple imagen de Osiris, lsis y Horo, la Trinidad sagrada.

Con estas ceremonias terminaba la primera parte, la parte material de la iniciación. El aspirante ya había probado que tenía el valor y la entereza necesarias para llegar a ser un iniciado libre de debilidades, apocamientos y temores; pero esto no podía ser todo, aun era indispensable probar que, si el terror no le vencía, tampoco le supeditaban las seducciones del bienestar, de la pasión y del placer. Para demostrarlo, y sin que el aspirante se diera cuenta, durante el transcurso de su educación iniciática se le ponía en condiciones de que quebrantara sus obligaciones de vida ascética y de dominio de los apetitos y sensaciones. Si resultaba victorioso, llegaba para él el supremo instante de ser considerado como un verdadero discípulo de la iniciación; si por el contrario, le vencían los apetitos y las pasiones, era sentenciado a permanecer indefinidamente en una categoría inferior del sacerdocio esotérico, de la que no podía salir no siendo al cabo de nuevas y muy prolijas demostraciones de haber llegado a saber vencerse a sí mismo.

Mientras esta parte de las pruebas morales se efectuaba, verificábase la instrucción del neófito en los primeros misterios esotéricos y en los de la sabiduría psíquica. Dábasele a conocer la oculta significación de las ceremonias, y la simbología religiosa. Instruíanle en las ciencias matemáticas, físicas y naturales. Se le revelaban las verdades ocultas de la Astronomía y el fondo de realidad de la Astrología. Comenzaba a iniciarse

en los secretos de lo que hoy denominamos magnetismo, hipnotismo y psiquismo: recibía las primeras nociones de la ciencia mágica y de las maravillas de la evocación necromántica; en sumo, se le iba adiestrando en todo lo que ha de saber un discípulo de la Secreta Sabiduría.

Para dar la debida amplitud a la parte experimental de la ciencia esotérica, el discípulo tenía que cumplir una triple educación. La de su cuerpo, o parte pasional, y la de su espíritu, o parte mental.

Para adoptar el cuerpo, era indispensable someterse a las reglas de un riguroso y progresivo ascetismo, que le hiciese apto para el desarrollo de las facultades psíquicas. Había que pasar por largos ayunos: había que acostumbrarse a dominar las sensaciones: había que ser insensible al frío y al calor, al cansancio, al sufrimiento, a todas las molestias materiales: había que acostumbrarse a dominar el hambre, el sueño y la sed.

El discípulo tenía que mantener siempre su cuerpo y sus blancas vestiduras en la más extrema limpieza. Las horas dedicadas a dormir eran sólo las absolutamente indispensables. Las comidas breves, y exentas de todo refinamiento del paladar. En ellas dominaba inflexiblemente un severo vegetarismo, sin beber otra cosa más que agua pura.

Para adaptar el alma, el discípulo se sometía a un régimen de dominio de pasiones. Tenía que matar en sí la ambición, el deseo de poseer, el de cualquier especie de bienestar, el egoísmo, etc., etc. Debía perfeccionarse en esta disciplina hasta llegar a permanecer indiferente ante las alegrías y los dolores, ante los placeres y los sufrimientos, de modo que nada, ni nadie, alterara nunca la severa tranquilidad de sus pensamientos. A este período educativo correspondía el de ciertas místicas obligaciones y rituales costumbres que le eran dictadas por sus maestros.

Para adaptar el espíritu, el discípulo no podía dejarse dominar por ninguna especie de emociones, ni aun las más puras. Muerto como hombre vulgar para el Mundo, se debía exclusivamente al culto de la Verdad esotérica. Además, tenía que encerrarse en el silencio más riguroso, que duraba, a veces, varios años. Sus constantes ejercicios eran el estudio y la meditación. Adiestraba su voluntad aprendiendo a emplearla como fuerza poderosa que extiende su poder a insospechadas distancias, y conseguía que ella dominase en todas sus determinaciones, manteniendo siempre supeditado el pensamiento al cumplimiento de los iniciáticos deberes. De esta forma cada vez más abandonaba las falsas ideas de la vida vulgar, reconcentrándose en el deseo de elevarse a los planos superiores de la vida espiritual, donde se alcanza la iluminación y el conocimiento de las altas realidades suprasensibles.

Cuando el iniciado había ascendido a estas tremendas cumbres de la sabiduría y del perfeccionamiento moral, los maestros le autorizaban para que pasase por otra prueba que equivalía al coronamiento de toda la

iniciación. Significaba la completa dejación de todo lo, vulgarmente, humano, para alcanzar la suprema luz; la que sólo brilla ante los ojos que la muerte física cerró. Por esto, se verificaba estando el discípulo metido en un sarcófago.

Echado dentro de él, tenía que pasar inmóvil toda una noche entregado a profunda meditación y a especiales rezos. En estas condiciones, realizaba la proyección de su *cuerpo astral,* según los métodos que le habían enseñado, y su cuerpo invisible, arrastrado por las corrientes de los planos superiores, ascendía a las alturas, donde le era dicha la última palabra, donde conocía el último secreto de la absoluta Verdad. Al lucir el nuevo día, levantábase del sarcófago un hombre distinto; un adepto perteneciente a la suprema jerarquía de la iniciación: Si sus poderes eran indescriptibles, sus obligaciones y responsabilidades eran espantosas. Sólo un maestro de la Secreta Sabiduría podía ser capaz de afrontarlas.

Comprendéis ahora por qué los Grandes Sacerdotes del Egipto gozaban una autoridad que nunca era contradicha ni aun por los más poderosos y autoritarios Faraones?.

Los tiempos de la iniciación se extinguieron siglos antes de la Era Cristiana. Los adeptos se retiraron, como ocurrió en la Asiria, reintegrándose a los lugares de su origen, en la región norte del Indostán. Otros iniciados de inferior categoría salieron de Memphis para llevar a Grecia la luz del esotericismo. En Alejandría existieron también algunas agrupaciones y durante la Edad Media, desde Alejandría y el Asia Menor vienen a Europa los adeptos de Gnosis, y del Hermetismo, que más tarde cristalizó en la misteriosa esencia de los Rosa + Cruces. Pero todo esto ya no son más que desnaturalizados reflejos del iniciático país de los Faraones. La ley cíclica se cumple, los tiempos han pasado, y la iniciación sacerdotal ya no ha de regir la marcha de las civilizaciones occidentales. Hoy, como decía Swdemborg, hay que buscar la palabra perdida en el Thibet. En las inaccesibles cumbres de los Himalayas, está el misterioso retiro de los Maestros. Quien se propuso hallarlos, quien fue en su busca con la firme intención, con la inquebrantable serenidad del neófito de los Misterios, los ha hallado. La invisible entrada permanece abierta; el sendero, hoy como entonces, existe. Sólo que han conseguido poner en práctica los cuatro consejos de la Esfinge y les guía un decidido propósito exento de insana curiosidad y de bastardas intenciones. En cualquier parte que estén, alguna *inexplicable casualidad* puede indicarles el camino. *Por que los Maestros velan y* su *atención alcanza a todos partes.*

II

LAS ENSEÑANZAS FILOSÓFICAS CONTENIDAS EN EL «LIBRO DE LOS MUERTOS» DEL ANTIGUO EGIPTO

Henri Durville, describiendo este curiosísimo, ritual funerario, en su magnífica obra *La Science Secrete,* dice lo siguiente:

«El monumento literario más importante que poseemos acerca de la religión egipcia, y cuyo mérito nadie pondría en duda, es el *Libro* de los *Muertos.* Gracias a él conocemos del modo más terminante, las doctrinas profesadas en aquella gran civilización, respecto de la filosofía, la moral, los conocimientos psíquicos, la constitución del ser humano, su desintegración en el instante de la muerte y los renacimientos que constituyen la directa consecuencia del juicio en que son justipreciados los hechos de su vida terrestre, a raíz de verificarse el de la desencarnación. El propósito de detallar aquí los caracteres de autenticidad innegable que nos ofrece el indicado documento, nos exigiría el desarrollo de largos comentarios. En resumen, podremos afirmar en concepto de cosa bien averiguada, que el *Libro* de *los Muertos* está unánimemente reconocido por todos los egiptólogos, como un texto de autoridad inatacable.

Fue hallado en las sepulturas egipcias, y condensa en sus frases la verdadera religión de aquel país. Contiene, al propio tiempo, que sus revelaciones y puntos de vista filosóficas, un completo ritual mágico y religioso relativo al culto del muerto y su preservación en el lugar donde ha de permanecer. Es una obra muy antigua, cuya redacción se remonta a los tiempos de la XVII a la XX dinastías. En muchos féretros se han encontrado textos semejantes, más o menos íntegros, que parecen haber sido dados al difunto con la doble intención de garantir su seguridad y para que le sirva de guía en el período que su alma ha de recorrer antes de que vuelva a ver la luz. Por esto se ponía junto a la momia lo más frecuentemente posible, con el propósito que el ser conociera su porvenir por anticipado. Por la indicada causa, hoy disponemos de un gran número de ejemplares pero casi siempre distintos. Pasan de 100 las reproducciones catalogadas. Con frecuencia, aparece variado el orden de los

capítulos que componen el ritual. Aparte de esto, los cambios esenciales en la obra son raros. De tal suerte, el *Libro* de *los Muertos* viene a ser el documento más auténtico y más seguro para adquirir ideas positivas respecto de la religión del antiguo Egipto.»

Analizaremos las doctrinas profesadas por los sabios de dicha civilización acerca de la evolución humana y los renacimientos, según los datos contenidos en el texto del expresado ritual.

Desde luego, se advierte la múltiple estructura que forma la unidad armónica del ser humano, concepto que se repite en todas las enseñanzas de todos los esoterismos. Para los iniciados el hombre es algo más que lo que representa su cuerpo físico o carnal. Existen en él otros elementos invisibles, y precisamente estos son los que desempeñan el papel más importante. La doctrina secreta de los egipcios admitía cuatro elementos constitutivos.

1.o El cuerpo visible, o carnal.
2.o El *doble* humano.
3.º El alma.
4.o La *esencia, o soplo vital.*

El primer elemento, o sea el cuerpo físico, no necesita definición. Todos sabemos lo que es esta parte puramente material de la persona. Suponíase que por sí misma no estaba dotada de fuerza ni de ninguna especie de actividad orgánica.

El segundo elemento, es decir, el *doble humano,* es de condición material tan tenue, tan etérea, que resulta invisible en circunstancias ordinarias. Este *doble* reproduce exactamente parte por parte, todas las del cuerpo físico, es un verdadero *duplicado* del individuo, donde precisamente radican las energías físicas u orgánicas. El concepto de este principio de constitución, es ya familiar para los que conocen los estudios del ocultismo. Paracelso le denominó *cuerpo astral* y los ocultistas conservan dicha denominación. Equivale al *periespíritu* de los espiritistas, y a los cuerpos *etereo* y *astral* de los teósofos.

El tercer elemento es el alma o sea la personalidad mental y afectiva. Contiene las energías psicológicas y la porción más elevada de las psíquicas.

El cuarto elemento, la *esencia vital,* es decir, el espíritu, es una emanación del Espíritu divino. Los iniciados egipcios denominaban el *soplo* de Ammon-Ra, a la porción del hombre que es la esencia del hombre mismo; lo que perdura, lo que no muere, lo que permanece siempre idéntico a través de las sucesivas reencarnaciones.

El *doble* humano recibió entre los egipcios el nombre de *Kha.* Ya hemos dicho que reproduce exactamente la estructura interna y externa del cuerpo físico, y que está formado de una sutilísima materia invisible

(en circunstancias ordinarias), que no resulta sometida en muchos casos a las mismas leyes que las que rigen al cuerpo tangible. Hablando del asunto observa Maspero que es una proyección coloreada y aérea del individuo que le reproduce, punto por punto; resultando otro niño, si se trata de un niño, otra mujer, si se trata de una mujer, otro hombre si se trata de un hombre. Las ideas que del Kha tenían los egipcios son tan exactas, que todos nuestros progresos y descubrimientos del psiquismo no cesan de darles la razón, hasta en los más pequeños detalles. Si para los no enterados, semejantes ideas, las del *doble etéreo* y *astral,* resultan altamente subversivas, dentro de la ciencia, para los que de estas cosas saben lo suficiente, se trata de un pretendido *misterio* que nunca lo fue entre los iniciados de los tiempos faraónicos. Los iniciados de aquellas épocas sabían (existen motivos para poder afirmar que mucho mejor que lo sabemos hoy), que el *doble humano,* es una entidad real y efectiva; que actúa y se manifiesta en momentos propicios; que en él puede refugiarse toda la vida mental y pasional del ser, mientras que el cuerpo queda inerte e insensible, que en él, según enseñaban los iniciados, residen las potencias superiores; que resulta accesible y atacable para ciertas acciones físicas y psíquicas, bien determinadas y descritas, en varios lugares del famoso ritual, y en otros textos iniciáticos; que otorga al fallecido, en determinadas ocasiones, el medio de manifestarse a los seres vivientes en el plano de la existencia carnal; y que, por último, permite a ciertas personas la realización de hechos aparentemente imposibles, tales como los que hoy presenciamos en algunas sesiones dadas por los mediums del espiritismo.

Para los iniciados el doble humano es un completo viviente, El *cuerpo astral* es lo que queda después del fallecimiento para aproximarse y establecer la comunicación con los vivos. Constituye el hombre completo, razonador y sensible, aunque invisible, que acude junto a las personas que amó para protegerlas y ayudarlas, y cuando de un modo directo no puede darles un salvador aviso, influye en sus ideas de modo que en la mente surjan las inspiraciones salvadoras o para que durante el sueño reciban las revelaciones que les envía el protector desde el otro lado de la muerte.

La existencia del *doble,* no sólo está descrita en los documentos literarios de los egipcios. También la hallamos en las representaciones de los bajorelieves arquitectónicos. Con frecuencia se le reproduce en éstos, situando detrás de una figura humana, otra (la del K*ha),* de las mismas dimensiones y que hace idéntico ademán. En las ruinas de un templo tebano se ve una escena referente al nacimiento del Faraón Amenophis III. En ella aparece una diosa que da el pecho al recién nacido, y el *doble* de la deidad que hace lo propio con el *doble* de la criatura. En otros bajos-

relieves dedicados al real personaje, aparece también su K*ha* reproduciendo los gestos del cuerpo visible. Por regla general, en dichas representaciones *el doble* no se distingue con ningún signo propio del cuerpo a que corresponde; pero, a veces, el K*ha* está más claramente señalado por ciertos detalles que hacían imposible toda confusión. También reducían la representación del *Kha, a* un brazo puesto junto al cuerpo visible, cuya mano empuña una banderita.

Con una lógica innegable, los egipcios afirmaban que todo ser viviente tiene su propio *Kha.* Extendiendo la idea, las colectividades tenían análogamente su *doble* colectivo, compuesto por la reunión de los individuales, y así existía el K*ha* especial de la ciudad, del departamento, y de la nación. Los iniciados sabían que el *doble* también se encuentra, en las llamadas cosas inanimadas, porque no existiendo para el esotericismo iniciático, nada que tenga forma visible que carezca de adecuada vida, nada puede escapar a la ley orgánica de la duplicación en lo invisible. Esta importantísima revelación de la ciencia oculta del Egipto, fue recogida por los hermetistas de tiempos posteriores, y por ellos ha llegado hasta nuestros días. Se la supuso idea moderna hasta que el estudio más profundo de los documentos faraónicos nos ha demostrado que procedía del saber secreto sacerdotal.

Con profundo asombro, hay que confesar que los iniciados egipcios llegaron al conocimiento de los enigmas de la existencia y funcionamiento del *doble humano,* enigmas que hoy aun alcanzan muy, elementalmente los estudios de los ocultistas modernos. Que el K*ha* acompaña inseparable al cuerpo físico, es una idea casi vulgar entre nuestros psiquistas. teósofos y espiritistas; pero que el K*ha no* está precisamente condicionado dentro del cuerpo físico, sino que más bien su centro de existencia radica en otro plano de la vida, en otra región del ser, ya no es idea tan accesible a todos y tan fácil de comprender. Pues bien, hablando de esto, Sayet dice: «Ascendía a una región misteriosa del Cielo, que se supone sea la de la estrella polar, donde Hathor, la diosa de la hermosa faz, gobierna. Desde su retiro el K*ha* sigue, sin cesar, al ser humano, influyendo, mágicamente sobre él por la nuca.» He aquí la razón que justifica que se le ponga siempre detrás del cuerpo físico para actuar en la forma indicada.

En estos detalles se mezcla de un modo poco explicable, la realidad de los hechos y la interpretación alegórica, y difícil nos seria dar en esta nota una idea exacta de tal arcano del magismo, que abre las puertas a conocimientos y realizaciones de altísima importancia y no muy fácil manejo. Basta, pues, saber que este enigma de la ciencia iniciática era perfectamente conocido en las épocas faraónicas, detalle que nos permite

apreciar el inmenso grado de saber, teórico y práctico a que habían llegado los maestros de la iniciación.

Las enseñanzas del santuario imponían la necesidad de conservar, a todo trance, el cuerpo del difunto, oponiéndose, de todas maneras, al destructor proceso de la descomposición. En esto se funda la práctica del embalsamamiento y las rituales ceremonias que acompañaban la preparación de la momia. Considerándose al cuerpo -dice, Durville *(La Science Secrete)* el soporte del *doble,* era indispensable que éste hallara aquél siempre intacto en cada ocasión en que quisiera descender al plano de existencia de los seres queridos.

Llegado el instante de la muerte, el doble abandonaba el cielo, la región de Hathor, para hundirse en la tumba y permanecer junto a la momia, junto al cuerpo embalsamado, que le retenía próximo a los suyos. Uníase misteriosamente a aquel despojo de su ser psíquico, y entonces comenzaba una segunda existencia, que prolongaba en lo invisible la disfrutada físicamente sobre la tierra.

Para el egipcio la muerte no implicaba una separación absoluta, sino que era solamente un viaje y los muertos unidos a sus momias, conservaban las facultades y poderes de que disfrutaron durante su vida carnal».

Por un exceso de precaución y para anticiparse a la contingencia de que la momia pudiera ser destruida, no obstante las medidas de seguridad adoptadas en su enterramiento, los iniciados cuidaban de que el K*ha* dispusiera de otros *soportes,* y para conseguirlo, mágica y religiosamente, se consagraban ciertas imágenes del muerto, hechas en piedra o en madera que se situaban en la propia sepultura. Disponíanse varias, procurando que tuviesen el más exacto parecido y en el *Libro de los Muertos* se puntualiza el ritual para que penetre en ellos el invisible *Kha.*

Nos ocuparemos ya de otro principio de la constitución humana, el K*hu,* o sea el espíritu, la *esencia vital.* Es una llama provinente del Sol, una chispa del fuego divino. Es el elemento superior al alma *(Ba)* su fundamento, su motor y está con ella en la misma relación que la que tiene el *Kha* con el cuerpo físico. En resumen; el alma es el vehículo, la morada del Khu, y el *Khu* algo equivalente al principio animador del alma.

El *Khu* es inaccesible a las imperfecciones y pecados que engendran los estímulos de los elementos inferiores. Nada puede entenebrecer su pureza, y si el hombre acertara a seguir siempre las inspiraciones que del espíritu provienen, al ocurrir el fallecimiento, sin necesidad de depuraciones, pasaría a las alturas luminosas y eternas del corazón de Osiris. Cuando el hombre muere, *Khu* recobra su independencia, y abandona a los elementos inferiores de la vida, para reintegrarse al Sol de quien provino. Allí permanece hasta que nuevas solicitaciones del alma, le obli-

gan a descender para animar otro cuerpo. Una vez que el K*hu* abandone la inferior existencia, nada le liga ni al cuerpo ni al *doble;* para él dejaron de ser cosa suya y rotas quedan todas las anteriores correlaciones. Su destino es permanecer inmortal pasando de la muerte a la vida y de la vida a la muerte, a lo largo de la cadena de las reencarnaciones. siempre idéntico a sí mismo, siempre reconociéndose, único e invariable. Cuando la evolución espiritual toca a su más elevado término, el *Khu,* el *hombre esencial,* no vuelve a la existencia por haber conquistado la gloria de poder vivir conscientemente en el seno del Supremo Dios.

En cuanto a *Ba,* el alma humana, su destino es otro. Constituyendo lo que pudiéramos decir el cuerpo espiritual de *Khu,* siendo el centro de la vida consciente, y razonadora, cuando llega el momento de la separación, *Ba* sigue a *Khu* en la etapa de la vida en lo Invisible que constituye el período de pruebas y de purificación. Su vida no finaliza mientras el espíritu haya de volver a reencarnarse. Cuando al final del período *postmortem, Khu* asciende temporalmente a Dios. *Ba* permanece en el plano de la segunda vida esperando el instante en que el espíritu a ella descienda para realizar otra reencarnación, y cuando agotadas las experiencias espirituales. *Khu* penetra, para no volver, en las luminosas regiones de la eterna luz espiritual, *Ba* descansa y desaparece como elemento individual fundiéndose en el seno de lo Invisible.

III

LAS PROYECCIONES DEL CUERPO ASTRAL

El mediador plástico, el *doble fluídico,* el *cuerpo astral* de los ocultistas, el *periespíritu de* los espiritistas, el K*ha* de los antiguos egipcios, puede ser proyectado metódica y conscientemente siempre que el experimentador en sí mismo, disponga de una voluntad mágicamente educada y que cuente con las facilidades concedidas por un perfecto adiestramiento psíquico.

En el estado normal del *doble fluídico,* resulta invisible para la ordinaria percepción de la vista, pero, al proyectarse fuera del cuerpo, puede pasar por un muy vario grado de condensación y entonces resultará más o menos perceptible, y aun tangibles en casos especiales.

El entrenamiento para desarrollar la facultad de *desdoblarse;* es decir, de proyectar el *cuerpo sidereo* o *fluídico,* está contenido en secretas prácticas y especiales operaciones que desde indeterminable fecha utilizan y enseñan los iniciados de la India, y que conocían muy bien los iniciados del Egipto y por regla general los de todas las verdaderas iniciaciones anteriores y posteriores de diferentes épocas y países. El aprendizaje no tiene nada de sencillo, y su ejecución está llena de dificultades y temibles riesgos donde peligra la salud, la razón, y hasta la vida del imprudente.

Cuando el experimentador ha llegado a manejar con destreza esta extraordinaria facultad, consigue proyectarse a distancia, y presenciar las cosas que necesita ver en el plano visible y en el invisible. Mientras tanto, su cuerpo tangible queda inmóvil, sin vida aparente, en un estado muy semejante al de los síncopes profundos.

Hay casos en que el cuerpo presenta todos los síntomas de la muerte. La temperatura tiende a desaparecer, la respiración falta, y el corazón cesa de latir.

Por mucho que se aleje el *cuerpo astral o periespíritu* del organismo que le corresponde, continúa unido a éste por una especie de filamento o cordón de una extrema tenuidad. Este cordón es el único lazo que mantiene la unidad de vida, de forma que si por cualquier causa for-

tuita se rompe, la separación de ambos cuerpos se convierte en definitiva, y del físico sólo queda un cadáver cuya alma le abandonó para siempre. Por esto se impone una extrema vigilancia y un cuidado especial, para que el lazo fluídico no se debilite peligrosamente. De todas maneras, la experimentación en este terreno es siempre muy arriesgada cuando no está dirigida por un verdadero iniciado en estos misterios del ocultismo.

Otro de los peligros que el *cuerpo astral exteriorizado* puede correr, es el encuentro con una punta metálica o arma blanca que contra él se dirija. Por levemente que su substancia central sea alcanzada, el proceso de disolución sobreviene, y la consecuencia para el ser *exteriorizado* es un fulminante fallecimiento. Si la punta metálica sólo toca su periferia, determina la pérdida de energías vitales como ocurre con el cuerpo en los casos de hemorragia, y las consecuencias y peligros son idénticos.

Pero aun el *cuerpo astral exteriorizado* corre otros riesgos no menos temibles.

«Desde que sale el Periespíritu de su envolvente objetivo -dice Stanislas de Guaita *(La Cle* de *la Magie Noire) -se* halla arrastrado a la deriva por las ondas torrenciales que envuelven al planeta en sus torbellinos. Viene a ser esto un *Maélstrom fluí*dico, el vórtice donde se oculta Mahash, la Serpiente de Ashiah: es el vehículo rugiente de todo lo *posible* que quiere *llegar* a *ser,* de todas las virtualidades subjetivas ávidas de poder objetivarse, de todas las almas de diferentes categorías que experimentan el ansia de reencarnar. Si el *cuerpo fluídico* no consigue franquear esta corriente impetuosa, o por lo menos, si no consigue poder navegar en ella, está perdido irremediablemente.

Es necesario que triunfe de la absorción de *Yónath,* del agotamiento de *Hereb;* que pueda resistir a la acción de las fuerzas *centrífuga* y *centrípeta;* manifestaciones de los principios ocultos del *Espacio etéreo, radiante,* donde actúa, el influjo de la Vida y del *Tiempo, devorador tenebroso* que gobierna el reflujo de la Muerte.

La *Luz astral* arrastra en sus ondas los animados espejismo más repugnantes, los más terribles, los más monstruosos. Si el espanto, el odio o cualquiera otra pasión vehemente invade de pronto el alma que está en estado de *sideral salida* o *desdoblamiento,* el cordón vital se parte y el alma ya no puede volver.»

Pero aun hay más que decir, y téngase en cuenta que nada de esto son fantasías de visionarios, sino que tienen una *realidad indiscutible,* realidad *demostrable* y de orden *perfectamente experimental.*

Esa corriente de que hablamos está poblada de horribles, entidades de repugnantes formas, de monstruosos seres, cuya deformidad y espanto, no superaría el pincel de Goya, el lápiz de Doré o la imaginación del

Dante. Pues bien, estos objetivados engendros de pesadilla, viven de un modo semiconsciente: su inteligencia está casi limitada al instinto, y les domina el furor de vivir y satisfacer sus bestiales pasiones, por medio de la entrada en la vida material, de los seres humanos. ¿Cómo pueden lograrlo?

Uno de sus modos, el más terrible y frecuente quizá, es el de sorprender el organismo que ha dejado accidentalmente *vacío,* un *desdoblamiento,* una salida del *cuerpo astral,* y cuando éste regresa halla su sitio ocupado por aquel espantoso enemigo. He aquí el secreto mágico de los tristes ejemplos de demonismo, de posesión, de locura y de furiosas convulsiones y delirios que suelen cargarse a la cuenta del histerismo y de la epilepsia, tomando por causa lo que muchas, muchísimas veces, es sólo un efecto.

¿Qué ocurre entonces?
Oigamos al iniciado Stanislas de Guaita:

«Una de estas cuatro cosas: o el ocultista consigue echar a su enemigo, tomando la plaza por asalto: que es *la única probabilidad de salvación* o sucede que después de conseguir la huida del intruso, el cansancio de la lucha, no le deja fuerzas para poderse reintegrar al organismo; entonces sobreviene la muerte o entra en el cuerpo disputado, pero sin poder expulsar al fantasma que lo ocupa, y entonces tiene que convivir con el ladrón; esto equivale a la *locura,* la *monomanía* y cuando menos, a la *posesión*
O sucede que la *Larva.* queda por dueña del campo, donde vegeta sin que ya nadie la combata: entonces surge el idiotismo... »

En los santuarios de la antigua magia, detrás del altar de los Dioses inmortales, los Magos purificados a fuerza de santas abluciones y de rígidas austeridades, bajo la paternal mirada del hierofante, podían realizar, casi sin peligro, esta proeza psicúrgica. Y era precisamente la última prueba de la iniciación en los misterios de Isis. Venia a ser, en la apariencia, una especie de fallecimiento, seguido de una milagrosa resurrección; el triunfador en la prueba se denominaba ante el pueblo; *el que vive a despecho de la muerte.* Aún hoy en la India, constituye una de las secretas significaciones atribuidas al titulo de Iniciado, D*ovidja,* o sea, *dos veces nacido.*

Pero hay que admirar la serie de precauciones que rodeaban al neófito, para ponerle a salvo.
Con frecuencia no se *desdoblaba* solo: un Mentor le acompañaba para conducir a este Telémaco del misterio en su viaje por las obscuras regiones. Además, siete Magos competentes formaban la *cadena simpática* en torno del cuerpo d*el desdoblado.* En todo momento, por remoto que

fuera el temor de algún peligro, procedían sin demora a atraer aquella alma libre a su morada carnal.»

Los procedimientos para conseguir la *exteriorización* no constituyen hoy, un absoluto misterio entre los que se consagran al estudio de la magia y del ocultismo aunque no pertenezcan a ninguna disciplina iniciática oriental u occidental de las que aun hoy existen en diversos países del mundo. Tienen por base el desarrollo de los poderes de autohipnotización, favorecidos por un régimen de vida preparatorio, y por determinados ejercicios mentales. Puede facilitarse con el de determinadas substancias y drogas. Todo esto se realiza de una manera bien determinada y progresiva, de la que sería muy imprudente dar más precisos detalles.

Además de esta forma de *desdoblamiento,* que es la voluntaria y consciente, existen otras, ni buscadas ni previstas, en las que el individuo, se *desdobla* sin que acierte a saber cómo. No son éstas las que ofrecen mayores peligros, aunque el peligro siempre existe en las *salidas al astral.* Pueden producirse bajo el influjo de una emoción intensa, por virtud de un accidental estado de debilidad física, durante el sueño, en las experimentaciones del magnetismo y el mediumismo, por efecto de haber tomado ciertos productos y jugos de plantas de acción delirante y narcótica, y, en suma, por toda acción que rompa el equilibrio y enlace entre la parte psíquica y la material u orgánica del ser humano.

IV

CREENCIAS Y COSTUMBRES RELIGIOSAS DE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS

Creemos de verdadero interés para muchos lectores de esta obra, darles aquí algunos datos acerca de las creencias y costumbres de los antiguos egipcios, según se deducen de los datos recogidos por los hombres de ciencia que se han especializado en el estudio de esta importantísima civilización.

Afirma Letourneau (*«L'Evolution religieuse dans les diverses races humaines»)* de acuerdo con el parecer de los más renombrados egiptólogos, que los primitivos pobladores del bajo Egipto, pertenecían a la gran raza berebere, la que desde los tiempos de la edad cuaternaria, ocupó una considerable porción de la Europa occidental y meridional, así como también el Africa presahariana. Por exclusión, y de conformidad con las tradiciones egipcias, se hace proceder del oeste a los primeros habitantes de la región del Delta, y se les relaciona con los bereberes prehistóricos, cuyos restos fósiles se han encontrado en Cro-Magnon.

Partiendo de esta hipótesis, cada vez más confirmada, el estudio mitológico del primitivo Egipto ha de hacerse en el de los bereberes, y de ellos sólo nos quedan determinados indicios en los guanches, pobladores de las Canarias y en los Tuaregs, del Sahara.

Por lo que se sabe de los guanches canarios, en sus ritos funerales, se evidencia la mezcla de costumbres propias de ciertos pueblos de la Europa prehistórica y de algunas que se conservaron y desarrollaron en el antiguo Egipto. Así el *túmulus* funerario es muy común en Canarias; pero, con frecuencia, los *túmulus* guanches cubrían una fosa excavada en el terreno, y rodeada de grandes losas de piedra. Tampoco era excepcional que los cadáveres se depositaran sencillamente en grutas abiertas por la mano del hombre o en cavidades naturales de las montañas. Los *túmulus* guanches, están hechos con escorias volcánicas y sólo se encuentran debajo una o dos fosas. Cuando el número de fosas es mayor, están cubiertas con *túmulus* de tierra, y las sepulcrales cavidades divididas por paredes formadas con piedras puestas de canto, Frecuentemente so-

bre el *túmulus* se destaca un pequeño monumento conmemorativo, y en ocasiones, aparece éste al lado del *túmulus.*

Los restos bajo ellos inhumados, no presentan señales de ninguna funeral preparación. Inversamente otros no tumulares, han sido embalsamados, o, por lo menos, adecuadamente preparados y conservados. Dichas momias se metían, ordinariamente, en el interior de grutas de difícil acceso, tendiéndolas allí sobre unos caballetes de madera, o sencillamente sobre ramas. Junto a ellas, ha aparecido un buen número de ofrendas y objetos funerarios extremadamente pobres; cuentas de collar, palos de madera dura, vasos de arcilla y otras cosas por el estilo. El detalle de aparecer estas ofrendas, indica claramente que los guanches, creyeron en la continuación de la vida, más allá de la tumba, y su cuidado para asegurar la conservación de los cadáveres, recuerda que esa misma costumbre es típica de la civilización de los Faraones. Pero la semejanza va más allá. Como en Egipto, los embalsamadores guanches constituían una corporación especial, compuesta de hombres y mujeres, que atendían respectivamente al cuidado de la preparación de los difuntos masculinos y femeninos. Como en Egipto, los guanches practicaban las operaciones, siguiendo un método muy semejante, si bien es cierto que los antiguos pobladores de las Islas Canarias, también acostumbraban a dejar intactos los cadáveres, limitándose a someterles a un sistema de desecación que consistía en exponerles en sitios a propósito, a la acción del aire, del sol y a la del humo de hogueras alimentadas con leños y ramas verdes. La influencia desecadora del aire es bien apreciable en dichas Islas, y consta el dato, recogido por R. Verneau (*Cinq années* de *séjour aux iles Canaries)* de que en la de Tenerife, basta llegar a ciertas alturas para que los cadáveres dejados al aire libre, se desequen sin entrar en putrefacción. Cuando la momia guanche estaba bien seca, se la envolvía estrechamente con superpuestas pieles, que se cosían y fijaban aprovechando tiras y correas del propio cuero. En ocasiones, pintaban la momia antes de empaquetarla.

Pocos son los detalles que hasta nosotros han llegado respecto de las ideas inmortalistas de los guanches. Se sabe sí, que al volcán (Pico de Teide), le suponían morada de sufrimientos y castigo de las almas bajo el poder del genio maligno denominado I*ruena,* y que los fantasmas y aparecidos constituían una de las creencias más populares y permanentes.

Las divinidades guanches eran de condición fetiche. Se adoraban ciertas rocas altas, y se las suponía dispuestas a castigar a los hombres cayendo sobre sus frentes en cuanto lo merecieron por sus culpas. Para conjurar el peligro, se les hacían ofrendas. Aproximábase el sacerdote, acompañado de otra persona, y ambas sostenían la siguiente conversa-

ción: «–¿Te derrumbarás *Idafe? -Dale* lo que le traes- respondía el acompasante -e *Idafa* no caerá».

También se adoraba al sol, la luna y las estrellas, y se creía que la tierra, el agua y el aire estaban pobladas de genios y de espíritus malhechores y bienhechores. Las ceremonias del culto, se efectuaban en lugares elevados, y en las cimas de montañas, donde se sacrificaban y quemaban los animales ofrendados. A veces, las víctimas eran humanas, según dice Waitz *(Anthropology).* La carencia de agua en todas las islas, era origen fundamental de sus procesiones de rogativa a los espíritus para *que* produjeran la lluvia. Las precedían tres días de riguroso ayuno, por el que tenían que pasar también los animales domésticos, y los complementaba la más severa abstinencia de los placeres sexuales. A la cabeza de la procesión, iban las sacerdotisas, llevando hojas y ramas de palma, y recipientes llenos de grasa y de leche. Desde los lugares altos, donde presentaban las ofrendas, bajaban todos a la playa y allí las sacerdotisas golpeaban las ondas con flexibles y largas varas para obligar a los espíritus del líquido elemento a ceder el agua que se les pedía.

Las breves indicaciones apuntadas, nos permiten adquirir una idea, siquiera sea muy defectuosa, de lo que fueron las creencias y costumbres del Egipto prefaraónico, y si tenemos en cuenta que hoy se supone cada vez más verosímil que los guanches sean los restos de una raza antiquísima que alcanzó un poderoso desarrollo cultural, la raza atlante, o sea la de los pobladores de aquel inmenso continente perdido a que aludía Platón y otras y muy antiguas tradiciones del Egipto y diversos pueblos orientales: la Atlántida, tendremos que las primitivas ideas de los egipcios como en general los de la remota raza berebere, son casi desnaturalizado recuerdo de las que profesaron los atlantes, detalle que nos explica curiosas semejanzas entre los egipcios y sus construcciones piramidales y las de los antiguos dominadores del Yucatán y otros países del continente americano.

Efectivamente la pirámide egipcia puede imaginarse como un perfeccionamiento del *túmulus* guanche, aunque fuera quizá más exacto decir que el *túmulus,* era una degeneración del tipo funerario piramidal, del tipo atlante.

Los egipcios de los tiempos faraónicos no tenían para todos los cadáveres iguales atenciones. A la gente vulgar se la enterraba humildemente en la arena, sin féretro y a poco más de un metro de profundidad. En Memphis y en Tebas, se empleaba mucho el enterramiento en cavernas artificiales, que se abrían en la roca, y este procedimiento fue empleado incluso con las momias reales. Para los muertos que no pertenecieran a elevada categoría social, por casta o por posición, se construía una morada funeraria económica, hecha de ladrillos y toscamente

rematada. En cuanto a la gente rica y de alta alcurnia, los restos iban a parar a manos de los embalsamadores. Comenzaban éstos su tarea extrayendo los sesos al difunto por la abertura nasal, empleando una especie de gancho de hierro. Después, con una piedra de fino corte, denominada *piedra etiópica,* le abrían el costado y le sacaban las vísceras torácicas y abdominales. Lavaban el hueco, y lo llenaban con substancias y drogas aromáticas y cosían la abertura. Acto seguido, ponían a desecar el cadáver metiéndolo en natrón durante setenta días, y, por último, se limpiaba y lavaba para envolverle cuidadosamente con vendas de lino, y encerrarle, así empaquetado, en una caja sepulcral que tenía la forma humana. Dispuesto todo como queda dicho, se ponía el féretro de pie y apoyado contra el muro de la Cámara mortuoria. Esta forma de embalsamamiento, es lo que pudiéramos llamar de primera clase, pues se practicaban otras más sencillas, dedicadas, como es natural, a difuntos de menos riqueza e importancia que ya hallamos descritas en la Historia de Herodoto (II-86-87-88). Lo más chocante del caso es, que siendo el embalsamador en Egipto una de las personas más útiles y necesarias, teníasele por hombre tan despreciable e impuro, que siempre que era llamado para ejercer su destreza, en cuanto terminaba, tenía que salir huyendo para esquivar la furiosa acometida de las gentes. En las grandes ciudades vivían en lugares apartados y como malditos que jamás frecuentaron las personas cuidadosas de su buena reputación.

Convenientemente dispuesta la momia de un personaje, era depositada en su funeral morada, en su «*casa eterna*» que se construía con mayor cuidado y perfección que las casas ordinarias de los vivos. La tumba monumental se componía primeramente de una capilla en forma exterior de pirámide truncada. En un rincón, y más o menos disimuladamente, se abría un pozo rectangular bastante profundo. Del fondo partía horizontalmente un estrecho pasillo, que terminaba en la cámara mortuoria, labrada en el espesor de la roca subterránea, y en el centro había un gran sarcófago, hecho de piedra calcárea, de granito rosa, o de basalto negro. Cuando se cerraba el sarcófago, se dejaban junto a él en el suelo, los cuartos de los bueyes sacrificados allá arriba en la capilla, y unos grandes recipientes de arcilla roja, llenas de agua. (Véase lo que dice Maspero en su *Histoire ancienne des peuples de l'Orient).*

En la capilla exterior se ponía una estela colosal a su pie, una mesa de ofrendas tallada en alabastro, granito, o piedra calcárea. Sobre esta mesa se ponían dos obeliscos y dos pequeños altares vaciados en su vértice para recibir la viandas ofrecidas al *doble* del difunto. En la estela labrada se veía al muerto sentado delante de su

mesa y hasta se escribía, junto a su figura, la lista de los platos del banquete.

Sobre la puerta, se representaba al difunto puesto de pie y encima, sobre un ancho sillar, se grababa una inscripción que decía, por *ejemplo.-Proscineme hace a Anupu, residente en el palacio divino, para que sea dada una sepultura en el Amentit, la región del Oeste, la muy grande y muy buena, al perfecto según el dios grande, para que camine por las vías donde es bueno andar, el perfecto según el dios grande; para que tenga las ofrendas de panes, harinas y licores, en la fiesta del comienzo del año, en la fiesta de Thot; el primer día del año, etcétera, etc.* (Véase Maspero).

Del conjunto de estas noticias, surge clarísima la evidencia de que los egipcios creyeron firmemente en la vida futura, aunque por detalle, que nos conserva Herodoto, sabemos que era frecuente en las fiestas de la clase poderosa que apareciese en la sala del festín una figura tallada en madera asemejando una momia metida en su caja y que el escultor dirigiéndose a los invitados les dijera: «Fíjate en esto; come y bebe; goza de la vida lo más que puedas, porque al morir así te verás» -(lo que parece ser una invitación a poner en práctica un epicurismo que resulta muy anterior a Epicuro). Sin embargo, no cabe duda que la idea dominante entre los egipcios enseñaba que el hombre sobrevivía refugiado con su *doble.* Se creía que el ser humano se compone de un cuerpo tangible y de un *doble (ka)* exacta efigie del cuerpo, pero constituido por una materia tenue e imperceptible, en circunstancias ordinarias. (Así es como hoy se describe al *cuerpo astral* de los ocultistas y al periespíritu de los espiritistas). Luego se sublimó el concepto de la constitución humana. El hombre posee un *doble* sutilísimo; un alma impalpable (Bi, Bai); y un espíritu, o partícula de la celeste llama (khu), la «luminosa». Pero como quiera que los egipcios eran fundamentalmente conservadores, no renunciaron al *doble* primitivo (ka) y se limitaron a añadirles los *dobles* de ideación más moderna correspondientes a *Bi, Bai, Khu,* de modo que el ser humano terminó por poseer varios *dobles,* espíritus y almas. (Y esto recuerda la actual comprensión de la séptuple estructura del ser viviente que admite la Teosofía, la de nueve principios de la Kabala, la de cinco de la escuela vedanta de la India, y otras más o menos afines).

Para sobrevivir, el *doble* (ka) tenía precisión de disponer de un cuerpo suficientemente material. A este propósito respondía el cuidado de asegurársele por medio de la momificación, pero por si no bastaba, tenían los egipcios buen cuidado de fabricar remedos en madera o en piedra. Estas estatuas, que venían a ser para el *doble* unos cuerpos de *recambio,* multiplicaban sus probabilidades de asegurar la dura-

ción, y por esto se las esculpía guardando la más perfecta semejanza con el difunto y se las depositaba en gran número dentro de la capilla funeraria. Gracias a tales precauciones, el *doble* tenía a su disposición más de una morada y así corría menos riesgo de ser víctima de la muerte; pero la prolongación de su vida implicaba la necesidad de proveer a su alimentación, y como quiera que no era cosa sencilla comunicarse directamente con la sombra, se comisionaba a un dios para que le transmitiera las ofrendas.

A este dios, que por regla general, era el propio Anubis, el dios de cabeza de chacal y aun el Dios grande, Osiris, se dedicaba el sacrificio bajo la condición de que reservaría un parte de la ofrenda para entregársela a la sombra del difunto a quien se destinaba. Esta parte naturalmente no llegaba a su destino en material condición; lo que llegaba eran los *dobles* del pan, la carne y otros alimentos, (y otra vez nos hallamos frente a la idea de que todo cuanto existe en el mundo bajo forma animada e inanimada, tiene su *doble* peculiar, idea que constituye una de las más típicas singularidades del ocultismo oriental).

Y como las ofrendas reales tenían el inconveniente de ser más o menos costosas, se imaginó hacerlas votivas o, mejor dicho, verbales, bastando que alguien repitiera la fórmula de la ofrenda, para que el *doble* del difunto entrara en posesión de los *dobles* de todas las cosas enumeradas. (Los chinos tienen la religiosa costumbre de escribir en un papelito lo que envían a las sombras de los muertos, y queman estas papeles para que los difuntos reciban las *sombras* de las cosas enumeradas. Un procedimiento análogo se emplea en las evocaciones de magia negra para transmitir las imaginadas ofrendas a las entidades del mundo invisible). Así cierta estela funeraria contiene la siguiente inscripción, según nos informa Maspero en su H*istoire des ames dans l´Egipte ancienne*: -«Ofrenda a Ammon, dueño de Karnak, para que dé millares de panes, millares de patos, millares de vestidos, millares de todas las cosas buenas y puras, al *doble* del príncipe de Eutín.»

Si en los tiempos más remotos los primitivos egipcios, no consideraban la vida futura más que pura y sencillamente como una continuación de la ordinaria, el progreso de las ideas poco a poco fue llevándoles a una más complicada concepción de la supervivencia, sobre todo como dice muy acertadamente Letourneau *(L'evolución religieuse)* desde que en ella fundamentaron el premio y el castigo de los hechos de la vida terrestre. De todas maneras, tal parecer no es uniforme. Herodoto, declara que los egipcios creían que en el momento de la muerte, el alma humana tomaba cuerpo en el de un animal, desde que pasaba a otro de especie diferente. Bien se ve que esta es una vulgarísima idea metem-

psicósica, que sólo podía ser admitida por la gente vulgar. Creíase igualmente (y aquí ya reconocemos el influjo innegable de la cultura iniciática) que la existencia terrestre sólo era un instante, un episodio de la existencia inmortal. Después de la muerte el espíritu se convertía en Osiris y se hundía en la noche del ser, hasta que le llegara la hora del renacimiento. Más perfecta aun es la siguiente manera de pensar. Daremos de ella un breve resumen, porque, siendo, como es, la descrita en el Libro de los Muertos, en la nota correspondiente, nos hemos ocupado de ella con la necesaria extensión, y el autor la detalla más adelante.

Dicha forma de vida futura se efectuaba en otra tierra, y para llegar allí, al *Amentit,* había que hacer el viaje saliendo de un sitio especial, de *Abidos.*

Una vez que llegaban los *dobles* de los difuntos al mundo inferior donde estaba la sala de justicia, comparecían ante Osiris, acompañado de cuarenta y dos jueces de los muertos. A presencia del temible tribunal iban declarando el origen y razones de los hechos de su vida terrestre. Los jueces inexorables sentenciaban. Si su fallo era condenatorio, el sentenciado iba a parar al infierno, lugar dividido en setenta y cinco demarcaciones custodiadas por demonios armados de tajantes espadas. Allí pasaba el *doble* por mil suplicios y torturas, hasta que llegaba el instante de la muerte definitiva, el aniquilamiento final. (Véase Maspero). «El infierno egipcio -observa Letourneau- es positivamente el prototipo del infierno cristiano».

Para las sombras de los elegidos muy otra era su suerte. En sus manos ponían los jueces el talismán para que sin cuidado atravesasen el mundo inferior. Llegados a las regiones de Ra, el Dios-Sol, gozaban de la inmensa dicha de ver al Gran Ser Divino en un lugar de dicha indescriptible, donde la vida no rinde tributo al sufrimiento, al cansancio y al dolor.

Las almas de estos celestes lugares volvían a reencarnarse en la tierra, más si en su nueva vida física practicaban fielmente las virtudes religiosas y morales, y nunca más apartaban su pensamiento del amor y de la devoción debida a los dioses, volvían, al morir, a las celestes regiones para gozar en ellas de la inmortalidad sin retorno a nuevas existencias materiales (Champollion Figeac. *Egipte ancienne).*

Es cosa bien averiguada que los egipcios tributaban divinos honores a varios animales y plantas; pero también está ya bien puesto fuera de duda, que no era esta costumbre religiosa un grosero fetiquismo y que, por el contrario, constituía una muy extensa simbología donde se materializaban, digámoslo así, altas ideas de la doctrina iniciática. Diodoro advierte que cada localidad tenía su animal sagrado. Los habi-

tantes de Thebas jamás sacrificaban a los corderos y sí a las cabra; lo contrario hacían los de Mendes, pero con especialidad se abstenían del macho cabrío (Herodoto). Tanto en Thebas como en los contornos del lago Mocris, el cocodrilo era sagrado. De igual veneración gozaban en distintas partes cuadrúpedos, pájaros y reptiles. Para los gatos era casi universal la veneración y lo propio ocurría con los escarabajos. Cada uno de dichos animales estaba consagrado a una divinidad, y es curioso leer en antiguos autores, como Estrabón y Clemente de Alejandría, de qué manera se mantenía y trataba en los templos a los animales divinizados por las creencias.

Algunos de ellos merecieron una especialísima veneración, tal como el macho cabrío de Mendes, que era nada menos que el «alma de Osiris»; el fénix de Heliópolis; el buey de Mnevis, el «alma de Ra»; y el buey Apis, de Memphis. La muerte de este último se lloraba durante 70 días; si bien no se dejaba que el animal viviese más de 25 años.

Sus restos se embalsamaban según el procedimiento empleado para las momias de más elevada condición. Suponíase que el buey Apis había nacido de una vaca primeriza, fecundada por un rayo del sol, y que al morir, su *doble* pasaba al cuerpo de otro toro. De esta forma quedaba reconocida su inmortalidad, puesto que siempre era el mismo.

En las primitivas ideas cosmogónicas y exotéricas del Egipto, se supuso que el del cielo era una inmensidad líquida, separada de la tierra por un firmamento sólido. Los planetas eran genios o deidades que vagaban en sus barcas sobre el océano celeste de Osiris. Las estrellas venían a ser divinos luminares suspendidos de la bóveda siderea que todas las noches hacia arder una misteriosa y divina potencia, para que iluminasen a nuestro mundo.

Al revelarse el sentido metafísico de esta simbología, el océano celeste, el *Nu,* se transformó en el Ser primordial, en cuyo seno, en las infinitas profundidades del cielo, flotaron *ab-initio,* los gérmenes de todas las cosas. Este Ser, es el *Único,* el que *existe por esencia,* el *padre de los padres, y la madre de las madres* (Véase Dunaker y Maspero).

El gran dios Ammon, se le suponía adoptando la forma humana, pero este antropomorfismo resultaba de carácter figurado y convencional, como el que se atribuye al Dios de los cristianos, hasta en las mismas oraciones de la Iglesia. De menos importancia eran los otros dioses numerosísimos que en Egipto se reverenciaban, pues cada demarcación tenía los suyos locales. Estas divinidades eran masculinas o femeninas: *constituían sus respectivas familias celestes por matrimonio, tenían un hijo, siempre unigénito, y con él formaban una trinidad sagrada.*

El alto y el bajo Egipto, que durante largos años fueron dos regiones independientes, tenían cada uno su panteón peculiar, dominado por un Dios padre. En ambos, la divinidad soberana era solar. Llámase en Memphis *Ptah* y en Heliópolis *Ra*. Entre las otras deidades del bajo Egipto, descuella N*eith,* diosa de Sais, que personifica el principio femenino de la naturaleza, y también la diosa de Bubasti, *Pacht,* la amante de *Ptah,* a la que las inscripciones denominan *madre*. En el alto Egipto se adoraban dioses diferentes, mas por el nombre que por otra cosa, pues su naturaleza era la misma. La gran deidad de Thebas era *Ammon.*

Osiris e Isis fueron dos deidades que se reverenciaron en todo el Egipto. *Osiris,* el Dios bueno por excelencia, personifica todo lo noble, todo lo grande, todo lo verdadero y civilizador. Su adversario y asesino *Tiphon,* simboliza todo lo mal, todo lo violento y destructor. Osiris es una forma más concreta, más ética de *Ra* el dios solar; *Tiphon* es el
señor de la obscuridad, de las tinieblas. Isis es el elemento femenino divinizado, la personificación de la naturaleza y de la unión de ambos nace Horo, que representa la vida, la creación de los seres vivientes.

Los filósofos alejandrinos Porfirio y Jámblico, descubren bastante el fondo de maravillosa exactitud que contiene la simbología religiosa de los egipcios. Entre los iniciados sacerdotales de aquella poderosa civilización, nunca hubo más Dios que el *Unico,* el *Ser Supremo,* A*mmon-Ra* en una palabra, y todas las demás divinidades no pasan de ser un politeísmo externo y puramente simbólico, tras el que se esconde un monoteísmo puro que tiene por forma visible *al Sol.*

V

LOS CIENTÍFICOS MISTERIOS DE LA PIRÁMIDE DE KHEOPS

De las tres grandes pirámides de Kheops, Kephren y Micerinus, la primera y la de mayor tamaño, la de Kheops, ofrece el particularísimo interés de haber sido estudiada desde un punto de vista muy especial, como monumento geométrico, en cuyas dimensiones y medidas está conservada la última palabra de la ciencia egipcia en los tiempos de los Faraones, y ciertamente que nada más asombroso puede verse en ninguna otra parte, ni nada que mejor nos descubra, hasta qué punto es verídico el profundo saber que se guardaba celosamente en los misterios de la iniciación.

Es sabido que desde antigua fecha se consideraba a la Gran Pirámide como una de las siete maravillas del mundo con su altura de 150 metros, y su base que abarca una superficie de 5 hectáreas, no hay construcción que se pueda comparar con ella y es indiscutible que hoy mismo se preguntan ingenieros y arquitectos, de qué medios se valdrían sus constructores para realizar el magno problema de construir esa admirable montaña de enormes bloques de piedra soberbiamente acoplados.

Supónese que a medida que avanzaba la construcción subían proporcionalmente las calzadas en plano inclinado por las que ascendían los materiales, desde la no muy cercana cantera. Así lo dictara el historiador Herodoto: «Diez años se emplearon -dice-en construir el camino en pendiente por el que se arrastraban las piedras. Esta calzada constituye una obra no menos importante, según creo, que la de la propia Pirámide». Media 725 metros de longitud, por 19 de ancho y 15 de altura en el punto de mayor elevación. Estaba hecha con bloques de piedra pulimentada y esculpidos en ellos figuras de animales.

Los bloques, se tallaban y pulían en la cantera, según las dimensiones que habían de tener. Algunos alcanzaban increíble magnitud. A Moret menciona uno de granito emplazado en el templo que precede a la pirámide de Khiphren de 170 metros cúbicos, y de un peso de más de 470,000 kilogramos. Las piedras de 10 metros de largo resultaban ser de una dimensión corriente. Pues bien, según observa Th Moreux *(La Science Mysterieuse des Pharaons)* aquellas graníticas moles están tan admirablemente aco-

pladas, que puede pasarse sobre su superficie exterior el filo de un cortapluma sin que se encuentre la lima de juntura, aunque no están unidas con ninguna especie de mortero.
Tan asombrosa limpieza del corte estereotómico, es hoy cosa imposible de realizar tratándose de tan enormes piedras, no obstante los perfeccionamientos y potentes medios de que dispone la moderna arquitectura e ingeniería. ¿Cómo realizaron esos prodigios aquellos constructores? Enigma es que hoy no tiene fácil solución; pero, como, vamos a ver, otras maravillas se descubren en la Gran Pirámide que nos permiten asegurar que los egipcios de aquellas remotas edades, poseían una cultura científica elevadísima, frente a la cual, por mucho que mortifique al orgullo de los hombres de nuestra época, hay que reconocer que desempeñamos un papel no muy consolador para nuestras pretensiones de un insuperable progreso.

He aquí las pruebas:

Cuando los sabios que formaban parte de la expedición organizada en tiempos de Napoleón Bonaparte, procedieron a verificar la triangulación del Egipto, la Gran Pirámide les sirvió de punto de partida para establecer un meridiano central, y cuál no sería su asombro al ver que prolongando las líneas diagonales del maravilloso monumento, se delimitaba exactísimamente el Delta formado en la desembocadura del Nilo, y que el meridiano piramidal cortaba dicha región déltica en dos sectores rigurosamente iguales. ¿Qué recursos emplearon los viejos geómetras de los Faraones? Lo ignoramos; pero lo que podemos afirmar, es qué está averiguado que la orientación de la Pirámide se hizo incurriendo sólo en un error de 4' 35", es decir, en un error más insignificante que el padecido en el observatorio de París, a pesar de qué hoy se dispone de aparatos que se cree desconocían en absoluto los geodestas del Egipto.

Pero no es esto todo. Actualmente hemos recorrido la superficie del planeta en todas direcciones, y los sabios de todos los países se han puesto de acuerdo para determinar un meridiano, punto de partida de todas las longitudes. Después de muchas vacilaciones se escogió el meridiano de París (Inglaterra no tardó en sustituirle por el de Greenwich), y es lo estupendo que el meridiano ideal, por condiciones de situación que no concurren en el de París ni en el de Greenwich, ni en ningún otro adoptable, es precisamente el determinado por los sabios de los Faraones, el de la Gran Pirámide, puesto que es el que pasa por mayor número de tierras y el menor de mares; el que se transforma en exclusivamente oceánico a partir del estrecho de Behring y, lo que es más estupendo todavía; si se calcula exactamente la extensión de las tierras que el hombre puede habitar, se advierte que el meridiano de la Pirámide, las divide en dos porciones rigurosamente iguales.
Tan portentoso resultado que no puede ser casual, exige como funda-

mento que los egipcios conociesen mejor casi que se conoce hoy, la total superficie del globo, y la distribución de sus tierras y de sus mares.

¿Es esto posible?

Por el contrario; ¿hay modo de negarlo después de lo que queda dicho?

Y siguen las sorpresas:

Si hacemos pasar un paralelo por el grado 30 de latitud Norte, observamos que su recorrido abarca la mayor extensión continental. Pues bien; este círculo determina el emplazamiento de la Gran Pirámide con un error insignificante. La posición del monumento es la de 29° 58' 51" y es lo más estupendo que este error parece intencionado. Al calcular el constructor la posición de manera que un observador puesto junto a su base, viese al polo del cielo a una altura de 30 grados, era preciso que no olvidara, el fenómeno de la refracción atmosférica y para el caso que nos ocupa, el cálculo evidencia que el punto central de la Pirámide teóricamente ha de estar a 29° 58' 51" y 22 centésimos. ¿Se puede pedir una más maravillosa precisión geodésica?

Ya Herodoto, admirando el saber geométrico de los sacerdotes egipcios, es decir de los hombres iniciados en la sabiduría secreta, consigna que las proporciones entre el lado de la base de la Gran Pirámide y su altura, eran de forma que el cuadrado construido sobre la altura vertical (el eje) diera una superficie equivalente a la de cada una de las triangulares caras del colosal poliedro. Este detalle de exactitud matemática, cuya realidad está comprobada, le fue dado al historiador por los propios sacerdotes egipcios. Nada tiene, pues, de casual, y demuestra elocuentemente que la Gran Pirámide podrá o no haber servido de regia tumba, pero es, ante todo, y sobre todo, una construcción geométrica destinada a conservar en sus proporciones datos y relaciones matemáticas, dignas de aquella magnífica perpetuación. Es muy chocante que los números que corresponden a sus medidas sean las características divisiones del sistema decimal. En efecto, su base tiene cuatro lados (2 x 2); su mole cuatro aristas; sus caras son cinco, y cinco sus ángulos). Todas sus dimensiones corresponden al indicado sistema de numeración, y además pueden hallarse otros elementos numéricos, el tres y el siete, valores de una altísima significación en las clasificaciones de la filosofía hermética. ¿Resultará que los sacerdotes egipcios estaban en cuestiones matemáticas a una altura digna de equipararse con los tiempos modernos? No cabe duda que existen razones para sospecharlo, razones que forzosamente han de llenar de asombro a los investigadores de nuestros días, libres del prejuicio de no ver en la antigüedad más que ignorancia y atraso.

Véase otro y muy elocuente detalle:

Conocido es el irresoluble problema de la cuadratura del círculo y el grado de aproximación a que se ha llegado al comparar las dos cantidades

Inconmensurables entre sí, del diámetro y la circunferencia. Arquímedes halló la relación comprendida entre las expresiones $3 + \frac{10}{70}$ y $3\ \frac{10}{71}$ que traducidas en forma decimal, da el valor aproximado 3'1428. Adrian Romano calculó la aproximación haciéndola llegar hasta quince cifras decimales y la que hoy se emplea para el cálculo por considerarla lo suficientemente precisa, es haciendo a π *(Pi)* igual a 3'1415926, y en la práctica igual a 3'1416. Pues bien; para llegar a estas conclusiones, se usan métodos que se suponen completamente desconocidos en la antigüedad egipcia, dado que se apoyan en consideraciones matemáticas completamente modernas, y sin embargo, es evidente que el famoso enigma el valor π, está perpetuado en los números de la Pirámide, como se puede ver en las siguientes operaciones.

Si sumamos las cuatro cantidades expresivas de los lados primitivos de la base, obtendremos para su perímetro

Mtrs. 232'805 + 232'805 + 232'805 + 232'805 = 931'22:

lo que también podremos expresar así

232'805 x 4 = 931'22:

Dividamos ahora esta magnitud por el doble de la altura que tenía la Pirámide en la época de su construcción Mtrs. 148'208, y tendremos

$$\frac{148'208 \times 2}{931\ '22} = 3'1416 = \pi$$

«Obsérvese--añade Th Moreux *(La Science mystérieuse des Pharaons)* que este resultado no puede ser casual, pues según la ley mencionada por Herodoto, antes expresada, el ángulo de las caras debió medir 51^0 49' ; pero este ángulo es, en realidad, de 51^0 51' y resulta que la relación entre el perímetro, o sea la suma de los cuatro lados de la base, y la altura vertical, es de 3'1416 x 2; es decir precisamente la relación entre la circunferencia y el radio de un círculo. ¡He aquí como este monumento único en todo el mundo, contiene la consagración material de un valor geométrico importantísimo a cuyo descubrimiento los hombres, desde larga fecha, han consagrado sus más incansables esfuerzos! »

El cuadro de sorpresa que ofrecen las medidas de la Gran Pirámide, aún nos va ha dar un dato que eleva el portento a los límites de lo increíble.

Todos sabemos que cuando se determinó el metro como base científica de las medidas longitudinales, se halló su valor tomando sobre el de la magnitud de un meridiano terrestre, la diezmillonésima parte de su cuadrante. El problema de la unidad tipo estaría resuelto de plano, si la forma de la tierra fuese rigurosamente esferoidal, porque entonces todos sus meridianos tendrían la misma longitud; pero averigudo que la forma de nuestro globo no es exactamente regular, resulta que el metro es medida exacta con relación a un meridiano determinado, mas no con relación a todos, por lo que pierde su pedido carácter de fijeza y universalidad. Los geodestas han buscado otra magnitud terrestre que resulta invariable y hallan que no puede ser otra que la del eje polar, o la de su mitad, el radio, que resulta invariable, en un periodo de millones de años más que suficiente para darle la condición de absoluta permanencia requerida. Pues bien, esta unidad está hallada y existe en la base de la Gran Pirámide del modo que demuestra Moreux.

Los egipcios medían por codos y pulgadas y los había de dos clases: una, los de las medidas vulgares, y otra, las sagradas de las que sólo se valían los sacerdotes. Esta última es la que se ha empleado en la Pirámide de Kheops, o sea el codo piramidal, que se divide en 25 pulgadas piramidales. Habída cuenta de que el codo piramidal, vale m. 0'635660, si se multiplica este número por 10.000,000, se encontrará el valor que la ciencia de nuestros días asigna al radio polar de la tierra.

«El número de kilómetros es exacto -dice Moreux- el error reconocido universalmente afecta a la cifra que sigue que es un 6 en vez de un 7; pero nuestras medidas actuales conservan aun una incertidumbre del mismo orden de magnitud. ¡Así, pues, el codo sagrado representará la diezmillonésima parte del radio polar de la tierra con un valor de aproximación llevado a una centésima de milímetro, sobre poco más o menos; »

El eje de la tierra traza en el espacio un gigantesco cono. Este movimiento en torno de un punto central, tiene una duración de 25,000 años transcurridos los cuales el eje ocupa la misma posición que antes tenía. El astronómico fenómeno fue descubierto por Hipareo el año 130 a de J. C. Lo chocante es que el famoso hecho esté traducido en magnitudes de la Gran Pirámide. Para verlo basta sumar el número de pulgadas piramidales que miden las dos líneas diagonales de la base del monumento. El resultado da la cifra 25,800 cuyo valor de aproximación es igual al que obtienen los cálculos de nuestros días.

¿Conocieron los antiguos la duración del año trópico con la necesaria exactitud? Pudiera ser; pero, de todas maneras, es innegable que si multiplicamos la ya citada cifra 3'1416 (valor de π) por la longitud de la antecámara que precede a la Cámara real de la Gran Pirámide, hallamos el

número 365'242, que implica una exactitud no alcanzada ni por los griegos ni por los romanos.

Calculemos ahora el volumen de la Gran Pirámide, y multipliquemos la cifra por 2'06, valor de la densidad media de las piedras con que ha sido construida. Los tres primeros guarismos hallados, nos dan la densidad de la tierra, la cual, según modernas averiguaciones, es de 5'52. Si tomamos como unidad de peso la de un codo cúbico, teniendo la densidad media de la tierra, veremos que el peso de la Gran Pirámide está respecto del asignado al globo terrestre, en la proporción de

15 3.5
1 a 10---- o 1 a 10---- He aquí otra coincidencia rara.

La Cámara real que existe en el centro de la Gran Pirámide, contiene lo que, sin muy sólido fundamento, se ha denominado el sarcófago del Faraón. Está tallado en granito rojo, prodigiosamente pulimentado, y viene a ser un gran cajón de piedra de ángulos rigurosamente rectos, sin ninguna especie de tapa, ni la menor huella de que nunca la haya tenido. No es posible creer ya que sirviese para contener ninguna momia y su objeto sería un impenetrable arcano si el estudio de sus dimensiones no nos revelara que es, lo propio que toda la Pirámide, una reliquia del profundo saber faraónico.

Su cavidad interior mide 1 m. 97 de largo por O m. 85 de ancho. El volumen exterior es exactamente el doble del correspondiente a su capacidad. Las aludidas dimensiones hacen que sea absolutamente imposible que haya sido puesto allí, el pretendido sarcófago, después de estar concluida la construcción de la Pirámide, toda vez que la puerta de entrada no le permitiría pasar. Es, pues, indudable que ese misterioso cofre de granito nunca sirvió para encerrar restos mortales, y si que viene a ser un pétreo patrón geométrico egipcio, donde los iniciados leían los números correspondientes a unidades y magnitudes de sus adelantadísimas ciencias matemáticas, astronómicas y físicas.

En Astronomía la Gran Pirámide prueba que los egipcios habían llegado a conseguir enormes progresos. Actualmente y después de las delicadísimas observaciones y comprobaciones que el cálculo requiere, ayudándose con los aparatos de alta precisión que maneja el astrónomo moderno, se ha llegado a sentar que la distancia del sol a la tierra es, en números redondos, de 149.400,000 kilómetros, existiendo un error de 70,000 únicamente, o sea de diez veces el valor del radio terrestre.

Si multiplicamos la altura de la Gran Pirámide por la unidad seguida de seis ceros, tenemos la cifra 148.208,000, valor sólo aproximado, es verdad, de la otra antes dada, pero su aproximación, es bastante más perfecta que la que corresponde al número dado oficialmente por la cien-

cia astronómica antes del año de 1860, que era de 154.000,000 de kilómetros.

Multipliquemos ahora la pulgada piramidal por la unidad seguida de ocho ceros, y tendremos la magnitud del recorrido de la tierra en su movimiento de traslación, al cabo de veinticuatro horas.

Otro detalle. El corredor de entrada de la Gran Pirámide está perfectísimamente orientado hacia la estrella polar, y su profundidad y estrechez permite que dicha estrella pudiera ser observada en pleno día.

Otros mil indicios de innegable importancia, podrá hallar el lector en obras como la de Piarri-Smith y la de Th Moreux. Este autor dice:

¿Cómo y en virtud de cuáles procedimientos, los astrónomos de aquellas épocas llegaban a poder calcular y predecir los eclipses? Muchas son las hipótesis que se han ideado, pero en realidad ignoramos casi totalmente los arbitrios empleados. Acomodándose a una costumbre, muy seguida por los caldeos y los sacerdotes egipcios, las tabletas de aquellos sólo contienen escuetamente los resultados y los procedimientos quedan en las sombras de lo desconocido. Opino que los sabios de aquellas remotas edades guardaban celosamente el secreto de sus maneras de proceder, que sólo pasaban de unos a otros oralmente perpetuándose, de siglo en siglo, en el misterio guardado por las castas privilegiadas».

VI

LA VIDA POSTUMA, SEGÚN LAS REVELACIONES FILOSÓFICAS DE PARACELSO

El famosísimo Paracelso curioso naturalista, médico y filósofo del siglo XVI, que de modo, no bien conocido todavía, demostró poseer los más altos secretos de la iniciación hermética, dejó esparcidas en sus obras numerosas indicaciones referentes a la vida «potsmortem» y las entidades que pueblan el llamado *mundo astral.*

El resumen de estas enseñanzas, indudablemente salidas de las que transmiten los adeptos a sus discípulos, y que constituyen la permanente doctrina oculta de la iniciación, sirvieron de hermoso y clarísimo complemento a la sabia disertación de Durville basada en el *Libro de los Muertos.*

Pneuma, o el alma, significa, según la filosofía paracelsiana, un espíritu semimaterial, una forma o elemento constitutivo del ser humano, que no es material en el sentido corriente de esta palabra, ni tampoco algo que pueda denominarse un *espíritu puro.* Puede estar dotada de alguna, o de ninguna inteligencia, y su verdadero carácter es el ser algo así como un eslabón, que une y enlaza al espíritu con el cuerpo; más téngase en cuenta, que existen entidades que pertenecen enteramente a la condición del alma, y que carecen de cuerpo tangible o físico. Cuando el hombre muere, el alma sobrevive, y sus creencias superiores van a constituir la substancia del cuerpo del *ser paradisíaco,* el ser del *Devachán* de los teósofos. En cuanto a las esencias o elementos inferiores del alma, una vez que de ellas se ha separado el espíritu, comienzan su proceso de disolución en el medio *astral* a que corresponden, lo mismo que el cuerpo físico se desintegra y disuelve en el seno de la tierra.

El proceso de desintegración, no se verifica inmediatamente de acontecer la separación del alma y del cuerpo, y, por el contrario, puede tardar bastante hasta que esté completamente ultimado. Lo que constituía la mente del hombre (el *astra)* continúa existiendo después de la muerte, aunque el *astrum* no es la persona a que el *astrum* perteneció. Si el hombre fue en vida un gran sabio, un mago, un ocultista, por ejemplo,

su espíritu continuará demostrando el dominio intelectual de estas materias, y *ciertamente que podremos aprender muchas cosas en la siempre posible comunicación con estos espíritus.* Esta afirmación, perfectamente esotérica, justifica sobradamente el punto de vista de los espiritistas, *que nunca ha sido negado por el ocultismo.*

Pero téngase muy en cuenta, que el supremo trance de morir, es doble; o lo que es lo mismo, que el hombre pasa por dos muertes; una implica la separación del alma y del espíritu al escapar del cuerpo material, y otra, que sobreviene más tarde, cuando el espíritu se separa del alma. Mientras que esta última no ocurre, el ser fallecido continúa pensando y viviendo en el *astral* como vivía y pensaba cuando pertenecía al mundo material de la existencia ordinaria, o terrestre, y cuando dicha segunda muerte tiene lugar, es cuando se separan los principios inferiores de los superiores del ser, que, privado de las relaciones exteriores que establecía mediante el alma, se reconcentra en sí mismo, vive sólo contemplando la realización de sus más elevados ideales, y gozando de la felicidad que éstos le prometían, sumido en el seno de Osiris, según expresaban los egipcios, o en su *devachan;* según afirman los orientales, y sus discípulos, los teósofos.

Mientras el hombre vive encerrado en su *cuerpo astral,* realiza una forma de existencia que en nada, *para él,* se distingue de la material que disfrutó. Los *cuerpos astrales* son invisibles para nosotros *en circunstancias ordinarias;* pero entre ellos las formas astrales se ven perfectamente y estas formas no están desprovistas de sensación y de facultades perceptivas. Es más; ejecutan con el pensamiento lo que ejecutaban en vida corporal, y creen firmemente que lo que piensan, materialmente lo realizan. Estas entidades perduran en la *atmósfera astral* de la tierra, todo el tiempo necesario para terminar el período de su reencarnación aun no ultimado. Paracelso les distingue con los nombres de *caballi y Lemures.* El ansia de saciar los deseos y apetitos pasionales que les dominaron en vida, les obliga a buscar el modo de satisfacerlos. Instintivamente se sienten atraídos hacia las personas de condición pasional correspondiente a su manera de sentir, y a los lugares donde puedan calmar su sed de sensaciones y deleites. Simpatizan con los seres de aptitudes especiales ahora llamadas *mediums* por los espiritistas, y acaban por apoderarse en tal forma de estos individuos a los que inducen y obligan, *casi irremediablemente,* a cometer numerosas inmoralidades y hechos vergonzosos, llegando hasta el extremo de sugerirles la ejecución de crímenes.

Si esta especie de fallecidos, cometió en vida algún hecho criminal, el remordimiento les encadena en el sitio donde fue perpetrado; si, por ejemplo, dejaron en lugar oculto dinero o cosas de valor, la codicia y el avariento afán de conservarlas, les ata en el paraje donde estén ente-

rradas. El amor pasional les transforma en *vampiros* de la persona carnalmente amada por ellos, cuando en el cuerpo *sidéreo* de ésta encuentran elementos afines por donde puedan establecer el enlace, pues si no existiere dicha afinidad, el *doble fluídico* de la víctima no puede ser dominado, ni durante la vida ni después de la muerte, por ningún *astral* de inferior condición.

Paracelso enseña *(De animabus mortuorum)* «que, en determinadas ocasiones, esas entidades pueden hacerse visibles y manifestarse de alguna otra manera. Pueden aparecer bajo forma corpórea o permanecer invisibles y producir sonidos, ruidos, contactos, silbidos, gemidos, suspiros, pasos, etc., pueden arrojar piedras, empujar los muebles, y todo esto lo hacen con la intención de atraer la atención de los vivos, a fin de establecer una pronta comunicación con ellos».

Pero no todas las entidades invisibles que rondan las viviendas de los mortales y que pueden hacerse visibles en ocasiones y así tangibles, son de esta especie. Las hay de otras clases, y una de ellas es la de los *fantasmata.* Son éstos entes parecidos a los espectros y raciocinan como los hombres. Procuran adherirse a los seres humanos, con particularidad a los débiles de espíritu, y que, por ende, son fáciles de dominar. La expresada categoría de, «*espíritus nocturnos*» se divide en muchísimas clases. Los hay de buena y de mala condición para el hombre, unos voluntariamente quieren ser sus amigos; otros antes buscan la manera de dañarle; pero todos no cesan de aproximarse a él, con bueno o con mal deseo. No hay que olvidar que casi nunca son útiles a las personas, y que su vecindad más bien perjudica que favorece. Está averiguado que el coral rojo les ahuyenta, y que temen el poder destructor de las armas blancas puntiagudas, y de cualquier instrumento de metal bien aguzado.

Contra la muy extendida creencia de que a las entidades del *mundo astral* vulgarmente denominados «malos espíritus» Se les combate con el agua bendita, las oraciones y otras fórmulas del ritual eclesiástico, Paracelso y sus discípulos opinan que de nada sirven. Dice el maestro *(De Philoph. Occul.):* «Si amamos a la fuente de todo bien, con todo nuestro corazón, mente y deseo, podemos estar seguros de no caer nunca en poder del mal; pero las ceremonias sacerdotales-aspersiones de agua bendita, quemar incienso y recitar fórmulas conjuratorias- no son más que puras invenciones de la vanidad clerical, y, por lo mismo, tienen su origen en la fuente de todo daño».

Otra especie es la de los *incubos* y *sucubos.* Paracelso los define *(De orig morbo invis):* «La imaginación es la causa de los *incubos* y los *sucubos* y de las *larvas fluídicas.* Los *incubos son* masculinos, y femeninos los *sucubos.* Son los engendros de una imaginación intensa y lasciva de hombres y mujeres, que, después que toman forma, desaparecen. Están for-

mados del esperma que se halla en la imaginación de los que cometen el pecado contra natura de Onan, en pensamiento. Y proviniendo, como proviene de la imaginación, no es, en realidad, *esperma* sino un elemento engendrador equivalente... Procedente de la imaginación nace en *A*more H*ereos.* Esto significa una clase de amor, según el cual, un hombre puede imaginarse a una mujer, o una mujer a un hombre, para cumplir el acto connubial en la esfera de la mente, con la imagen creada. De semejante acto resulta la expulsión del fluido etéreo inútil, estéril para engendrar un niño, pero capaz de producir una *larva.* Dicha ideación es la madre de una impúdica lujuria, que de continuar, llega a hacer al hombre impotente, y estéril a la mujer... Esta es la ordinaria causa de las molas, abortos, fracasos y malas formaciones del embarazo La imaginación, es un gran poder y si todo el mundo conociera las cosas extrañas que puede producir el poder de la imaginación, las autoridades se cuidarían más de que todos los vagos fueran a trabajar, empleando su tiempo en forma útil, y tendrían cuidado más de los que no sirven para gobernar su propia imaginación, a fin de impedir que resultasen malas consecuencias. »

Entre los seres que existen en el *astral,* hay algunos de especialísima condición que Paracelso describe de un modo portentosamente claro y es lo chocante que esta especie de entidades han constituido un secreto de la iniciación en las cosas del mundo invisible, hasta mediados del siglo XIX, que fueron dadas a conocer por los ocultistas orientales y occidentales, bastante más obscuramente que como las hallamos detalladas en los escritos de Paracelso.

Uno de ellos es el Dragón, que puede aparecer bajo forma diabólico-humana, y practicar así el coito con las mujeres que se han consagrado a los ritos de la brujería. Está engendrado por la imaginación en el paroxismo de los furores eróticos, y su índole es francamente demoníaca. Otro es el denominado *Basilise* y a la misma categoría pertenecen *Aspis* y *Leo.* Pero si estas creaciones de la imaginación perversa y erótica, constituyen verdaderos tipos de la que las individualiza, los paracelsianos hablan de otras mil proteicas y monstruosas, bajo el aspecto de hombres-arañas, de humanas cabezas con cuerpos de reptil, de horribles caras, etcétera, etc., *que pueblan los bajos fondos del* mundo *astral.*

«Cuando estas formas son lo suficientemente densas, se las ve como una sombra o niebla de color. No tienen vida propia; la toman del sujeto que les dio el ser. Frecuentemente las engendran los idiotas, los individuos inmorales, depravados o de condición enfermiza, que hacen una vida solitaria e irregular, y que se entregan a viciosas prácticas. La coherencia de las partículas que componen los cuerpos de estas entidades no resulta muy enérgica, y, por lo mismo, al aire, la luz, el fuego, las puntas y las

armas las destruyen. Vienen a ser un apéndice aéreo del cuerpo de sus engendradores, y hay algunas veces tan íntima relación entre ellas y el cuerpo de sus padres mentales, que si se daña o hiere a los primeros, se transmite la lesión a los segundos. Son parásitos que extraen la vitalidad de las personas que les atraen y que prontamente pueden agotar la vida de éstas, si no son de condición muy fuerte».

Paracelso conocía muy al detalle los misterios del *mundo astral,* y esos misterios son los de la iniciación *siempre la misma,* desde los remotos tiempos del Oriente hasta la época actual. Conocedores de este importante extremo, podremos darnos cabal idea de lo que contenía el secreto iniciático de los egipcios, dado que las ocultas enseñanzas de entonces no son diferentes de las de la India, por ejemplo, ni de las profesadas posteriormente en cualquier fraternidad iniciática donde quiera que existiese. Y que esto es así, sobradamente lo demuestran las constantes concordancias de los documentos egipcios con lo revelado acerca de otros de diversos lugares y épocas. Si no existiese un fondo común en todos, habría que atribuir la semejanza a una serie de casualidades, positivamente inadmisible.

VII

LA TABLA DE ESMERALDA

La famosa Tabla de Esmeralda, uno de los documentos más curiosos que poseemos, que aparte de su significación alquímica tiene otra más amplia, universal y cosmológica, se supone que tiene una antigüedad de cinco mil años, y se refiere que este texto, que resume las más profundas verdades del esoterismo iniciático del antiguo Egipto, estaba grabado en una esmeralda de enorme dimensión descubierta por Alejandro Magno en la tumba de Hermes. Poco importa la insostenible realidad de esta leyenda, ni que la tabla esmeraldina cuente efectivamente, o no, los siglos que se le atribuyen. Que no pase de los tiempos de los filósofos alejandrinos, o que aun sea de fecha posterior, nada importa, porque nadie duda que encierra en su misterioso lenguaje la doctrina de los antiguos iniciados del Egipto, y esto es lo fundamental.

A propósito de ella, dice el sabio ocultista Stanislas de Guaita. *(La Clef de la Magie Noire,* pág. 113): «Para penetrar en lo más íntimo del asunto de la *luz astral,* abordemos el estudio de la *Tabla de Esmeralda,* de este texto revelador que nos ha legado el viejo mundo. En ella está magistralmente descrito el equilibrio universal y su agente. No todos los que se lo propongan, conseguirán descifrar este antiguo documento de los Misterios Egipcios. Muy adecuado para despistar a la gente profana, su laconismo raro y primordial encanta al estudioso investigador de las causas, ofreciendo a su perseverante sagacidad, mayor número de profundas interpretaciones que el de palabras que constituyen la relación. Poco a poco, y ordenadamente, las va descubriendo y así los sucesivos enigmas se despojan de su último velo, como las diosas rivales de la belleza, se desnudan ante el real pastor del Monte Ida.»

Comenzaremos por traducir la versión latina de Khunrath, Indudablemente, es la forma más primitiva que de la Tabla de Esmeralda conservamos:

«Palabras de los arcanos de Hermes.

Es verdad, sin mentira, es cierto y veracísimo: lo que está debajo es

como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está debajo, para el cumplimiento de las maravillas de la cosa única.

Y lo propio que todas las cosas se han hecho de una sola, y por mediación de una sola, así todas las cosas, han nacido de esta misma cosa única, por adaptación.

El Sol es su padre, la Luna es su madre; el viento la llevó en su vientre y la Tierra la crió.

Allí está el padre del universal Telesmo del mundo entero.

Su potencia está entera, cuando ella se ha metamorfoseado en tierra.

Tú separarás la tierra del fuego; lo sutil, de lo espeso, con suavidad y extrema destreza.

Asciende de la tierra al cielo y rectamente desciende del cielo a la tierra y recibe la fuerza de las cosas superiores e inferiores.

Así alcanzarás la gloria del universo entero; por ella toda obscuridad huirá de ti.

Allí reside la fuerza fuerte de toda fuerza, que vencerá a toda cosa sutil y penetrará a toda cosa sólida.

Así, el universo ha sido creado: de ella provendrán adaptaciones maravillosas, cuyo modo está aquí.

Por eso yo he sido llamado Hermes Trismegisto, poseyendo las tres partes de la filosofía del universo entero.

Lo que he dicho sobre el magisterio del Sol está completo».

Ya queda dicho que la Tabla de Esmeralda se atribuye a Hermes Trismegisto, supuesto autor, que no es más que el nombre colectivo adoptado en la antigüedad por una agrupación y sucesión de iniciados sacerdotales. Clemente de Alejandría le adjudica la paternidad de 42 obras o tratados. Desgraciadamente de todas ellas, sólo poseemos, aparte de la Tabla de Esmeralda, el *Poemander o Pimandro y Asclepios* o el *Discurso de la Iniciación.* El neoplatónico Jámblico, eleva el número de obras de Hermes a la friolera de 20,000, pero no da los títulos que por si solos constituirían un largo escrito.

Luis Menard, el notable traductor de las obras herméticas, profesa el parecer de que Hermes es un nombre de agrupación, un nombre colectivo. La afirmación de Jámblico es, probablemente, un dato en el que impera el valor alegórico, pues por mucho que escribieran en la sucesión de los tiempos los que tomaban el nombre de Hermes, es más que dudoso que llegaren a producir 20,000 tratados. Tampoco es posible saber si *Pimandro* y *Asclepios* son obras de un solo autor y si sus textos corresponden a una sola época. Pero sea como fuese (porque tal detalle carece de importancia doctrinal para el Hermetismo), ambas obras tienen un alto valor iniciático, y de una y otra, daremos noticia, siquiera sea muy brevemente.

En *Pimandro,* Hermes todavía incluido en la categoría del discipulado, recibe las enseñanzas de *Pimandro* o sea la consciencia superior directora del hombre cuando se somete a las órdenes de la inteligencia soberana o divina. Según esas orientaciones, primeramente el discípulo ha de saber mirar el espectáculo del mundo creado, en el cual cada ser es la imagen de una realidad superior. Debe admitir la ciencia para poseer mayores medios de acercarse a la inteligencia infinita, y perfeccionarse en el conocimiento. Debe estimar este saber, tan necesario, por encima de todas las alegrías materiales, y por esto ha de ser sobrio, ha de despreciar los placeres físicos, que sólo conceden una satisfacción vana y fugaz, que se paga bien caramente con el entorpecimiento de la inteligencia. La sabiduría, al contrario, nos proporciona dichas inefables, y nos conduce a alturas llenas de luz, que no pueden escalar la generalidad de las gentes. Cuando las pasiones quedan dominadas, y sólo le queda al hombre la sensibilidad precisa para saber sentir los males que otro hombre sufre, el adepto debe abrir su corazón, buscar en lo alto un guía, un maestro de su inteligencia, y así ayudado, saber caminar por los caminos de perfeccionamiento que a Dios conducen.

«Lo primero que hay que hacer -dice Pimandro a su discípulo- es desgarrar esas vestiduras que te cubren, esos ropajes de ignorancia, principio y fundamento de la perversidad, cadena de la corrupción, cubierta tenebrosa, muerte viviente, cadáver sensible, sepulcro que contigo llevas, ladrón doméstico, enemigo en el amor, celoso en el odio. Tal es la vestidura adversario que llevas sobre ti. y te atrae hacia abajo, temiendo que la percepción de la verdad y del bien, le haga odiar la maldad de tu enemigo, y descubrir los traidores lazos que te tiende, obscureciendo a tu vista lo que nos resulta a los demás claro, ahogándote en la materia, haciendo que te embriagues con infames voluptuosidades, todo, en suma, para que nunca oigas lo que a tus oídos les conviene oír, y para que jamás veas lo que a tus ojos les conviene ver».

En el *Pimandro,* se especifican las doce imperfecciones de que el discípulo se ha de desembarazar, antes de acometer la realización de cualquier obra iniciática. La primera es la ignorancia, la segunda la tristeza, la tercera la intemperancia, la cuarta la concupiscencia, la quinta la injusticia, la sexta la avaricia, la séptima el error, la octava la envidia, la novena los procederes capciosos, la décima la cólera, la undécima la temeridad, la duodécima la maldad.

Estas doce cualidades gobiernan a otras más numerosas todavía.

«Por la prisión de los sentidos, someten al hombre interior y le hacen esclavo de las pasiones. Poco a poco, se alejan de quien Dios mira con ojos de piedad, y he aquí en lo que consiste el modo y la razón de los renacimientos».

En *Asclepios* encontramos igualmente otros conceptos de índole iniciática. Contiene el discurso de Hermes en la iniciación de su discípulo Asclepios.

Hermes le inicia y le demuestra, que, no obstante, la multiplicidad de sus manifestaciones y de sus imágenes en la teogonía egipcia, *no existe más que un solo Dios y que sólo El tiene derecho a recibir nuestras adoraciones.* Este Supremo Ser es *Ammon-Ra,* la luz secreta, la energía universal.

«*No ll*ames –advirtió- a nadie más que a Ammon porque cualquier plática acerca de las cuestiones más sagradas de la religión, sería profanada por la presencia de un auditorio muy numeroso. Constituye delito de impiedad entregar al conocimiento de muchos un tratado tan lleno de la majestad divina».

En otro lugar dice:

«Uniéndose a lo divino, el hombre desdeña lo que en él hay de terrestre y se adhiere por lazos de caridad a todos los demás nacidos, y así, se reconoce necesario en el orden universal. Contempla el cielo en el feliz lugar donde se ha situado; ama a todo lo que está por debajo de él y es amado por todo lo que está encima. Cultiva la tierra; se apodera de la rapidez de los elementos; su penetrante mente baja a las profundidades del mar.

Todo se hace claro para él. Ya el cielo no le resulta tan elevado, porque se lo aproxima la ciencia; la lucidez de su espíritu ya no está ofuscada por las espesas brumas del aire; la pesantez de la tierra ya no constituye un obstáculo para su labor, la profundidad de las aguas no le enturbia la vista. Abarca todo y en todo permanece, siendo siempre el mismo».

Los tres documentos atribuidos a Hermes, tienen la inmensa ventaja de darnos a conocer el valor e importancia de la iniciación egipcia. Todas las posteriores en otro países, son más bien un reflejo de la faraónica, que una sucesión legítima. Podemos decir que desde el punto de vista esotérico, en Egipto finaliza el período iniciático de la historia del mundo que nos es conocida.

VIII

EL EMBRUJAMIENTO

Los procederes del embrujamiento benéfico y maléfico, empleando la figurilla de cera, aún son más antiguos, y de su uso tenemos ya elocuentes pruebas que se remontan a los apartados tiempos de la civilización védica, cuando aun el Egipto estaba ocupado por sus pobladores prefaraónicos. Las tradiciones indias pretenden que estos arbitrios de la acción maleficiadora tienen origen en las costumbres mágicas de los pueblos que habitaron el sumergido continente de *La Atlántida,* y quizá en el anterior, *La Lemuria.* En el estado actual de nuestros conocimientos prehistóricos, no es fácil ni dar ni quitar la razón a estas revelaciones de la tradición oriental. Lo que sí es cierto es que esta costumbre de *goéticos,* resulta antiquísima, y que en las más remotas civilizaciones se habla de ella como de cosa provinente de una mayor antigüedad.

Durante la edad media, los brujos la practicaron y en las causas inquisitoriales, abundan los testimonios donde se describe con gran lujo de detalles.

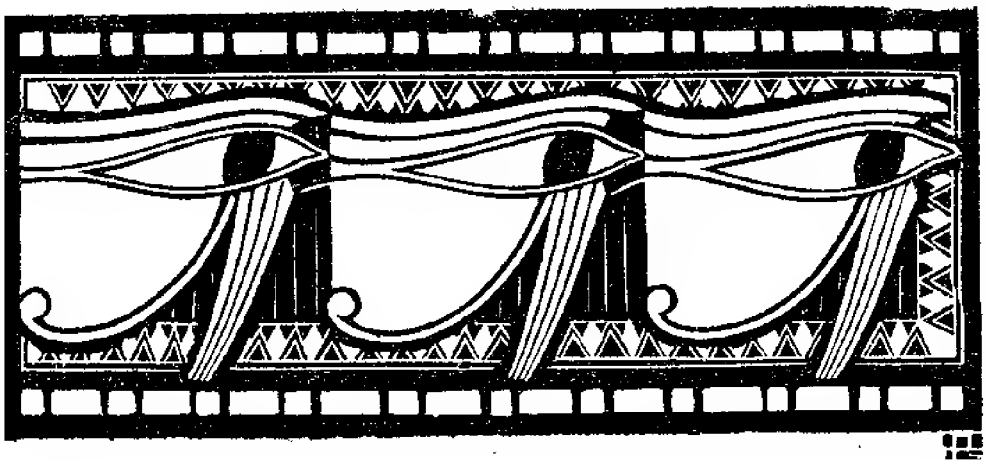
El asunto no hubiera merecido una preferente atención si las investigaciones modernas de A. de Rochas y otros, tomando por base ciertos experimentos del hipnotismo, no diesen al curioso fenómeno un carácter de REALIDAD DEMOSTRABLE que ha producido el más justificado asombro. Los trabajos de muchos investigadores PRUEBAN QUE ESTA ESPECIE DE MALEFICIO ES POSIBLE; que no pertenece al dominio de la pura fantasía; que tiene por base el curiosísimo hecho de la *exteriorización de la sensibilidad,* y que cualquier persona, bien informada, puede reproducirle con relativa sencillez.

EXPLICACIÓN DE LAS FIGURAS

«La inteligencia humana, dada su escasez de alcance, no puede abarcar ciertas altísimas ideas, y por eso es indispensable que se las presente bajo la forma de imágenes».

HENRI SUSO.

(Retraite mystique, 4 jour).



IX

EXPLICACIÓN DE LAS FIGURAS

ESCENAS INICIATICAS Y PEN'TÁCULOS MÁGICOS
(dibujos del autor)

Todas las escenas iniciáticas intercaladas en el texto, están sacadas de las ilustraciones del *Libro oculto de la Morada.,* Las hemos copiado cuidadosamente de la edición de Lepsius (Leipzig, 1842), poniendo gran esmero en conservar a las figuras su carácter hierático. Cada escena va acompañada de una breve explicación, y relativamente a casi todas ellas en el texto encontrará el lector los detalles complementarios.

Los pentáculos mágicos, se han diseñado ciñéndose escrupulosamente a los modelos originales. La mayoría proceden del *Libro oculto de la Morada..* Algunos que no figuran en este documento, han sido copiados de otros papiros, de las pinturas que adornan las cajas de los sarcófagos, de los bajo-relieves esculpidos en los templos, y de las pinturas de los frescos que decoran el interior de los hipogeos.

ESCENAS INICIÁTICAS Y PENTÁCULOS MÁGICOS
(Dibujos del autor)

OSIRIS
(Página 7)

En las ceremonias iniciáticas, el Gran Sacerdote se presenta revestido de los atributos de Osiris, el Ser bueno, el Maestro y Señor de la vida, de los años y de todas las cosas. Se cubre con la mitra de cuernos de carnero, en la cual están puestas lateralmente las dos plumas, emblema de la Verdad, la Justicia y la Razón. En las manos tiene el látigo del divino Boyero, divisa de su dominación de las fuerzas elementarias, y el cetro de la *Doble-Tierra* que da fe de su poderío omnipotente en los dos mundos; el visible y el invisible.

EL NIÑO-REAL Y SU DOBLE
(Página 10)

Fragmento de una escena relativa al nacimiento de Amenophis III.

Una sacerdotisa osíriana, presenta el niño-real a Amon, el Dios supremo. El niño va acompañado por su *Doble.* Este lleva sobre la cabeza la insignia de Horo, coronada con el gavilán sagrado. En la insignia-estandarte se va trazada en caracteres jeroglíficos la divisa del Dios.

DISCO SOLAR, ÚREUS Y ALAS DESPLEGADAS
(página 11)

Ra, el Invisible, el Desconocido, se oculta en el ojo solar. Desde su morada eterna, el Dios supremo abarca a la naturaleza toda, y los ú*reus* y las alas desplegadas, declaran su poder sobre ambos mundos: el visible y el invisible.

UNA SACERDOTISA LLEVANDO EN SU MANO DERECHA MÁGICOS COLLARES
(Página 22)

Figura copiada de un bajorelieve relativo al nacimiento de Amenophis

III. Es una sacerdotisa que en la escena esculpida se dirige hacia el Gran Sacerdote. Con una mano hace el signo de adoración y con la otra, sostiene los tres collares que se pondrán en el cuello del Niño-real. Los lazos, los collares, los brazaletes y los nudos, tienen por objeto sujetar las corrientes de Vida invocadas y atraídas por la mágica operación. De cada collar pende una cruz *ansada,* emblema de vida espiritual.

SACERDOTISA DE ISIS
(Página 23)

En Egipto, únicamente los Dioses, y sus representantes, los divinos Magos, podían permanecer sentados.

Permanecer puesta en cuclillas, revela en esta representación que la sacerdotisa es una iniciada en los más secretos Misterios y que ya forma parte de la reunión de Dioses.

La sacerdotiza tiene detrás de sí las dos alas desplegadas, símbolo de los mundos visible e invisible, mundos que la iniciada domina con sus dos brazos extendidos.

En las manos tiene la cruz *ansada,* imagen de la vida universal, y el *Sistro,* instrumento mágico. Cubre su cabeza el tocado de Isis.

OFRENDA PROPICIATORIA
(Página 30)

Para conseguir el apoyo de las fuerzas superiores, los iniciados ofrecían presentes a los Dioses.

En esta figura, una sacerdotisa osiriana, cuya frente ciñe el *ureus,* ofrenda frutas y confituras. Es el presente propiciatorio, que periódicamente repetirá con ocasión de celebrarse las grandes ceremonias mágicas y místicas.

LA BARCA DEL DIOS SOLAR
(Página 31)

Cuando llega a cierto grado de la Iniciación, el adepto osiriano, debe descubrir el Misterio divino. Las facultades supranormales que adquirió en el transcurso de penosos estudios, permiten a su alma que momentáneamente abandone la carnal prisión. Sumido el aspirante en el éxtasis voluntario, su elemento espiritual trata de remontarse a las excelsas regiones. Sólo allí verá descubiertos los últimos Arcanos.

El adepto osiriano ha ascendido al cielo y la barca de Isis boga, augusta y serena, surcando la estrellada inmensidad.

En el centro de la embarcación, dentro de un *naos,* Ra, el Dios supremo, está en cuclillas. Su imagen aparece inscrita en un círculo, símbolo del disco solar, donde tiene su eterna morada.

La cabeza del Dios soporta un segundo disco atravesado por un *úreus,* emblema del supremo poder divino (figura sacada del *Libro oculto de la Morada,* capítulo CXXXIII).

SACERDOTISA OFRENDANDO EL INCIENSO
(Página 70)

Los perfumes constituyen parte integrante de la obra mágica. Unos disipan las malas influencias; otros crean favorable ambiente para las operaciones mágicas e iniciáticas; otros facilitan la protección de los Dioses.

«El humo de la llama es una protección» afirma el *Libro oculto de la Morada* (CXLIX). En el mismo capítulo del ritual se pueden leer estas significativas palabras «Que nadie se apodere de mis restos, que nadie tome posesión de mi sombra (el Doble). Yo soy el gavilán divino (el que se acerca al divino Misterio). Yo he preparado los perfumes; yo he quemado el incienso en el brasero... » El humo de la aromática substancia disipa las sombras perjudiciales.

Protegido en lo invisible, el adepto puede abandonar, sin dificultades, su corpórea prisión, y remontarse buscando las alturas del Dios supremo. Al regreso, el alma no hallará obstáculo para volver a posesionarse del organismo y el *Doble.*

Los perfumes predilectos de los Egipcios eran el incienso y la mirra, y se quemaban en honor del Dios solar. «Resina y mirra son productos del Sol - observa Plutarco- puesto que son las lágrimas que el calor diurno hace sudar a los vegetales» (Plutarco, I*sis y Osiris)*

AMULETOS PROTECTORES
(Página 71)

Este friso contiene tres amuletos *Tat* y cuatro *Ta.*

Tat, que se compone de cuatro columnitas yuxtapuestas, es un símbolo de equilibrio, de estabilidad.

Ta, el nudo, sujeta a las influencias superiores, a los influjos benéficos invocados en las operaciones mágicas.

ADEMÁN DE ADORACIÓN
(Página 84)

Arrodillada -en testimonio de haber llegado a gran altura en la Iniciación- una sacerdotisa de Osiris está en actitud de adorar.

Tal gesto sirve para correlacionar las fuerzas magnéticas y psíquicas del iniciado con las del Divino Jefe, depositario de los inmortales secretos.

AMULETOS PROTECTORES
(Página 85)

Franja compuesta de tres signos mágicos que se repiten.

De izquierda a derecha, *ankh,* la cruz *ansada; dad,* los cuatro pilares, y el cetro, símbolo de mando.

En la historia, tan lejos como nos permiten remontarnos los recuerdos del pasado, vemos que ya era conocido el símbolo cruciforme, y tanto es así que ha sido, descubierto en las labores que adornan unas urnas pertenecientes a la prehistórica edad del bronce.

Puede encontrarse también en muy antiguos monumentos de la India. Lo propio ocurre en Babilonia, y es sabido que el viejo emblema adornaba el cuello de algunos reyes asirios.

Figura igualmente en los bajo-relieves de los vetustos santuarios de Méjico, últimos vestigios arquitectónicos de una civilización que, según toda probabilidad, es varias veces milenaria.

Pero en el largo transcurso de los siglos, la cruz ha ido cambiando de forma.

Durante la antigüedad pagana, la cruz en forma de *tan* (aquella en que el brazo horizontal queda sobre el extremo superior del tronco vertical) fue un talismánico objeto que aseguraba la dicha a su poseedor.

La cruz griega, tiene sus 4 brazos iguales, expresando de esta suerte la ley del equilibrio por la oposición de los contrarios.

La cruz cristiana, significa la fe del creyente con sus brazos horizontalmente extendidos; es decir, en franca y generosa actitud, entregado a la protección divina.

La cruz *esvástica* que aparece en los monumentos indios, también figura en los de Persia y después en Roma, en los comienzos del cristianismo.

Piadosos guardianes de los secretos iniciáticos, los hermetistas emplearon siempre la cruz como símbolo de la alta iniciación. Una de sus agrupaciones, tomó por divisa la cruz y la rosa, de donde les proviene la denominación de *rosa + cruces* que recibieron los discípulos del misterioso Rosencreutz, supuesto fundador de la orden. Unas veces, vemos colocada la rosa en la intersección de las cuatro ramas de la cruz, y otras, aparece puesta una rosa al extremo de cada uno de los brazos cruciales. (Véase *La Ciencia Secreta). La rosa + cruz* es el emblema del ser humano que se eleva hacia Dios por medio de una expansión siempre creciente de los sen-

timientos afectivos. Expresa, con su simbolismo, las palabras de Jesús: *"Amaos los unos a los otros»*.

En Egipto, la cruz toma un aspecto singular. La rama superior queda substituída por un anillo redondo en forma de asa. Dicha porción corresponde a la cabeza del ser humano, o lo que es lo mismo, a las facultades superiores del espíritu. De esta suerte, el iniciado osiriano indica el constante propósito de desarrollar activamente su naturaleza espiritual para permanecer en invariable armonía con las potencias superiores, gobernadoras de nuestro universo.

Se encuentra en ciertos documentos cristianos una remembranza de la *cruz ansada*. Puede verse, al efecto, cierta figura conservada en el Museo de Arlés. Allí aparecen los Apóstoles depositando una corona en el vértice de la cruz cristiana. Existe una fotografía de este curioso ejemplar en el Museo Guimet (París).

En los principios de la época cristiana se trazó una cruz especial que viene a ser la reunión de la cruz cristiana y del áncora marina. En un remate un anillo. Ciertos paleógrafos han procurado evidenciar las relaciones que creen descubrir ante este símbolo cruciforme y la cruz a*nsada* de los egipcios.

SACERDOTISA OSIRIANA SACUDIENDO EL SISTRO
(Página 114)

Con una mano hace el gesto de adoración y con la otra agita el sistro. El Sistro, cuyas metálicas varillas tenían la forma de la serpiente, servía para apartar las malas influencias, y complementaba el efecto protector de las fumigaciones. Se hacía sonar este instrumento en el transcurso de todas las ceremonias mágicas y místicas.

Plutarco halla otro motivo al uso del Sistro. «Indica -dice- que todos los seres deben estar en incesante movimiento, y que, lejos de detenerles, es necesario aguijonear su actividad, para librarles de la tendencia al estado de quietud y de marasmo» *(Isis y Osiris).*

CRUZ ANSADA Y CETROS DE MANDO
(Página 115)

Friso compuesto por 5 grupos de amuletos. Cada grupo está formado por una *cruz ansada (ankh,* vida universal), unida a dos cetros de mando.

INVOCACIÓN A LAS FUERZAS DIVINAS
(Página 119)

Dos sacerdotes arrodillados, elevan los brazos haciendo el gesto simbólico de Kha (Doble). Es la llamada a las fuerzas luminosas.

De la cabeza de una de las figuras, surge ascendente una gran llama, cuya extremidad superior flexiona un poco. La llama es el elemento provinente del sol, que anima al alma durante su existencia terrestre. En el transcurso del desarrollo psíquico, y, sobre todo, en los momentos en que el ser humano invoca a las potencias superiores, «la llama de la inteligencia» revive bajo la acción de los soplos procedentes de lo alto.

Las dos figuras que constituyen la parte esencial del colofón, están sacadas de un bajo-relieve relativo al nacimiento de Amenophis III.

EL BUITRE
(Página 120)

Signo protector por Excelencia.

La joya que figura un buitre de oro, con las alas extendidas, reteniendo con sus garras dos cruces ansadas, se suspendía del cuello del difunto para que protegiese su paso por las regiones de lo Invisible.

También era usual diseñarle en la tela de numerosos pliegues que ciñe a la momia.

LA DOBLE CORRIENTE DE VIDA
(Página 164)

Un sacerdote arrodillado, levanta con la mano izquierda la cruz ansada, y con la derecha sostiene otra cruz dirigida hacia el suelo. De esta suerte, procura establecer una doble acción ascendente y descendente.

Sin duda al descrito ademán alude al texto del papiro cuando dice «*hace que ascienda y descienda la llama*».

La llama es la partícula desprendida del sol, que viene a animar al ser humano en los principios de su encarnación. Los elementos animadores van a vivificar al nuevo adepto y a concederle Vida, Poder y Prosperidad.

Dicha figura está igualmente sacada de una escena referente al nacimiento de Amenophis III.

EL OJO MISTICO
(página 165)

Se compone de tres ojos místicos.

El ojo místico concede al iniciado la clarividencia; es decir la visión directa de lo Invisible, del vasto dominio donde quedan impresos los clichés de los sucesos pasados, y donde se elabora el porvenir universal.

Esta aptitud supranormal permite descubrir la esencia de las cosas, y los acontecimientos que aun están en potencia de realización.

ENCANTAMIENTO IMPRECATORIO
(Página 178)

Sacerdotisa arrodillada, recitando una fórmula imprecatoria.

Cierto ritmo secreto confería a las palabras mágicas un misterioso poder de protección.

Alrededor del cadáver, solidarizados por la misma fe, sacerdotes y sacerdotisas creaban, con su pensamiento, una barrera infranqueable. Desgraciado de quien osara desnudar a la momia! ¡Desgraciado del que cometiese cualquiera profanación! El castigo prontamente caía sobre su frente. Criminal o curioso imprudente, era igual; nadie podía transponer los umbrales del sagrado recinto, sin atraer sobre sí las terribles y nefastas corrientes portadoras de la desolación y la muerte.

«La tierra ama el silencio» dicen los documentos egipcios. Nadie, sin peligro inevitable, podía desmentir estas palabras.

Obsérvese que la sacerdotisa osiriana, presenta las palmas de las manos de manera diferente. Una mira hacia adelante, y la otra hacia atrás. Ambas depositan alrededor del lecho fúnebre los elementos psíquicos protectores.

La descrita figura está copiada de un papiro existente en el Museo del Cairo.

EL ÚREUS
(Página 179)

El *úreus,* la serpiente lobulada, el áspid egipcio, constituye un signo de acción, todopoderosa en lo Invisible.

Cuando se le ve escupiendo llamas, es la expresión de la venganza de lo Invisible contra los que, despreciando el juramento prestado, revelan los secretos de la Iniciación.

Si el *úreus,* que adorna la frente de los iniciados, testimonia cuáles son sus inmedibles poderes psíquicos, también expresa la espantosa amenaza de sus llamas vengadoras. Los secretos de la Ciencia Suprema, no pueden emplearse más que para la realización de fines nobles y generosos.

Cuando muere el Iniciado, el *úreus* sigue protegiéndole. La *estela de la excecración,* no olvida a los audaces salteadores de las tumbas.

«...Que sea aniquilada la mano que se *levante contra* mi *forma. Que aniquilados sean los que toquen a* mi *nombre, a mis efigies, a las imágenes de* mi *doble, a* mi *fundación. El real úreus que corona* mi *frente, vomitará llamas sobre sus cabezas y sus cabezas quedarán donde antes tenían los pies.»*

LÁMINAS FUERA DE TEXTO, SACADAS DEL LIBRO OCULTO DE LA MORADA

(fotografiadas directamente de la edición de Lepsius)

COMIENZO DE LA CEREMONIA INICIÁTICA
(Página 29)

La escena y el texto jeroglífico se desarrollan de derecha e izquierda, en la dirección del movimiento solar aparente.

En el friso se representa el principio de la ceremonia. Un sacrificador degüella a un buey.

Otros dos sacerdotes presentan ofrendas (aves y cuartos de res).

En honor de los Dioses se ve amontonada una considerable cantidad de pan, aves y frutas.

En el extremo de la izquierda, un sacerdote exhibe el vaso de las libaciones.

Debajo de estos dibujos están las fajas de jeroglíficos que componen el texto de los capítulos 13 al 15 del mágico documento.

RECEPCIÓN DEL ADEPTO OSIRIANO
(Página 69)

Introducido en la Sala de la Verdad, el secreto santuario del Templo, el aspirante a los Misterios (en la extremidad de la izquierda) comparece ante Maat, la Señora de la Verdad, a cuya cabeza adorna una pluma.

Detrás de la Diosa, se ve una balanza y sus platillos soportan; el de la derecha, el signo del corazón del aspirante, y el de la izquierda, la imagen de Maat, emblema de la Justicia, la Razón y la Ley.

Anubis, el dios con cabeza de chacal, equilibra los platillos, y Horo, el de la cabeza de gavilán, vigila la operación.

A la izquierda, bajo un dosel, está el Gran Sacerdote en figura de Osiris. Sostiene en sus manos cruzadas sobre el pecho, el látigo sagrado y el centro de mando. En el cuello ostenta un collar de oro y un amuleto protector.

Entre el Gran Sacerdote y la balanza se destaca Thot, con cabeza de ibis, el escriba de los Dioses, el fecundador de la Verdad. Ante él, puesto

en cuclillas sobre un zócalo, se ve un animal fantástico: es *«la* Señora del Amenti, la que destruye a los enemigos (del bien) y los devora».

Sobre una mesa están colocadas diversas ofrendas, tales como panes, confituras, cuartos de res, etc., etc.

Inmediata a Osiris y delante de él, aparece colgada la piel de un animal sacrificado. Y por encima de todas las figuras (hecha excepción de Osiris), se extiende, en tamaño decreciente, la fila de las 42 deidades. A todas (lo mismo las que tienen cabeza humana, que las que tienen cabeza de animal), les adorna la pluma, emblema de la Verdad.

Pronto declara Anubis que *«la balanza está satisfecha»* y *«El corazón establece el equilibrio por su actitud».* Thot, Señor de las palabras divinas, registra la sentencia, y dispone *«que el corazón sea enviado al sitio que ocupaba dentro del pecho del Osiris N».* Porque su corazón es ligero, ligero; porque su corazón es puro, puro.

El adepto ha pasado por las pruebas victoriosamente. No se trata (ya lo habrán comprendido nuestros lectores) del corazón considerado desde el punto de vista material, un órgano del cuerpo. Lo que se ha pesado en la balanza fueron los sentimientos que contenía y que ha sublimado, el proceso glorificador de las pruebas iniciáticas.

Muerto para la vida vulgar, y convertido, esotéricamente hablando, en una Momia alimentada por la Verdad, el nuevo elegido se transforma en un Señor espléndido. El ya es Verdad Eternamente. El es ya Amo y dominador de los remos de la barca del Señor de Abidos. Sin tropiezo, prosigue su marcha a lo largo de la corriente del río sagrado, para llegar hasta el Dios supremo.

ESCENAS FUNERARIAS
(Composiciones pictóricas de Leopoldo Cenni)

PROTECCIÓN DEL MUERTO EN LO INVISIBLE
(Entre páginas 96 y 97)

Encerrada en el sarcófago, la momia yace en su fúnebre lecho. Rodean al fallecido las cosas que fueron de su uso personal. El trono, la arqueta de las joyas... Debajo del lecho, están los vasos canófricos, que contienen las vísceras sacadas de su cuerpo. Por tierra y esparcida con profusión, se ve bastante cantidad de estatuitas. Son las que sirven de ayudantes al alma.

La mágica operación se efectúa.

Cubierto con la mitra de Osiris, el Gran Sacerdote inicia el ademán de protección y formula la palabras vivificadoras y protectoras. Alrededor de él, constituyendo la cadena mágica, los sacerdotes, los temibles exorcistas del *Doble,* elevan sus brazos al cielo y hacen el gesto simbólico, del

Kha. Conjuntamente, invocan a las fuerzas bienhechoras, a las potencias luminosas que permiten al difunto el avance, sin tropiezo, por las regiones de lo Invisible.

A la cabeza del lecho mortuorio, Anubis, el Dios de cabeza de chacal, conductor de las almas, extiende sus brazos por encima de la momia. Este gesto soberano otorga al fallecido la fuerza necesaria para realizar su peregrinación de ultratumba.

DESPRENDIMIENTO DEL ALMA
(Entre páginas 96 y 97)

Los sacerdotes se ausentaron de la fúnebre habitación. El subterráneo fue tapiado. Entonces, en aquel supremo instante, una vida supranormal se manifiesta.

Insensiblemente adquieren movimiento las escenas pintadas en las paredes, alrededor de la estancia. En la *luz astral* los fluidos se condensan. El gran silencio acoge en su dominio a todas estas formas, que pronto se desplazan y vienen a situarse rodeando a Osiris.

Ved a Anubis, el de la cabeza de chacal, el Señor de los secretos, el Superior del Misterio, guía del difunto en su marcha por las regiones del «más-allá». Ved a los sacerdotes, a los ayudantes, a las bailarinas, a los portadores de emblemas y sagrados estandartes. Todos acuden a formar la cadena mágica, y a llamar y a apoderarse de los fluidos de vida.

El frío se ha transformado en una formidable barrera, Los cetros de mando rechazan a las sombras maléficas. Inversamente, las cruces ansadas, atraen los influjos benéficos.

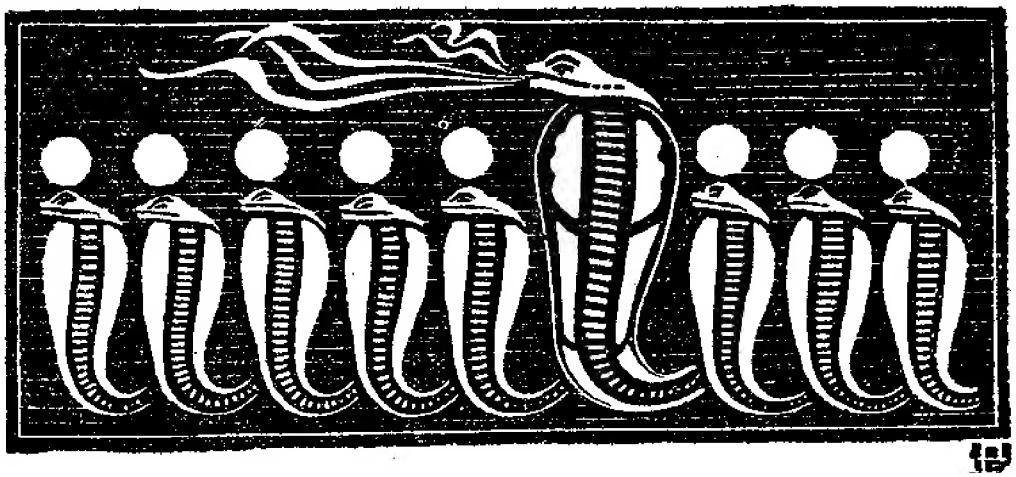
Sobre el lecho mortuorio exteriorizado parcialmente, se ve al *Doble, e*n posición vertical. Detrás de él, bajo la mirada benevolente de Maat, la Diosa de la Justicia y de la Razón, el alma, el pájaro-Inteligencia, armado con la *cruz ansada,* piadosa de vida eterna, va a remontar el vuelo hacia las regiones de las sucesivas existencias.

INDICE

"Tu nos condujiste, ¡oh! Padre a la contemplación del bien y de lo bello y esta contemplación ha santificado casi los ojos de mi *inteligencia, por ella es como el rayo de fuego del Sol que deslumbra y hace que los párpados se cierren. Inversamente, la contemplación del bien aumenta tanto más la fuerza de la mirada, cuanto más capaz resulta de recibir las oleadas del esplendor ideal. Es una claridad viva y penetrante, inofensiva y llena de inmortalidad. Los que pueden aplacar su sed en ella, frecuentemente, entran al dejar sus cuerpos, en la visión bienaventurada... Que podamos ser como ellos es lo que pedimos. ¡oh, Padre!*»

(Hermes Trismegisto, a su hijo Tat).

LA CLAVE.



INDICE

CAPÍTULO I.-	Los Misterios iniciáticos.	9
" II.-	El Libro Oculto de la Morada.	21
" III.-	El contrato con lo Invisible.	29
" IV.-	Recepción del adepto osiriano.	69
" V.-	La Alta Ciencia del Egipto.	83
Conclusión.		113
Apéndices del Traductor.		119
I. La Iniciación de los Misterios Egipcios.		121
II. Las enseñanzas filosóficas contenidas en el «Libro de los Muertos».		123
III. Las proyecciones del cuerpo astral.		134
IV. Creencias y costumbres religiosas de los antiguos egipcios.		138
V. Los científicos misterios de la Pirámide de Kheops.		147
VI. La vida póstuma, según las revelaciones filosóficas de Paracelso.		154
VII. La tabla de Esmeralda.		159
VIII. Embrujamiento.		163
Explicación de las figuras.		165

ACABÓSE DE IMPRIMIR EL PRESENTE
LIBRO, EN LOS TALLERES GRÁFI-
COS DE NÚÑEZ Y C.a S. EN C.
CALLE S. RAMÓN, 6
BARCELONA, EL DIA
10 DE JULIO DEL
AÑO 1929